

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



Z. 466

VERANO 1987

II EPOCA

Nº 28

POR UNA NUEVA IZQUIERDA EUROPEA Felipe González

DIEZ AÑOS
DE ELECCIONES
J. Ramón Montero

ELECCIONES AL
PARLAMENTO EUROPEO
Fernando Morán

LA RENOVACION
CHINA
Robin Munro

LAS TELEVISIONES
AUTONOMICAS
J. García Yruela

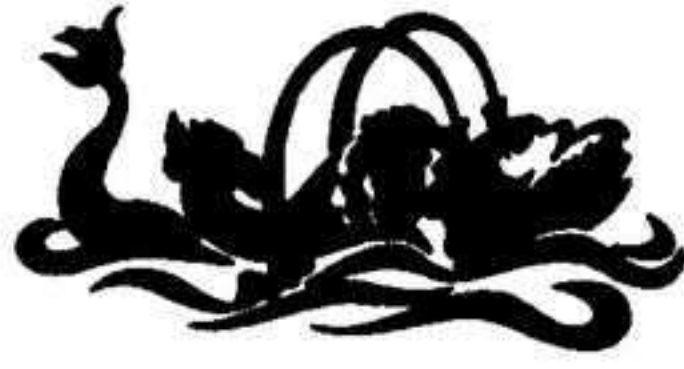
IZQUIERDA Y
FIN DE SIGLO
Ludolfo Paramio

LOS INTELLECTUALES
Y LA HISTORIA
Fernando Claudín

**EL PARADIGMA
DE LA REDENCION**
Ferenc Feher

**EL CATOLICISMO
LIBERAL**
Reyes Mate

.



Leviatán

Revista de hechos e ideas





INDICE

ACTUALIDAD

- Diez años de elecciones en España. *José Ramón Montero* 5
Las elecciones al Parlamento Europeo. *Fernando Morán* 15
China: ¿contradicciones constructivas? *Robin Munro* 25
Los canales autonómicos de televisión. *J. García Yruela* 41

ANALISIS Y DEBATE

- Por una nueva izquierda europea. *Felipe González* 53
La izquierda ante el fin de siglo. *Ludolfo Paramio* 59
Los intelectuales y la historia. *Fernando Claudín* 71
El paradigma de la redención. *Ferenc Feher* 75
La crisis de la izquierda. *Vicent Garcés* 87
El destino político del catolicismo liberal. *Reyes Mate* 95

NOTAS

- Los movimientos sociales. *Miguel Porta* 109

LIBROS

- Miguel Porta, M. Pérez Ledesma, F. Hernández Cava, Carlos de la Serna y Josep M.ª Jordán* 113

Leviatán

Revista de hechos e ideas

Fundada en 1934 por Luis Aráquistain

Director:

Salvador Clotas

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases	Julio R. Aramberri
Ludolfo Paramio	Santiago Roldán
M. Reyes Mate	Miguel Satrústegui
Ramón Vargas-Machuca	

Comité Asesor:

Pedro Altares	F. Fernández Santos
Joaquín Arango	Salvador Giner
Carlos Barral	Enrique Gomáriz
Carlota Bustelo	J. A. González Casanova
J. María Castellet	E. Haro Tecglen
Fernando Claudín	Francisco Laporta
Elías Díaz	Marta Mata
M. A. Fernández Ordóñez	J. Martínez Reverte
X. Rubert de Ventós	

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Secretaria de Redacción:

Mary Carbone

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos. LEVIATAN no se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre los mismos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30.

28010-Madrid. Tel.: 410 46 96.

D. Legal: SE. 466-1978. I.S.S.N.: 0210-6337.

Distribuye: Siglo XXI de España, S. A. - C/. Plaza, 5 - 28043-Madrid.

Imprime: Mariar, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045-Madrid.

Esta Revista es miembro de ASEI.

DIEZ AÑOS DE ELECCIONES EN ESPAÑA

José Ramón Montero



Si ha habido alguna vez una «década prodigiosa» de contenido fundamentalmente político, ésa ha sido sin duda la vivida por los españoles desde 1977. Experimentábamos entonces todas las dificultades e incógnitas del recién comenzado proceso de transición desde una larga dictadura. Al cabo, formamos parte de la escasa treintena de países cuyo sistema democrático es virtualmente irreversible.

Va de suyo que las elecciones han supuesto un factor decisivo para la consecución de ese resultado, de forma similar a como los partidos y líderes políticos han desempeñado un protagonismo no menos básico. A lo largo de la «década prodigio-

sa», cada uno de estos elementos ha conocido un desarrollo extraordinario por muchos motivos. En la primavera de 1977 aparecía la normativa electoral que habría de regular la primera consulta democrática después de 41 años. En junio de 1987

los españoles, simultánea o sucesivamente, nacional o regionalmente, habremos contabilizado nada menos que 26 procesos electorales: dos referéndums nacionales y cinco autonómicos, cuatro elecciones legislativas, tres locales y unas europeas, nueve elecciones autonómicas en las cuatro Comunidades «especiales» y otras dos en las trece restantes.

Ante tamaña intensidad no resulta extraño que los partidos políticos hayan conocido todas las situaciones prácticamente imaginables de proliferación y desaparición, de éxito y fracaso, de coaliciones y escisiones. Cerca de 4.500 candidatos, pertenecientes a algo más de 150 partidos y coaliciones, se presentaron a las primeras elecciones legislativas. Diez años después, las solicitudes de inscripción de partidos han superado las 500, de las que sólo la mitad aproximadamente se han inscrito en el correspondiente Registro; pero el número de los que tienen una capacidad organizativa mínima no llega a la veintena. De los partidos de ámbito nacional representados en las Cortes de 1977 y 1979 han desaparecido los de extrema izquierda y extrema derecha, los demócratas cristianos y sobre todo la Unión de Centro Democrático (UCD); otros carecen ya de existencia por haberse fusionado (como el Partido Socialista Popular tras 1977) o haberse disuelto la coalición de la que formaban parte (como algunos de los integrantes de la Coalición Democrática después de 1979). En el mismo nivel nacional, han abundado también los casos de formación, reestructuración y disolución de coaliciones [como los de la propia UCD en 1977, Unión Nacional y Coalición Democrática en 1979, Coalición Popular (CP) en 1982 y 1986, e Izquierda Unida (IU) en 1986], así como la aparición de nuevos partidos en las Cortes, productos casi siempre de escisiones [como el Centro Democrático y Social (CDS) o el Partido Demócrata Popular (PDP)]. Por si esto fuera poco, los proce-

Los partidos políticos han conocido todas las situaciones prácticamente imaginables de proliferación y desaparición, de éxito y fracaso, de coaliciones y escisiones.

Los partidos políticos han conocido todas las situaciones prácticamente imaginables de proliferación y desaparición, de éxito y fracaso, de coaliciones y escisiones. Después de las elecciones de 1979, por ejemplo, ¿quién podía imaginar que los dirigentes de los partidos nacionales más importantes iban a conocer un escalonamiento de dimisiones? Felipe González dimitió por unos meses de su cargo de secretario general del PSOE en mayo de 1979, Adolfo Suárez nada menos que de la presidencia del Gobierno en enero de 1981, Santiago Carrillo de la secretaría general del Partido Comunista de España (PCE) en noviembre de 1982, Manuel Fraga de la presidencia de Alianza Popular (AP) en diciembre de 1986 y Oscar Alzaga de la presidencia y de su escaño del PDP en mayo de 1987.

Luis Araquistáin señaló poco antes de la dictadura de Primo de Rivera que, «en España, después de los toros, nada embriaga tanto como las elecciones»¹. Cabría añadir que nunca fueron tan necesarias como en los años que siguieron a la dictadura franquista. Las tres clásicas funciones que las elecciones suelen cumplir en cualquier sistema democrático (las de producir representación, crear gobiernos y reforzar la legitimidad) se cumplieron en grados extraordinariamente altos durante la pasada década. Gracias a las numerosas, para muchos excesivas, consultas celebradas, los españoles han sido capaces de completar la transición política pacíficamente y sin demasiados costes, ratificar la Constitución más duradera de nuestra historia, consolidar un nuevo sistema democrático con altas dosis de legitimidad, realizar una alternancia en el gobierno de modo casi plebiscitario, transformar los equipos de gobierno de todos los municipios, sustituir las viejas estructuras estatales centralistas por las del Estado de las Autonomías e incluso participar en los destinos comunitarios mediante la elección de sus representantes en el Parlamento Europeo. Es cierto que tan nutri-

da cantidad y variedad de procesos electorales no han podido por menos que mostrar a veces disfunciones notables sobre, por ejemplo, las restricciones de la representación, las relaciones de los partidos con la sociedad civil o las consecuencias negativas de la personalización de la vida política a través de los líderes. Estoy convencido, sin embargo, de que el balance, al menos hasta el momento, es abrumadoramente positivo. Lo que sigue intentará sistematizar los que, en mi opinión, son aspectos fundamentales de la pasada década electoral. Para ello me limitaré a los de las cuatro elecciones legislativas y a los partidos relevantes de ámbito nacional. Pese a las muchas consultas y partidos de importancia que se quedan fuera (sobre todo, las autonómicas y los nacionalistas, respectivamente), la naturaleza introductoria de este artículo no permite más que señalar ciertas cuestiones básicas y plantear algunos problemas irresueltos.

Cuatro elecciones legislativas, dos ciclos electorales

Los estudios electorales suelen abordar las consultas legislativas nacionales desde dos ópticas diferentes. De un lado, los análisis que piensan que cada elección es única e irrepetible, tiene su pequeña historia propia y arroja unos resultados peculiares. De otro, los que observan ante todo la reiteración de situaciones comunes y enfatizan los elementos de continuidad en una serie más o menos larga de elecciones. Aunque es probable que el enfoque más fructífero sea el que combine ambas perspectivas, las elecciones españolas contienen el suficiente número de facetas para permitir su consideración desde cada una de aquéllas. Así, por ejemplo, los partidarios de la continuidad han solido argüir la constante de sus resultados «bipartidistas» a pesar del cambio de partidos [UCD y Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en 1977-1979, y PSOE y CP en 1982-1986],

Los procesos de crisis sufridos por las principales organizaciones políticas han afectado incluso a sus respectivos niveles de liderazgo.

una conclusión no por errónea menos frecuente en niveles periodísticos, políticos y académicos. Los defensores de la especificidad, por su parte, apuntan a su favor las extraordinarias circunstancias que en mayor o menor medida han concurrido en todas y cada una de las elecciones celebradas. Las de 1977 serían excepcionales por su doble carácter inaugural del sistema de partidos y definitorio del tipo de transición política; las de 1979, por los intentos del PSOE para sustituir a UCD y el empeño de UCD por revalidar su mandato; las de 1982, por el triunfo del PSOE, la desaparición virtual de UCD y la magnitud de los procesos de cambio de voto; y las de 1986, en fin, por la victoria socialista al conseguir de nuevo una comparativamente rara mayoría absoluta de escaños y por los movimientos estratégicos de los partidos de centro-derecha para constituirse en alternativa al PSOE.

Las dos perspectivas citadas pueden integrarse conjuntamente en un enfoque que agrupe las cuatro elecciones legislativas en dos ciclos. En el primero se comprenderían las de 1977 y 1979; en el segundo, las de 1982 y 1986. Uno y otro comparten diferencias y similitudes que avalarían su distinción. La mayor parte de las diferencias son tan evidentes como conocidas. Del primer ciclo han emergido gobiernos homogéneos pero minoritarios de centro-derecha, cuyo grupo parlamentario, la UCD, ha tenido en consecuencia que buscar apoyos ocasionales para su labor legislativa. El segundo ciclo, en cambio, comprende elecciones de mayoría absoluta de escaños, lo que ha posibilitado la formación de gobiernos homogéneos del PSOE y facilitado sobremanera su tarea parlamentaria. El primer ciclo dio nacimiento a un sistema pluripartidista moderado sobre cuya larga duración existía

un acuerdo generalizado; el segundo, a un sistema de partido dominante que por ello mismo fue estimado absolutamente provisional. Como consecuencia de sus derro-

tas electorales en el primer ciclo, el PSOE supo sacar provecho de las debilidades de su rival y elaborar una estrategia acorde con su objetivo de llegar al gobierno. Todo lo contrario de lo ocurrido con AP, cuya lectura de los resultados de 1982 le llevó a formular planteamientos de oposición erróneos y a aplicar una estrategia de acceso al gobierno tan irreal como errática: la ruptura de Coalición Popular y la grave crisis sufrida por AP fueron sus inmediatas consecuencias.

Los dos ciclos que estamos considerando conocieron también algunas similitudes dignas de mención. Cada uno de ellos está compuesto por una elección «excepcional» (1977 y 1982, respectivamente) y por otra «normal» u «ordinaria» (1979 y 1986). Los motivos de su respectiva excepcionalidad son evidentes. En 1977 se inauguraban los mecanismos electorales democráticos tras una larga dictadura, se ratificaba el inicio de la transición, se abría una etapa constituyente, se daba nacimiento a un sistema competitivo de partidos. Y en 1982 se expresaba con el voto el realineamiento del sistema de partidos en proporciones considerables, una condena tácita del golpismo y la consolidación definitiva de la democracia, y el acceso al gobierno, por vez primera tras más de cuarenta años, de un partido de izquierdas. Al lado de estas extraordinarias dimensiones, las elecciones de 1979 y 1986 no podían por menos que aparecer como «normales» o «rutinarias». De ahí la alta participación registrada en las elecciones «excepcionales» y el crecimiento del abstencionismo en las «normales», en una pauta de variaciones bruscas de la participación electoral que hace del español un caso único entre los países europeos. Y de ahí también la sorpresa de los analistas al comprobar la continuidad básica de los resultados de cada elección «normal» con su respectiva precedente, cuando precisamente el carácter «excepcional» de las de 1977 y 1982 apostaba por su condición de

**La simplificación
del mapa partidista
ha ido acentuándose de
consulta
en consulta.**

*Algunas
tendencias
significativas*

Aunque la celebración de sólo cuatro elecciones legislativas no permita ser de-

irrepetibles. Cabe señalar, asimismo, que cada ciclo electoral ha conocido el fracaso del principal partido de la oposición para sustituir al gobierno, bien que el estrépito del experimentado por CP en 1986 no sea parangonable con el del PSOE en 1979. Y que cada ciclo ha observado sendos intentos de creación de partidos con vocación de «bisagra» entre los dos principales: unos intentos que se quedaron en eso en 1979 por la naturaleza *non nata* de un Partido Radical que habría de reorientar la mayoría parlamentaria entre UCD y PSOE, y unos intentos que en 1986 se dirigieron hacia el espacio político de centro existente entre el PSOE y CP obteniendo por el momento los resultados modestos del CDS o saldándose con el fracaso sin paliativos del Partido Reformista Democrático (PRD).

masiado concluyentes, ¿qué pautas parecen haber caracterizado al comportamiento electoral de la evolución de los partidos? Dejando al margen, como ya digo, el voto y los partidos nacionalistas (cuya presencia resulta obviamente decisiva sobre todo en las Comunidades vasca y catalana), las principales pautas que merecen señalarse son, en mi opinión, las siguientes:

1. La simplificación del mapa partidista ha ido acentuándose de consulta en consulta. No es sólo que en la primera se redujera drásticamente la «sopa de siglas» a unas pocas significativas, sino que el porcentaje de votos y escaños acumulado por los dos primeros partidos (UCD y PSOE en 1977-1979; PSOE y CP en 1982-1986) ha crecido paulatinamente. Los índices de fragmentación electoral y parlamentaria, que en 1977 eran de los más elevados entre los países europeos, han expe-

rimentado la correspondiente disminución. A ello han colaborado la canalización de las preferencias de los electores y la combinación de sus «votos útiles» y «votos de castigo», así como la conocida incidencia de la normativa electoral.

2. Junto con Grecia y Portugal, España personificó una excepción en el marco de las democracias occidentales en dos aspectos complementarios de gran importancia. De un lado, el realineamiento electoral español de 1982 rompió la tendencia por la que la distribución de las referencias de los votantes en las primeras elecciones se mantiene constante durante algunas décadas; así había ocurrido en países tan diversos como Francia, Finlandia, Alemania, Italia y Japón. De otro lado, las jóvenes democracias del Sur de Europa han conseguido realizar en muy poco tiempo la alternancia en el gobierno, una situación que ha necesitado muchos más años en algunos países y que en otros (como Italia y Japón) todavía no se ha producido.

3. La mayor parte de los partidos relevantes se ha visto sacudida por crisis de distinta naturaleza: para unos han sido de adaptación, institucionalización o crecimiento tras su irrupción en la legalidad democrática; para otros, crisis derivadas de conflictos personales o de luchas faccionales en el nivel de sus élites; y aún para otros a causa del enfrentamiento excluyente de modelos a los que se quería adaptar el partido. Como cabía esperar, estas crisis han incidido en los resultados electorales de los partidos de modo distinto: positivo a corto plazo para el PSOE y a largo término para la AP de 1978, negativo para el PCE, catastrófico para UCD. Queda todavía como problema pendiente, sin embargo, el de la articulación política de la derecha, un problema que tiene profundas raíces históricas, que se resolvió sólo provisionalmente durante la transición y al que la penúltima crisis de AP

tras las elecciones de 1986 le ha conferido una renovada trascendencia.

4. La inestabilidad mostrada por el sistema de partidos español no ha impedido afortunadamente la progresiva estabilización de su sistema democrático. Contra la opinión de algunos autores, la estabilidad del sistema partidista no ha sido ni la consecuencia ni un requisito para la estabilidad democrática. Como se ha escrito, «esto indica que los españoles no contemplan en el horizonte alternativa alguna a la democracia y que han llegado a un consenso básico a la hora de valorar las instituciones democráticas como esenciales para una vida civil y para la participación en el mundo occidental, y por lo tanto, como valiosas en sí mismas»². El cambio drástico sufrido en 1982 por el sistema de partidos no ha parecido tener incidencias negativas en las opiniones sobre la legitimidad de la democracia. Por el contrario, la llegada del PSOE al gobierno tuvo efectos claramente positivos sobre las reservas de legitimidad y eficacia del sistema, contribuyendo así a aumentar los niveles de estabilidad democrática.

5. La inestabilidad del sistema de partidos contrasta además con la estabilidad básica mostrada por las actitudes y orientaciones políticas de los españoles. Los electores no produjeron el realineamiento de 1982 al votar a partidos distintos de los que lo habían hecho en 1979 como consecuencia de una modificación de sus actitudes, sino porque los partidos a los que habían votado antes no eran ya los mismos. En palabras de Santamaría, «la exacerbada volatilidad de 1982 no indica que el electorado estuviera plenamente “desestructurado”. Fue más bien la desestructuración y la reestructuración del sistema de partidos previa a las elecciones lo que,

La inestabilidad mostrada por el sistema de partidos español no ha impedido, afortunadamente, la progresiva estabilización de un sistema democrático.

unido a una serie de cambios en el entorno, puede explicar aquel nivel de volatilidad»³. Ha podido enfatizarse de esta forma la contradicción entre «partidos volá-

tiles y electores estables»⁴, una situación que por lo demás se presenta en el reverso de la observada tradicionalmente en los sistemas europeos.

La evolución electoral de los partidos ha estado presidida por la moderación de los ciudadanos.

6. La volatilidad de las opciones partidistas se debe en parte a la modernidad del sistema democrático español. En cuanto fruto tardío, las relaciones entre los partidos y sus votantes no estaban condicionadas por una estructura rígida de clases sociales, ni mediadas por una subcultura ideológica transmitida intergeneracionalmente, ni necesitadas de redes capilares de militantes para desarrollar sus actividades. Ausentes estos requisitos, el nacimiento de un sistema de partidos en una época de financiación pública y de utilización masiva de los medios de comunicación, fundamentalmente de la televisión, ha contribuido a personalizar el liderazgo, a debilitar el arraigo social de los partidos, a amortiguar sus diferencias programáticas. Como se ha señalado, «la importancia atribuida a los líderes y a su personalidad frente a la ideología e incluso al programa —dentro de ciertos límites que excluyen posiciones extremas—, y la misma existencia del *voto útil*, son resultados de esa “modernidad” del sistema democrático español. En una cultura ideológica, de fidelidades a posiciones ideológicas definidas y de lealtades institucionales, asociativas, organizativas e incluso personales y clientelísticas, el voto útil nunca hubiera tenido tanta importancia, y la volatilidad electoral hubiera sido menor»⁵. Los bajos niveles de identificación partidista y los escasos recursos organizativos de los partidos se convierten así en condiciones necesarias pero no suficientes para dar cuenta de los procesos de cambio de voto. En ese contexto (hasta cierto punto inevitable dada la coyuntura histórica de la transición), adquieren mucha mayor relevancia las respuestas de los electores ante los problemas presentes en cada elección, la fiabilidad de los líderes llamados a resolverlos y las imágenes de capacidad y responsabili-

dad de los componentes de la estructura de partidos.

7. La evolución electoral de los partidos ha estado presidida por la modera-

ción de los ciudadanos, una característica que ha permanecido, asimismo, constante durante la pasada década. Numerosos estudios han demostrado que esta moderación, que ejerció un poderoso efecto centripeto sobre las estrategias electorales de los partidos, se manifestó en al menos cuatro formas. Primera, en las preferencias de los españoles sobre las políticas de cambio social y político, lo que les hacía comparables a los ciudadanos de las restantes sociedades europeas. Segunda, en la distribución unimodal del electorado en la escala ideológica izquierda-derecha, con una concentración sustancial en las posiciones de centro y centro-izquierda. Ello ha permitido el acceso al gobierno a partidos de centro en sentido amplio: en el primer ciclo de centro-derecha, la UCD, y en el siguiente de centro-izquierda, el PSOE; y ello dificulta, dicho sea de paso, que la alternativa al PSOE pueda radicar en un partido claramente de derechas como AP. Tercera, en el cada vez más escaso apoyo electoral otorgado a los partidos extremos o concebidos como tales. Y, cuarta, en la misma continuidad básica de todos estos indicadores; una continuidad demostrativa de que esa moderación, más que deberse a la expresión provisional de unos ciudadanos temerosos o sujetos a un proceso fluido de cambios actitudinales, se hallaba profundamente enraizada en la sociedad⁶.

8. Los cambios sufridos por el sistema de partidos impiden en rigor calificarlos de modo que su idoneidad se dé la mano con su durabilidad. No le faltaba razón a quien escribía que «nuestros partidos se encuentran, hoy por hoy, a la busca de un sistema», recordaba que un sistema de partidos es «resultado de un proceso histórico de duración relativamente larga» y recomendaba, en fin, «una cierta

paciencia antes de ceder a la tentación comprensible de caracterizar el sistema español de acuerdo con una de las categorías al uso»⁷. Lo cierto es, sin embargo, que los analistas políticos y académicos no han dejado de apresurarse a la hora de calificar los sistemas de partidos de cada uno de los dos ciclos. En el primero, la mayor parte de los autores lo denominaron bipartidista teniendo en cuenta que UCD y PSOE sumaban cerca de dos terceras partes del voto y el 80 % de los escaños. Otros temieron que cristalizara un sistema multipartidista polarizado, de tendencias centrífugas, con oposiciones bilaterales y con la presencia de partidos antisistema. En realidad se trataba de un sistema multipartidista moderado, de tendencias centrípetas, con unos niveles de polarización menores a los existentes en las democracias del Sur de Europa y con

la presencia en los extremos de partidos que resultaban difícilmente catalogables en la categoría de antisistemas⁸. De otra parte, el profundo realineamiento ocurri-

do tras las elecciones de 1982 tampoco ha evitado que el nuevo sistema de partidos siguiera definiéndose generalmente como bipartidista. A mi juicio, esa caracterización es errónea pese al hecho de que las dos fuerzas mayoritarias, PSOE y la Coalición Popular, coparan tres cuartas partes del voto y cerca de nueve de cada diez escaños en el Congreso. Los más de veinte puntos porcentuales del voto que separaban al PSOE de CP, al que casi doblaba también en escaños, impide la entrada del sistema español en cualquiera de las tipologías sobre el bipartidismo. Esos mismos desequilibrios, a los que puede añadirse la formación de gobiernos homogéneos mayoritarios y la debilidad de los restantes partidos, incluso de los nacionalistas, dificultaba su adecuación a las construcciones del pluralismo moderado. El sistema español parecía aproximarse así más al de partido predominante democrático, bien que resultara prematuro llegar a esa conclusión después de celebradas unas solas

elecciones sobre cuya excepcionalidad existía un acuerdo prácticamente unánime. La provisionalidad atribuida entonces a una parte del voto socialista y la necesaria rearticulación de los espacios del centro y de la derecha habrían de provocar, según se creía, cambios seguros en el formato del sistema de partidos.

9. Sin embargo, la confirmación en 1986 de los resultados de 1982 ha supuesto una nueva sorpresa. Si las elecciones de 1982 llamaron poderosamente la atención por la magnitud de sus cambios, hasta el punto de ser caracterizadas como unas elecciones de «cataclismo»⁹, las de 1986 lo han hecho por su modestia: fueron elecciones de «espera». La consulta arrojó mayores elementos de continuidad que otra cosa, decepcionando a quienes esperaban grandes variaciones. Los intentos

**Las elecciones de 1986
llamaron la atención
por su modestia:
fueron elecciones de
«espera».**

de los diversos partidos para evitar la repetición de una nueva mayoría parlamentaria socialista se saldaron con sendos fracasos. En la izquierda, el PCE quiso fina-

lizar su larga crisis mediante un acuerdo con fuerzas políticas de muy distinto signo, que formalizaron la coalición Izquierda Unida (IU) y que fueron por lo demás incapaces de rentabilizar los votos negativos del referéndum sobre la OTAN. Mayor interés tuvieron las estrategias adoptadas por los partidos del centro y de la derecha para crear una alternativa al Gobierno socialista. En un primer momento, la auténtica obsesión bipartidista de AP le llevó a confiar que podría hacerse con la «mayoría natural» del electorado por sí misma y desde posiciones de derecha. Pero las desmesuradas —y difícilmente comprensibles— expectativas electorales mantenidas por la CP fueron sistemáticamente pulverizadas en todas las consultas «intermedias» a las que acudió entre 1982 y 1986. En ninguna de ellas consiguió hacerse, como pretendía, con todo el voto a la derecha del PSOE: las diferencias políticas e ideológicas entre los electorados de centro y de derecha, que los líderes de AP

se negaban a reconocer, impidieron en definitiva su canalización en un solo partido. Con posterioridad, las tentativas para la formación de una especie de «gran coalición» antisocialista entre la CP, el PRD y acaso el CDS, y con los eventuales apoyos parlamentarios del PNV y de CiU, corrieron la misma suerte negativa. Por si faltara algo, la «abstención activa» defendida en el referéndum sobre la OTAN tuvo el raro efecto de compaginar la falta de aciertos con la generación de consecuencias negativas: además de no conseguir ninguno de sus objetivos tácticos en contra del Gobierno socialista, dividió a su propio electorado y suscitó la incompreensión de los representantes de los sectores sociales a los que Coalición decía representar.

10. Sea como fuere, el PSOE, pese a un cierto descenso de votos, logró mantener la mayoría absoluta de escaños, lo que constituía sin duda un importante éxito. Por el contrario, la CP obtuvo un porcentaje casi idéntico del voto y un número casi igual de escaños. En comparación con el «*sub-triunfo*» de la Coalición en 1982, su situación cuatro años después podría quizá describirse aplicando el término económico de «*estanflación*»: la coexistencia de su estancamiento electoral con una creciente «*inflación*» de expectativas no auguraba precisamente la estabilidad de la Coalición ni la falta de problemas a AP en cuanto su principal socio¹⁰. Tampoco IU pareció haber sido capaz de capitalizar demasiados votos del desgaste socialista; las escasas diferencias que le separaban de los resultados del PCE en 1982 patentizaban un evidente fracaso, que no se hubiera posiblemente evitado por la entrada de la Mesa para la Unidad de los Comunistas, de Santiago Carrillo, en la IU. Y la denominada «batalla por el centro» fue ganada por el CDS y perdida absolutamente por un PRD que, sobre no conseguir ni un solo escaño, obtuvo menos del 1 % de los votos. El éxito del

CDS, que suponía la principal novedad de 1986, fue, sin embargo, menor de lo que parecía a primera vista: el 9 % de votos conseguido le permitía contar con grupo parlamentario propio y crecer como partido, pero no significaba una modificación radical del espacio del centro, habida cuenta de que la suma del voto CDS y UCD de 1982 coincidía con la de CDS cuatro años después. De esta forma, en cuanto segundas elecciones del ciclo, las de 1986 han permitido la permanencia de muchas de las características presentes en las de 1982. Se ha seguido manteniendo la rigidez de transferencia de votos entre los bloques de izquierda y derecha y la relativa fluidez de los alineamientos políticos, especialmente, como en 1979, en el de la derecha. Aunque la presencia del CDS ha debido aumentar la fragmentación parlamentaria, la distribución de votos y escaños entre las dos principales fuerzas no ha sufrido (hasta la ruptura de Coalición Popular, que ha reducido a AP a sólo 68 diputados) grandes variaciones. El escaso cambio en términos de votos ha ocasionado una tasa de volatilidad baja, y permitido la continuidad del desequilibrio entre los partidos de izquierda y de derecha. En fin, el sistema de partidos tampoco ha conocido una modificación sustancial en términos de su polarización, de la necesaria competencia centripeta y de sus integrantes: el PSOE sigue apareciendo como partido dominante y contando con mayoría absoluta para apoyar gobiernos homogéneos, sin que pueda inquietarle al respecto una oposición de la que le alejan 18 puntos porcentuales, la pequeña representación comunista a su izquierda o el 10 % aproximadamente del CDS.

Perspectivas futuras: de nuevo, la incertidumbre (relativa)

El sistema de partidos no ha conocido una modificación sustancial en términos de su polarización, de la necesaria competencia centripeta y de sus integrantes.

¿Qué posibilidades hay de que esta continuidad del voto pueda mantenerse en su futuro inmediato? En mi opinión, no demasiadas. ¿En qué sentido cabe prever su

evolución? Apurando la prudencia, la única respuesta que cabe dar es la de que nos encontramos a las puertas de un nuevo ciclo en la trayectoria electoral de los

**La principal incógnita sigue
residiendo en la forma
de articulación del
centro-derecha durante los
próximos años.**

me parte principal un CDS reforzado, mientras que resulta más fácil imaginar al CDS coligado con un PSOE minoritario. Parece igualmente descartada la repro-

partidos, pero con tantas incógnitas como para no aventurar más previsiones. La lectura que un sector de la élite política hizo de las elecciones de 1986 ha alterado de forma importante el panorama de los partidos, originando nuevas dosis de incertidumbre sobre el formato futuro del sistema. Y los resultados de la triple convocatoria de junio de 1987, pese a su naturaleza de elecciones de «segundo orden», o acaso por eso mismo, no hacen sino avivarlas por la transferencia de un sector de antiguos votantes socialistas hacia partidos que han logrado hacerse presentes en algunos Parlamentos regionales y municipios de indudable significación. La ruptura de CP, la grave crisis de AP ocasionada por la dimisión de su hasta entonces máximo líder, y su competencia futura con el CDS, introducen dudas sobre la capacidad conservadora para llegar incluso a sus «techos» electorales de 1982 y 1986. La posición estratégica ocupada por el CDS se ha revalidado en las elecciones de 1987, pero su pretensión de mejorarla en 1990 no está por completo garantizada en una consulta de naturaleza distinta y con diferentes mecanismos de motivación del voto. Es ciertamente seguro que se reanuden los intentos para recrear una mayoría alternativa al PSOE, pero sus componentes siguen estando sujetos a demasiados interrogantes. Es posible, tras el fracaso obtenido en dos elecciones legislativas sucesivas, que AP haya perdido la ocasión para protagonizar esa alternativa. Sus evidentes dificultades para expandirse hacia el centro y los amplios rechazos que genera, por no hablar de unos supuestos estratégicos tan desmesurados como irreales, hacen aparentemente inviable que AP obtuviera incluso una tercera parte de los votos y se convirtiera en eje de una coalición alternativa a un PSOE minoritario. Es más que dudoso que de esa coalición for-

ducción de la coalición de AP con el PDP tras las heridas abiertas por la ruptura unilateral de los democristianos y sobre todo por la reciente constatación de sus débiles apoyos electorales, y tampoco parece factible que a ella se sume el CDS. Y suena sobre todo a ciencia-ficción una coalición entre el CDS, el PDP y los partidos nacionalistas, siempre en el más que improbable supuesto de que el PDP logre hacerse un sitio en el congestionado espacio existente entre el PSOE, el CDS y AP¹¹.

Como en los años iniciales de la transición, la articulación de la derecha sigue siendo así, diez años después, un problema a resolver. Pero su solución no depende tanto de unos electores cuya moderación ideológica no ha sufrido cambios apreciables, cuanto de la élite política conservadora, cuya notable capacidad de autodestrucción e inadecuación a la política competitiva democrática no parece haber finalizado. A las puertas de un tercer ciclo en la evolución electoral de los partidos, su principal incógnita sigue residiendo, como en los dos anteriores, en la forma de articulación del centro-derecha y derecha durante los próximos años. Una incógnita cuya solución dependerá, en definitiva, del aprovechamiento de las posiciones regionales y locales ocupadas por el CDS tras las últimas elecciones, de la capacidad de AP para evitar errores pasados sobre su espacio óptimo de competición, a la búsqueda de la inexistente «mayoría natural conservadora», y, naturalmente, de la habilidad del PSOE para seguir manteniendo su excepcional situación en el sistema de partidos.

¹ Luis Araquistáin, *España en el crisol: Un Estado que se disuelve y un pueblo que renace* (Barce-

lona: Minerva, circa 1920); citado por Amando de Miguel, *El rompecabezas nacional* (Barcelona: Plaza y Janés, 1986), pág. 133.

² Juan J. Linz, «Consideraciones finales», en J. J. Linz y José R. Montero (eds.), *Crisis y cambio: Electores y partidos en la España de los años ochenta* (Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1986), pág. 660.

³ Julián Santamaría, «Elecciones generales de 1982 y consolidación de la democracia», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 28 (1984), página 14.

⁴ Samuel H. Barnes, Peter McDonough y Antonio López Pina, «Volatile parties and stable voters in Spain», en *American Journal of Political Science*, 29 (1985), págs. 56 y ss.

⁵ Linz, «Consideraciones finales», *cit.*, página 659.

⁶ José María Maravall, *La política de la transición* (Madrid: Taurus, 2.ª ed., 1984), págs. 32 y ss.

⁷ Josep M. Vallés, «A la busca de un sistema: Los partidos políticos en España», en *Razón y Fe*, 1.060 (1987), págs. 150 y 152.

⁸ José María Maravall y Julián Santamaría, «Crisis del franquismo, transición política y consolidación de la democracia en España», en *Sistema*, 68-69 (1985), págs. 107 y ss.

⁹ Mario Caciagli, *Elecciones y partidos en la transición española* (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo XXI, 1986), pág. 149.

¹⁰ José R. Montero, «El sub-triunfo de la derecha: Los apoyos electorales de AP-PDP», en Linz y Montero (eds.), *Crisis y cambio*, págs. 409 y ss., y «Los fracasos políticos y electorales de la derecha española: Alianza Popular, 1976-1986», de próxima publicación en la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*.

¹¹ Linz, «Consideraciones finales», en Linz y Montero (eds.), *Crisis y cambio*, págs. 653 y ss.

LAS ELECCIONES AL PARLAMENTO EUROPEO

Fernando Morán



La concurrencia, junto a la opción en base a las plataformas de los partidos, de factores personales y locales, hace difícil deducir conclusiones políticas generales de los comicios municipales y aun de los autonómicos. Tratándose de una sola circunscripción a escala del Estado, y entendiendo los contendientes que se trata de una prueba general, la dificultad en percibir tendencias políticas generales en los resultados europeos es menor.

La triple elección y la dificultad de un análisis global

Pero persiste un riesgo de error si se comparan los resultados de las elecciones al Parlamento Europeo (PE) con los de la última elección general, junio de 1986.

Hay entre unas y otras diferencias, incluso de percepción por parte de los electores, que no pueden menos de operar. Entre ellas: a) el elector tiene, cuando se trata de PE, conciencia de que del resultado no se deriva la formación de un Gobierno, ni la opción por una plataforma de-

terminada que determinará la vida política en el período que se abre, y b) en consecuencia, la menor intensidad de la campaña de las distintas formaciones; la menor personalización de la campaña, con menor identificación con los líderes; en sentido contrario, y en el caso español, la aprobación o matización de una opción histórica, sentida como superior a la vida partidaria, como fue la adhesión a la CEE.

En este punto hay que subrayar que todas las grandes formaciones aprobaban la opción a diferencia de lo que ocurrió en consultas en otros países comunitarios: Dinamarca, en parte en el Reino Unido, en menor medida en Irlanda. Salvo formaciones de extrema derecha o de extrema izquierda, todos aceptaban el destino europeo del país y la participación activa en los órganos comunitarios. En algún caso la plataforma europea se entendía como ámbito desde donde descalificar al sistema constitucional imperante —Herri Batasuna— o desde la cual explicar la especificidad del pueblo vasco —EA—. Las críticas a la forma de vincularse con la Europa Comunitaria, el Acta de Adhesión, eran compatibles con la esencia de la operación histórica. Si es dudoso que el voto de HB sea una definición sobre Europa y que el de EA no lo sea más que colateralmente, el del PNV lo es indudablemente, por tradición del partido y por su estrategia política. En cuanto al de los nacionalistas catalanes, éstos sienten su definición de Cataluña como más naturalmente europeísta que la actual del resto del Estado.

Indices de participación

El índice de participación en «la elección azul» es muy próxima —pero más elevada— que en las municipales y autonómicas. Próximo, también, al de las últimas elecciones generales.

En España votaron 19.592.920 electo-

Todas las formaciones aceptaban el destino europeo del país y la participación activa en los órganos comunitarios.

res sobre un censo total de 28.437.306: un porcentaje de 68,93 %. El porcentaje está muy cerca del de las últimas generales, junio de 1986: 70,77 %.

La participación no desciende notablemente. Si, de creer a las encuestas y fiarnos en nuestra experiencia directa, hemos entrado en un período de menor entusiasmo y motivación política y aun cívica, esta nueva situación no se refleja decisivamente en las urnas.

Se ha dicho que la buena participación en las europeas fue favorecida por haber agrupado las tres consultas en el mismo acto, a diferencia de lo ocurrido en Europa en 1984 —a excepción de Irlanda—. Ello puede ser cierto a causa de la inercia en votantes municipales y autonómicos hacia la urna europea. Pero aparte de que en la mayoría de las circunscripciones el voto europeo fue superior al municipal y autonómico, tampoco cabe excluir, en principio, que la abstención municipal o autonómica haya arrastrado a la europea.

Las principales formaciones relacionaron el sentido de las tres consultas y alguna, como el PSOE, trató de presentarlas como tres niveles de una misma construcción política. (Si se me permite una observación personal: yo mismo, como cabeza de lista, dediqué en mis intervenciones, ante público, televisión y otros medios, más de la mitad de mi tiempo a presentar las opciones municipal y autonómica.)

Junto a este efecto, previsiblemente positivo, de la vinculación entre las tres consultas, ha podido operar el desgaste de la gestión en municipios y gobiernos autonómicos. En lo que se refería a Europa no había —todavía— desgaste, sino perspectivas de futuro. El mensaje para las locales era la gestión realizada, siempre sometible a crítica; mientras que el clima en las europeas era la consagración de una opción que la mayoría del país venía anhelando desde hacía más de una década.

El nivel de participación es, pues, alto respecto a otras consultas electorales españolas. Lo es también en relación con consultas europeas. En efecto, en 1984, al elegirse por sufragio universal directo el PE, salvo en los países donde el voto es obligatorio (Bélgica, Luxemburgo, Grecia), los porcentajes de participación quedan en Europa muy por debajo de los españoles. La media europea (teniendo en cuenta el impulso hacia arriba del voto obligatorio) rozó el 60 %.

El índice de participación en las europeas debe tamizarse teniendo en cuenta la menor intensidad de la campaña. En municipales y autonómicas los candidatos peinan intensamente los distritos, mientras que 60 candidatos a eurodiputados con un mínimo equipo por cada lista no están en condiciones sino de enunciar los grandes temas. Tampoco contribuyó a presentar esta consulta la decisión de TVE de postergar a sus últimos minutos de emisión de cada noche, ya rozando o adentrándose el nuevo día, el resumen informativo sobre las elecciones europeas, mientras que las locales y las regionales disfrutaban de las horas puntas, la sesión de sobremesa o de la tarde.

La campaña institucional sobre las europeas fue tardía, limitada. No diría que insuficiente, puesto que el resultado de participación fue bueno.

El Partido Socialista

El PSOE obtuvo en las europeas su mejor resultado el 10 de junio de 1987. Votaron su lista estatal 7.573.194 electores, con un porcentaje de 39,10 %. Obtuvo 28 diputados de los 60 que corresponden a españoles en el PE.

En lo que se refiere al número de diputados, el de los designados en 1986 —para el período transitorio que se extendería

hasta la celebración de elecciones directas— era de 36. La representación de socialistas españoles desciende, pues, en ocho diputados.

No obstante, ha de tenerse en cuenta que el contingente para el período transitorio se calculaba en base no al voto nacional del PSOE en 1982, sino sobre el porcentaje de escaños en el Congreso y en el Senado para esa legislatura 1982-1986. El PSOE, con un porcentaje de voto de aproximadamente 46 %, tenía la mayoría absoluta del Congreso y cerca de dos tercios en el Senado. Es decir, que en lo que se refiere al PE la representación socialista se beneficiaba de un doble efecto de la regla D'Hondt que prima, sobre el voto, a la representación de los grandes partidos (sobre todo en las circunscripciones pequeñas). Se calcula que aplicando la proporcional pura al voto de 1986, la representación en el PE sería no muy superior a la que tenemos hoy.

Los porcentajes de participación electoral al Parlamento Europeo quedan en Europa muy por debajo de los españoles.

En una comparación con el resto de los países comunitarios, la diferencia entre primer y segundo partido es mayor en España. En las elecciones para el PE de 1984 solamente el Pasok obtuvo un porcentaje mayor que el obtenido en 1987 por el PSOE (41,6 % para los socialistas griegos) y también la coalición irlandesa Fian Fail (42,9 %). En Francia la coalición, que no es partido, entre gaullistas y conservadores centristas obtuvo 42,9 %, pero en número de diputados el Pasok solamente obtuvo dos más que Nueva Democracia, Fian Fail uno sobre el siguiente, y la coalición francesa 40 sobre 22. Mientras que el PSOE obtiene 28 sobre AP, 17, con una diferencia de voto del 4,44 % (39,10 % sobre 34,66 %). Con todo, el PSOE pierde respecto a las elecciones de junio de 1986 1.332.966 votos, unos cinco puntos (39,10 % sobre 44,35 %).

Más arriba he señalado lo azoroso de comparar dos tipos de elecciones distintas. En el caso del PE nos encontramos

ante la dificultad de no tener punto de referencia anterior: un mismo tipo de elección.

Tampoco será, pues, exacta una comparación con los resultados municipales. Lo único orientador será la diferencia en porcentajes tomados globalmente y también el análisis de cifras en municipios concretos y representativos. Pues bien, frente al temor durante los primeros días de la campaña de que el voto europeo fuese menor, el resultado ha sido el inverso. El PSOE ha obtenido cerca de dos puntos más en las europeas que en las municipales (39,10 % sobre 37,16 %), y 453.058 votos más.

Un dato a retener es que el PSOE no se presentó en todos los municipios, cubriendo —dato aproximado— un 88 % de los mismos, pero siendo los no contestados muy pequeños, la cobertura de las candidaturas socialistas en las municipales excedió el 95 % de las poblaciones del Estado. En todo caso, no es verosímil que en los municipios donde no había candidatura local socialista esta ausencia no arrastrase también hacia abajo la lista del PSOE para las europeas.

El reparto regional y provincial del voto socialista para el PE

El voto socialista europeo es bastante homogéneo geográficamente. Pero refleja la sociología electoral bastante constante desde 1979. También hay excepciones. La «mancha socialista» sobre el mapa queda dibujada teniendo en cuenta estos datos:

1) comunales Autónomas donde la lista del PSOE ha sido la más votada;

2) diferencia, en cada Autonomía, con la lista principal rival;

3) comunidades en que la media de voto ha excedido, o ha quedado por debajo, de la media estatal socialista, y

Si se comparan los resultados europeos y municipales se confirma que el electorado español ha identificado la consulta europea como un tema de definición nacional.

4) por último, para percibir lo que hay de característico en esta consulta, será conveniente comparar el voto en las elecciones municipales y en las europeas, todo ello en cada Comunidad Autónoma.

Situación del PSOE en las europeas en cada Comunidad Autónoma

El PSOE ha sido el partido más votado para el PE en Andalucía, Aragón, Asturias, Canarias, Cantabria (con solamente 0,10 % sobre AP), Castilla-La Mancha, Cataluña, Extremadura, Madrid, Navarra, Murcia, La Rioja y en la Comunidad Valenciana. Es decir, en 13 de las 17 Comunidades Autónomas. También ha obtenido el primer lugar en Ceuta y en Melilla. Ha obtenido el segundo lugar en Baleares, Castilla-León (a 1,13 % de AP) y Galicia (a 11,85 % de AP). Ha quedado tercero en el País Vasco, a 0,50 % de HB y a 0,34 % del PNV.

La diferencia con los otros partidos señala la solidez relativa en cada Comunidad. A escala nacional, recuérdese, la diferencia con la segunda lista AP fue de 14,44 %.

Por Comunidades: Andalucía a 21,30 por 100 y Extremadura a 23,79 % son aquellas donde la diferencia es mayor. Extremadura fue donde se obtuvo mayor porcentaje de voto (50,01 %) seguida por Andalucía (48,36 %).

Asturias (+ 16,48 %) y Valencia son Comunidades en que la diferencia al segundo partido es mayor que la media estatal.

Se acercan a la media Canarias (sobre el CDS) con 12,42 %, Castilla-La Mancha (11,08 %), Madrid (10,23 %). Superan a AP pero quedan por debajo de la diferencia media estatal Cataluña (9,09 %), Ceuta (9,36 %), Melilla (9,52 %). Y a bastan-

te distancia de la diferencia media estatal, Cantabria (0,10 %) y Navarra (3,73 %).

El PSOE ha quedado por debajo de otros partidos en Baleares (-1,59 %), Castilla-León (-1,13 %) y en Galicia (mayor diferencia negativa, -11,85 %). En el País Vasco, donde el voto estuvo muy repartido, la diferencia que le separa de HB es de 0,50 %.

En alguna provincia el voto se separa de la media autonómica. Así en León, donde el voto europeo del PSOE supera, no ya la media autonómica, sino la nacional, 40,05 %; o en Andalucía: Sevilla (50,09 %), Huelva (54,08 %), Jaén (48,55 por 100), Málaga (49,37 %). Un caso a notar es Canarias, donde no solamente el PSOE obtiene un voto más favorable en las europeas que en las municipales, sino que en alguna ciudad donde el resultado municipal fue muy duro, como en Santa Cruz de Tenerife, el voto europeo no se deja arrastrar y resiste muy bien. En esta última ciudad el voto socialista europeo excede al de AIC en 5,51 %, mientras que esta última formación triunfa contundentemente en las municipales.

En cuanto al voto por Autonomías en relación con la media de voto estatal (39,1 por 100), han rebasado la media: Andalucía (48,36 %), Asturias (42,36 %), Castilla-La Mancha (44,78 %), Extremadura (50,01 %), máxima estatal, Madrid (40,62 por 100), Murcia (45,32 %), La Rioja (40,06 %), Comunidad Valenciana (42,09 por 100), Ceuta (44,42 %) y Melilla (45,85 por 100).

No han alcanzado la media: Baleares (34,22 %), Canarias (32,53 %), Cantabria (36,35 %), Castilla-León (35,17 %), Cataluña (36,90 %), Navarra (29,50 %), País Vasco (19,40 %), la mínima, y Galicia (29,77 %).

Como se ve, salvo en los casos de Gali-

cia, Navarra y el País Vasco, el voto en las Comunidades para las europeas se acerca bastante a la media nacional, lo que nos confirma que es bastante homogéneo territorialmente.

Que el electorado español ha identificado la consulta europea como un tema de definición nacional se confirma si se comparan los resultados con las municipales. En Andalucía los socialistas obtuvieron un 48,36 % en las europeas sobre un 43,73 %, en las municipales. (En Sevilla 50,09 % sobre 44,93 %). En Aragón, por el contrario, las municipales son más votadas, 40,73 % sobre 39,41 %. Lo contrario ocurre en Asturias (42,30 % europeas, sobre 39,62 %); en Baleares (34,22 % y 32,35 %); en Canarias (32,53 % y 27,88 por 100); en Cantabria (36,55 % sobre 32,60 %); Castilla-La Mancha (44,78 % y 40,36 %); Castilla-León (35,17 % y 35,01 por 100); en Extremadura (50,01 % y 47,08 %); Galicia (29,72 % sobre 25,71 por 100); Navarra (29,50 % y 29,33 %); Murcia (45,32 % sobre 42,55 %); Comunidad Valenciana (42,09 % y 40,30 %), y en Ceuta (44,42 % sobre 31,48 %).

El PSOE obtiene el mayor índice de voto y uno de los mayores en Europa en elecciones para el Parlamento Europeo.

Por el contrario, los resultados municipales son superiores, aparte de Aragón, en Cataluña (36,99 % europeas, 41,23 % municipales), País Vasco (20,17 % municipales y 19,45 % europeas), La Rioja (42,57 % municipales y 40,06 % europeas), y Melilla (47,42 % municipales y 45,85 % europeas). También Madrid (41,62 % municipales y 40,06 % europeas).

En resumen: más favorables las europeas en 12 Comunidades y en Ceuta. A escala estatal el PSOE, como se ha dicho, obtiene 393.309 votos más en las europeas que en las municipales, con un aumento de porcentaje de 1,94 %. El exceso del voto europeo sobre el municipal representa un incremento del 5,5 % de este último.

El mapa electoral del PSOE

Agrupando los resultados derivados de la utilización de los criterios más arriba señalados, resultan los siguientes grupos regionales en lo que se refiere a la votación del PSOE en las elecciones europeas:

Primer grupo: Autonomías donde los resultados socialistas son muy sólidos. Los mejores resultados: Extremadura, Andalucía, Asturias, Castilla-La Mancha, Murcia, Comunidad Valenciana, y Ceuta. En todas estas Autonomías el voto socialista es superior a la media nacional. En todas la diferencia con el segundo partido, salvo en Murcia donde es menor que la diferencia a nivel del Estado, pero se acerca mucho a ella, es superior a la media. En todas estas Autonomías el voto europeo del PSOE es mayor que el voto municipal.

Segundo grupo: voto en torno a la media estatal y diferencia con el segundo partido en torno a la estatal. Se pueden agrupar en este grupo: Madrid, Canarias, Cataluña, Cantabria, Aragón, Ceuta y Melilla.

En algunos casos, en estas Comunidades, la diferencia sobre el voto municipal es considerable.

Tercer grupo: Autonomías en las que los socialistas obtienen resultados medios malos: Galicia, País Vasco, Navarra, Castilla-León y Baleares. La primera observación es que se trata de regiones en que el voto socialista ha sido más débil desde 1979, con correcciones en 1982 en la meseta castellana o en Navarra. Con todo, hay matizaciones interesantes. En Galicia el PSOE obtiene un bajo índice de voto, 29,72 %, pero no tan bajo si se tiene en cuenta la sociología electoral gallega. El resultado gallego es mejor en las europeas que en las municipales (salvo la mayoría absoluta en la capital de La Coruña, uno

Si el CDS aspiraba a constituirse en clara alternativa al PSOE, ninguna de las tres elecciones de junio han confirmado su ambición.

de los mejores resultados el 10 de junio). En el País Vasco el PSOE queda a 0,50 % de HB. La tendencia al afianzamiento abertzale continúa. Si se considera que

tanto HB como EA obtienen escaño, lo importante no es que el PSOE quede relegado al tercer lugar, sino que solamente los socialistas aparezcan como la única fuerza no nacionalista con resultado presentable. En Castilla-León el voto socialista es inferior a la media nacional: pero la diferencia a favor de AP no es tan grande como, al menos, antes de 1982. Bien es verdad que en esta Autonomía el CDS sube casi en la proporción que sus líderes esperaban y el reparto no es predominantemente, todavía, a tres; pero se orienta en este sentido.

Orientaciones a manera de conclusiones

Es aventurado sacar conclusiones definitivas de esta consulta. No obstante, cabe adelantar unas orientaciones:

1. Puesto que la abstención no ha aumentado sustancialmente, no cabe adjudicarle las pérdidas respecto a 1986.
2. El resultado del PSOE en las europeas es bastante satisfactorio. Obtiene el mayor índice de voto, y uno de los mayores en Europa en elecciones para el PE. Y también la mayor diferencia respecto al segundo partido en Europa. Asimismo, la mayor diferencia en diputados.
3. Respecto a las elecciones de junio de 1986, el resultado es considerablemente inferior. Más arriba se ha indicado que esta comparación no es muy correcta. Pero es inocultable que ha habido un descenso en la aprobación de la posición del PSOE.
4. La diferencia entre el voto europeo y municipal del PSOE es apreciable. La interpretación de este hecho está abierta.

5. El voto socialista es regionalmente bastante homogéneo; se trata de una opción nacional a la que se responde nacionalmente.

6. Las zonas tradicionalmente del PSOE se mantienen. Ciertas zonas conservadoras obtienen menor diferencia sobre los socialistas en las europeas que en elecciones anteriores.

Alianza Popular

Alianza Popular obtiene mayor voto en las elecciones europeas que en las municipales. Su mejor resultado, sin embargo, no tanto por el número de votos que por el posterior juego en la formación de los gobiernos, es en las Autonomías, conservando los gobiernos de Galicia, Baleares y ganando los de La Rioja, Castilla-León y viendo cómo partidos de su misma familia ideológica se instalan en Aragón y, eventualmente, en Navarra. Las notas esenciales de sus resultados son:

— El voto en las europeas excede, como he dicho, al municipal. Como ocurre al PSOE, pero la diferencia en el caso de AP es mayor. Obtiene en las europeas 4.776.155, un 24,66 %; en las municipales 3.926.970, un 20,33 %.

— En el caso de AP esta diferencia puede tener una lectura en términos de la vida del partido. El apartamiento de Fraga de la presidencia no parece haberle restado popularidad, ni haber impulsado electoralmente al partido que transita peor donde no opera el factor personal. No obstante, la crisis interna de AP no parece haberla quebrantado irreparablemente: está aproximadamente en su techo. No obstante, AP

El resultado para el sistema político ha sido bueno porque la abstención no es grande y la participación es superior a la media europea.

El Centro Democrático Social

El CDS ha considerado el 10 de junio como una innegable victoria y como prue-

rales de 1986, el porcentaje de pérdida es mayor.

— En cuanto al reparto regional de su voto:

a) logra el primer puesto en Baleares (+1,69 % sobre el PSOE); Castilla-León (+1,13 %), y Galicia (+11,35 %; en Lugo, +30,71 %);

b) en las otras Autonomías, y en Ceuta y Melilla, es el segundo partido; salvo en Canarias, donde se coloca tras el CDS, en Cataluña —tercer partido— y en el País Vasco (sexto);

c) el voto regionalista de derechas le «muerde» en ciertas Comunidades;

d) la media estatal es de 24,66 %. Exceden esta media Asturias (25,82 %), Baleares (35,81 %), Cantabria (36,25 %), Castilla-La Mancha (33,70 %), Extremadura (26,20 %), Galicia (41,62 %), Madrid (30,39 %); Murcia (32,38 %), La Rioja (37,25 %), Ceuta (34,06 %) y Melilla (36,30 %);

(Hay que señalar que en aquellas regiones en que el PSOE obtiene sus mejores resultados, AP se mantiene bien.)

e) los peores resultados de AP acontecen en el País Vasco (7,16 %), Cataluña (11,20 %) y Canarias (16,89 %);

f) en cuanto a Madrid, el resultado de AP en las europeas es mejor que en las municipales y que en las autonómicas, 753.403 votos sobre 704.708; 30,39 % y 29,12 % respectivamente.

Con sus 17 eurodiputados y con el 24,66 % del voto, AP parece no subir, pero mantiene su techo.

ba de su incontenible ascensión. Si este partido aspiraba a constituirse en clara alternativa al PSOE ninguna de las tres elecciones celebradas en ese día ha confirmado su ambición. Pero en ayuntamientos y órganos autonómicos el voto le permite jugar a fondo el peso de su minoría.

No así en el PE. Con siete eurodiputados se encuentra en dificultad para formar en él grupo independiente. (El mal resultado de los «eanistas», con los que había mantenido contactos, en las elecciones portuguesas de julio le complica más el logro de ese objetivo.)

Con todo, con 1.986.832 votos, un 10,26 %, ha mejorado su resultado de 1986 en 148.033 votos y alrededor de un punto. Con IU es el único de los cuatro grandes que sube.

En cuanto al mapa electoral del CDS:

a) se coloca como segundo partido en Canarias;

b) se mantiene como tercer partido en el resto, salvo en Navarra (cuarto), País Vasco (séptimo) y Cataluña (cuarto);

c) supera su media estatal, 10,26 %, en Andalucía, Aragón, Asturias (14,43 por 100), Baleares, Canarias (20,11 %), Extremadura, Madrid (13,97 %), Murcia, La Rioja, Valencia y Ceuta;

d) sus peores resultados se sitúan en Cataluña (5,61 %), País Vasco (3,85 %) y Melilla (8,06 %).

El CDS obtiene mayor votación en las europeas que en las municipales (+0,44 por 100).

Izquierda Unida

No ha podido superar claramente los límites en que fue encerrado el PCE. En su

La elección del 10 de junio ha presenciado la aparición de partidos regionales de derechas.

caso, el resultado es mejor en las municipales que en las europeas (1.351.847 y 9,77 por 100 en las locales; 1.014.896 y 5,24 % en la lista azul). Con tres eurodiputados la

formación a la izquierda del PSOE con vocación estatal estará representada en Estrasburgo en menor medida que los comunistas de los diversos países comunitarios. IU se mantiene como cuarto partido, salvo donde se impone la izquierda abertzale.

Los regionalismos de derechas

La elección del 10 de junio ha presenciado la aparición de partidos regionales de derechas. Los partidos regionales alcanzaron unos 839.000 votos, pero salvo los abertzales de izquierdas, la dispersión impidió que alcanzasen escaños.

El abertzalismo vasco

Euzkadiko Ezquerria no obtuvo escaño; sí EA (328.128 votos 1,69 %) y Herri Batasuna (363.099 votos 1,87 %). HB obtiene en Euskadi 211.326 votos (con 19,61 por 100), en Navarra 40.567 (con 14,41 por 100), en el resto del Estado logra 111.146; votos que contestan el actual sistema constitucional y político.

La extrema derecha no obtiene escaño

A diferencia de lo que ocurre con sus correligionarios europeos, la extrema derecha española —quizá la más reducida de Europa— no estará representada en Estrasburgo.

Orientación muy general

Pese a su pérdida de votos respecto a 1986, el PSOE se mantiene en sus posiciones de primer partido. Si se aplicase la regla de D'Hondt a los resultados provinciales de las europeas en el Congreso español, rozaría o alcanzaría la mayoría absoluta el PSOE.

El resultado para el sistema político ha sido bueno porque la abstención no es grande y la participación es superior a la media europea.

En cuanto a la diferencia entre el voto para las europeas y las municipales en tres grandes partidos, las explicaciones son complejas pero necesarias. Como necesario es un análisis político, económico y cultural en torno a los valores, que explique la suave, pero indudable, declinación de la preferencia de los españoles por la oferta presentada por el PSOE.

CUADRO I

Diferencias del voto PSOE en las europeas sobre media estatal
Media estatal, 39,10 %

Mayor que media estatal:

Andalucía	48,36 %	9,26 %
Asturias	42,30 %	3,2 %
Castilla-La Mancha	44,78 %	5,68 %
Extremadura	50,01 %	10,91 %
Madrid	40,62 %	1,52 %
Murcia	45,32 %	6,22 %
La Rioja	40,06 %	0,96 %
Comunidad Valenciana	42,09 %	2,99 %
Ceuta	44,45 %	5,32 %
Melilla	45,85 %	6,75 %

Menor que media estatal

Aragón	38,41 %	- 0,69 %
Baleares	34,22 %	- 4,88 %
Canarias	32,53 %	- 6,57 %
Cantabria	36,35 %	- 2,75 %
Castilla-León	35,17 %	- 3,93 %
Cataluña	36,90 %	- 2,20 %
Galicia	29,72 %	- 9,38 %
Navarra	29,50 %	- 9,60 %
País Vasco	19,45 %	- 19,65 %

FUENTE: Ministerio del Interior. Dirección General de Política Interior «Elecciones al Parlamento Europeo, 1987, por Comunidades Autónomas». «Avance de resultados». Junio de 1987.

CUADRO II

Diferencia del PSOE sobre el segundo partido en las europeas

Andalucía	
Sobre AP	21,30 %
Aragón	
Sobre AP	13,83 %
Asturias	
Sobre AP	16,48 %
Baleares	
Frente AP	- 1,59 %

Cataluña	
Sobre CiU	9,09 %
Extremadura	
Sobre AP	23,79 %
Galicia	
Frente AP	- 11,85 %
Madrid	
Sobre AP	10,23 %
Murcia	
Sobre AP	12,94 %
Navarra	
Sobre AP	3,73 %
País Vasco	
Respecto a HB	- 0,50 %
La Rioja	
Sobre AP	3,81 %
Comunidad Valenciana	
Sobre AP	17,63 %
Ceuta	
Sobre AP	9,36 %
Melilla	
Sobre AP	9,52 %
Canarias	
Sobre CDS	12,42 %
Cantabria	
Sobre AP	0,10 %
Castilla-La Mancha	
Sobre AP	11,08 %
Castilla-León	
Frente AP	- 1,13 %

FUENTE: La misma que la del Cuadro I.

CUADRO III

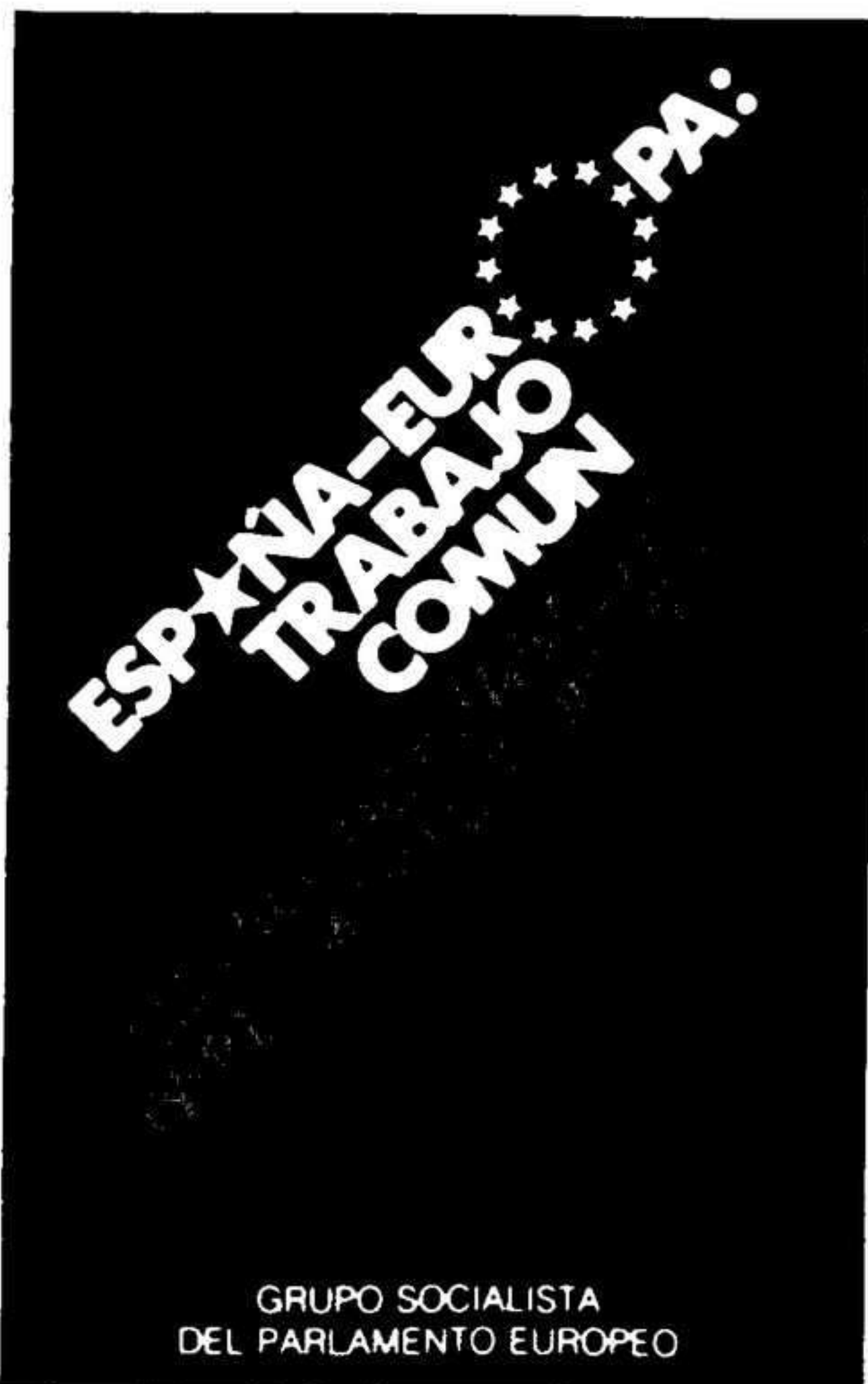
Diferencia de voto del PSOE en europeas y municipios

Andalucía	+ 4,63 %
Aragón	- 2,32 %
Asturias	+ 2,62 %
Baleares	+ 1,35 %
Canarias	+ 4,65 %
Cantabria	+ 3,75 %
Castilla-La Mancha	+ 4,36 %
Castilla-León	+ 0,16 %
Cataluña	- 4,33 %
Extremadura	+ 2,93 %
Galicia	+ 4,01 %
Madrid	- 0,83 %
Navarra	+ 0,17 %
Murcia	+ 2,77 %
País Vasco	- 0,72 %
La Rioja	- 2,51 %
Comunidad Valenciana	+ 1,79 %
Ceuta	+ 12,94 %
Melilla	- 1,57 %

FUENTE: La misma que la de los Cuadros I y II.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS



Europa sigue siendo un progreso necesario. La reciente ampliación de la Comunidad —con la adhesión de España y Portugal— ha confirmado la fuerza y el vigor del ideal europeo: creemos que nuestro entusiasmo como nuevo Estado miembro está siendo un elemento positivo para la construcción europea. Además, la integración en la Comunidad, este reencuentro económico, social y cultural con Europa, abre la posibilidad de avanzar en el esfuerzo de modernización de España, creando las condiciones para llegar a un espacio económico y social europeo común.

Todos los trabajos recogidos en este volumen ponen de manifiesto las grandes líneas de actuación que, sobre los grandes escollos de la construcción europea, han elaborado los socialistas españoles en el Parlamento Europeo, y suponen una reflexión sobre los modos y maneras de llegar a la auténtica Unidad Europea, poniendo en marcha primero y ampliando después los contenidos del Acta Unica.

Enrique Barón, Manuel Medina, Luis Planas,
Carlos Bru, Francisco Oliva,
José Álvarez de Paz, Josep Verde i Aldea,
Víctor Manuel Arbeloa,
José Miguel Bueno, Joan Colom, Juan Colino,
José Vázquez Fouz, Francisco J. Sanz Fernández,
Juan de Dios Ramírez-Heredia.

España-Europa: trabajo común
Los socialistas en el Parlamento Europeo
202 págs. 950 ptas.
Forma de pago: talón bancario
o giro postal.

Pedidos:
Editorial Pablo Iglesias
C/. Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
28010-Madrid
Tels.: 410 46 96 - 410 47 98

CHINA:

¿Contradicciones constructivas?

Robin Munro



A partir del punto culminante de la reforma liberal de mediados de 1986, la escena política china sufrió progresivamente, a principios del presente año, un imprevisto y drástico bandazo hacia la izquierda maoísta.

Al frente de este repentino retroceso conservador figura una amplia representación de veteranos líderes del partido y del Ejército, de casi 80 ó 90 años en su mayoría, muchos de los cuales fueron víctimas de la Revolución Cultural de Mao. No debe confundirse su pensamiento político con el «ultraizquierdismo» de la Banda de los Cuatro; en conjunto, su particular señal de identidad izquierdista parece más

afín al mucho menos radical «maoísmo de la corriente principal» de mediados de la década de 1950 o principios de la de 1960. Sin embargo, la preocupación manifiesta de esta facción dirigente de nuevo en ascenso porque el programa de reforma pudiera —al menos en su forma actual— estar llevando a China por el «camino capitalista», sugiere la posibilidad de que en la China de hoy aún pervi-

van con salud sentimientos maoístas mucho más radicales.

¿Cuáles son las cuestiones que están en el fondo de la actual crisis y cuáles son sus

orígenes históricos recientes? Evidentemente, las manifestaciones estudiantiles sirvieron de catalizador imprevisto. Pero para hallar la verdadera causa fundamental debemos mirar mucho más allá, en concreto a la cuestión sumamente delicada de la «reforma política» que la dirección china comenzó a debatir por primera vez de 1980.

Las reformas económicas, que comenzaron de hecho aquel año, han sido suficientemente polémicas; pero la cuestión de la reforma política ha resultado serlo mucho más, ya que concierne a materias relativas al poder del Estado y choca con los derechos y prerrogativas del Partido Comunista. Fue sobre todo la súbita y violenta reanudación del debate sobre la reforma política, a mediados de 1986, lo que incitó a los estudiantes chinos a tomar las calles en su propia ofensiva alternativa por la democracia. Los resultados, sin embargo, fueron muy distintos a lo que esperaban.

Las reformas del posmaoísmo: un consenso discordante

El programa reformista del partido nació en diciembre de 1978, en la célebre tercera sesión plenaria del XI Comité Central. Esta reunión señaló el ocaso de la dirección dogmática de Hua Guofeng, sucesora de Mao, y confirmó a Deng Xiaoping como nuevo líder supremo de China. Se proclamó el final de las «tempestuosas luchas de clases del pasado» y se fijaron la modernización económica y una mayor democracia como las principales tareas de la nueva era.

Desde entonces, el progreso económico ha sido ininterrumpido e impresionante, y

La reanudación del debate sobre la reforma política incitó a los estudiantes a su propia ofensiva alternativa por la democracia.

la liberalización cultural ha avanzado con rapidez; pero la democracia como tal ha seguido siendo en gran medida un ideal abstracto. El Movimiento para la Democracia, de carácter popular, pudo florecer durante algún tiempo, y la concepción de Wei Jingsheng, según la cual la democracia es la «quinta modernización» —de la que dependerían las «cuatro modernizaciones» oficiales de la economía— ha seguido teniendo eco en la vida política de China. Pero con la definitiva represión del movimiento en 1981, la dirección del partido indicó claramente que la democracia continuaría siendo un regalo exclusivo suyo, que concedería de la manera y en el momento en que estuviera preparada.

En agosto de 1980, Deng Xiaoping pronunció un importante discurso titulado «la reforma del sistema de dirección del partido y del Estado», en el que hacía un llamamiento para que China emprendiera un programa de reformas políticas. Los principales defectos del sistema que enumeró fueron cierta falta de separación entre el papel del partido y las funciones del Estado, la simultaneidad de la posesión y el ejercicio vitalicio de cargos oficiales, y la excesiva burocracia administrativa. Aunque las propuestas de Deng afectaban fundamentalmente a cuestiones de reorganización gubernamental, hubo, sin embargo, un notable y nuevo énfasis sobre los derechos democráticos populares. El objetivo político era «desarrollar en toda su plenitud la democracia del pueblo, y asegurar que el pueblo en conjunto disfruta auténticamente del poder de administrar el Estado a través de diversos cauces efectivos, y especialmente de administrar el poder político en el nivel básico, así como todas las empresas». El discurso de Deng representó para muchos en China la luz verde de la «liberalización», y tuvo como consecuencia inmediata un debate abierto y de gran amplitud sobre la cuestión de la reforma política entre los principales teóricos del partido.

Algunas reformas políticas, relativas principalmente a la reorganización gubernamental, sí se realizaron. Pero la reforma del sistema de cuadros parece haberse encontrado con una gran oposición. Ciertos líderes del partido entrados en años se negaron a renunciar a sus cargos cuando se les requirió para ello, y la burocracia administrativa empezó pronto a proliferar de nuevo (hasta el punto de que las filas de cuadros parecen ahora más nutridas e infladas que nunca). Del mismo modo, el debate sobre la reforma política había servido para infundir nuevas esperanzas al vacilante Movimiento para la Democracia, varios de cuyos líderes se presentaron como candidatos independientes en las elecciones municipales de finales de 1980. En la Escuela de Profesores de Humanidades de Changsha, provincia de Hunan, la injerencia ilegal de cargos del partido en estas elecciones provocó graves disturbios, y los estudiantes boicotearon

las clases, realizaron una huelga de hambre y celebraron manifestaciones públicas de protesta.

En concreto, el surgimiento del movimiento sindical libre de Solidaridad en Polonia parece haber reforzado considerablemente la oposición conservadora en China a la idea de una mayor democratización política; la primavera siguiente, el Movimiento para la Democracia fue sofocado definitivamente, y sus dirigentes Wang Xizhe y Xu Wenli, neomarxistas liberales y simples trabajadores, fueron condenados a catorce y quince años de prisión, respectivamente. Incluso la limitada liberalización cultural que habían engendrado las reformas de 1980 resultaron inaceptables para los líderes más conservadores, y en el verano de 1981 hubo una activa (aunque efímera) campaña contra el «liberalismo burgués», instigada en gran parte por los militares.

La reforma política como tal fue, por tanto, aplazada varios años. Sin embargo, la reforma económica siguió siendo la

tarea más importante, y Deng y sus colegas reformistas encauzaron sus principales energías hacia este ámbito en la primera mitad de la década de 1980. La primera etapa se centró en la agricultura, en donde la institución del «sistema de responsabilidad» dio vía libre a las iniciativas campesinas, culminando en la descolectivización y en la supresión, en 1984 y 1985, de las comunas populares. Quizá inevitablemente, sin embargo, estos acontecimientos engendraron entre los conservadores del partido sospechas de un retroceso hacia el capitalismo. El creciente interés público en el estilo de vida y las ideas «capitalistas» que había surgido hacia la misma época como consecuencia de la política china de «puertas abiertas» en materia de comercio y cooperación con Occidente no calmó en modo alguno estas inquietudes.

Parece que incluso los miembros más

**La amplia despolitización
de la sociedad
y el fomento general del
consumismo de los últimos años han
provocado varios males sociales.**

conservadores de la dirección posmaoísta se convencieron de la necesidad de estas reformas económicas, pese a sus efectos socialmente «peligrosos», y por ello se abstuvieron de criticarlas directamente. Por el contrario, a partir de comienzos de la década de los 80 comenzaron a abrazar la causa de la «civilización espiritual socialista», dirigida a inculcar los valores socialistas y los ideales comunistas a los ciudadanos chinos, en un intento de la retaguardia de frenar los efectos sociales más adversos de la política de «puertas abiertas». Dado que éste era un objetivo que podían compartir también los miembros de la dirección más proclives a la reforma, el proyecto de «civilización espiritual socialista» pareció representar inicialmente un ámbito de firme causa común y no ser muy polémico.

No obstante, la enérgica reactivación del debate sobre cuestiones políticas e ideológicas que tuvo lugar a principios de 1983, cuando destacados teóricos del partido empezaron a abogar por un «huma-

nismo socialista», hablando abiertamente de la «alienación bajo el socialismo» y exponiendo de nuevo agudos argumentos en favor de la democracia real, pronto dio un cariz muy diferente a las cosas. Los conservadores del partido reaccionaron con notable ferocidad, y en el invierno de aquel año lanzaron una formidable campaña izquierdista contra la «contaminación espiritual» que venía de Occidente. Con este escalofriante cambio de contexto, que dejó a los intelectuales chinos en un estado de profunda conmoción, el proyecto de «civilización espiritual socialista» comenzó a aparecer más como el bastión ideológico de los conservadores del partido que como un empeño común de las dos alas de la dirección.

Los reformadores del partido eludieron de nuevo con habilidad el desafío acelerando las reformas económicas en el campo: se fomentó la aparición de «empresarios socialistas» semicapitalistas y se hizo un llamamiento a los campesinos chinos para «hacerse ricos rápidamente». Los conservadores fueron, así, burlados, al volver la dirección de la reforma de Deng al terreno más consensual de la economía. Esta relativa unanimidad respecto de las reformas económicas se hizo mucho más cuestionable, sin embargo, cuando en el verano de 1984 éstas se extendieron a las ciudades. Su filosofía de «hacerse rico rápidamente», junto con la introducción de una concepción cercana a la del libre mercado y un entusiasmo ya escalofriante por el estilo de vida «burgués», resultó ser una mezcla explosiva para la población urbana china. Tanto es así que en los últimos años se viene exigiendo a los defensores conservadores de la pureza socialista china que realicen esfuerzos correctivos casi frenéticos en la esfera de la «civilización espiritual socialista» (como, por ejemplo, en la política de «cinco esfuerzos, cuatro bellezas y tres ardientes amores»).

Durante el primer semestre de 1985 tuvo

**La reforma urbana
representa una amenaza directa
para el poder y para los
intereses personales de
los burócratas intermedios y bajos.**

lugar una decidida reanudación de la breve campaña contra el «liberalismo burgués» de 1981. Hu Yaobang y Deng Xiaoping mostraron también su firme apoyo a la campaña antiliberal. Según Deng «practicar el liberalismo burgués es tomar la vía capitalista. Debemos oponernos a todas las tendencias, palabras o actos que sigan la vía capitalista». Esta campaña de 1985 fue el antecedente más claro y directo de la actual tendencia conservadora de China. En septiembre de 1985, Chen Yun, el más destacado líder conservador, no sólo advertía de los peligros de la corrupción moral y de la falta de celo revolucionario, sino que incluso criticaba abiertamente aspectos de las propias reformas económicas, como el relativo abandono de la producción de cereales en favor de los cultivos de rentabilidad inmediata.

Hay que decir que los recelos de los conservadores hacia la reforma no son en modo alguno infundados. La amplia despolitización de la sociedad y el fomento general del consumismo de los últimos años han provocado varios males sociales bastante notables que van desde el mero individualismo egoísta a la desenfrenada corrupción oficial. Del mismo modo, la propia reforma económica ha adolecido de varios defectos graves, como el abandono generalizado y potencialmente desastroso del mantenimiento y de la inversión en infraestructura agraria, y el exceso de inversión en importantes obras de construcción urbana que hizo descender peligrosamente las reservas de divisas. Por último, ancianos dignatarios del partido y del Ejército como Peng Zhen, Bo Yibo y Wang Zhen están sin duda, verdadera y profundamente ofendidos por los diversos signos, a menudo muy visibles, que ponen en evidencia la progresiva «occidentalización» de China, y no en menor grado, quizá, por los recuerdos que éstos les traen del anterior sometimiento y humillación «semicoloniales» de China.

Sin embargo, pro-

bablemente sea el verdadero contenido económico de las reformas urbanas, más que su efecto adverso sobre la moralidad socialista, lo que ha resultado ser el mayor

La dirección reformista argumentó el año pasado que no se podía seguir adelante con las reformas económicas sin un auténtico cambio político.

factor de divergencia política para el partido. El principal mensaje de la dirección reformista a los funcionarios del partido es, en los últimos dos años, que se retiren de los asuntos económicos y dejen las cosas en manos de los gerentes y expertos de empresas. La reforma urbana representa, pues, una amenaza directa para el poder y para los intereses personales de un gran número de burócratas de rango intermedio y bajo. Esto, a su vez, la hace potencialmente peligrosa para la estabilidad y la armonía sociales, ya que, por todos sus defectos, la burocracia es todavía el único instrumento normativo que tiene la dirección china, y hay que tomar en serio, por tanto, su descontento.

Aunque las dos alas de la dirección atribuyen gran valor al mantenimiento de «la estabilidad y la unidad» en la sociedad, para los conservadores del partido esto es incuestionablemente, y casi por definición, el interés supremo. Por tanto, parece probable que se hayan sentido obligados a hacerse eco y a representar, al más alto nivel, las diversas culpas y quejas de la burocracia sobre las actuales reformas. En cualquier caso, cuando las reformas económicas empezaron a inmiscuirse en el territorio político conservador, pareció que se llegaba a un callejón sin salida.

El debate de la reforma política de 1986

En abril y junio del pasado año, después de un intervalo de casi seis años, Deng Xiaoping pronunció de nuevo discursos pidiendo la reforma de la estructura política china. Durante la primera mitad de 1986 se publicaron en la prensa numerosos informes en los que se describían casos de obstaculización de la labor de los reformadores de la empresa,

e incluso de su persecución directa, por cargos locales del partido que temían una reducción de su propio poder. Sectores de la dirección reformista, encabezados por el propio Deng, parecían por tanto haber decidido que la única solución real a este problema de obstrucción burocrática era llevar a cabo una «reestructuración» básica del propio sistema político. Mientras las propuestas formuladas por Deng en 1980 habían tenido una relación poco evidente con la economía, por tanto pudieron quedar en suspenso, el argumento que presentó la dirección reformista el pasado año era que no se podía seguir adelante con las reformas económicas sin un auténtico cambio político.

Pisando los talones de un espectacular renacimiento de la política de liberalización cultural y académica de las «cien flores» de 1956 en su decimotercer aniversario, la estrecha vinculación que hacía Deng de la reforma económica con la reforma política se interpretó en amplios sectores de China como el toque de clarín que llamaba a unas reformas totales e integradas que abarcaran la mayor parte de los principales aspectos de la sociedad. La consecuencia casi inmediata fue un debate sin precedentes por su audacia y por la ausencia de censura entre destacadas personalidades académicas y teóricos del partido.

Como declaró con entusiasmo una de las personas que contribuyeron a este debate: «La reforma de la sociedad china no debe ser ni un solo económico ni un dúo político y económico. Debe ser una majestuosa sinfonía en la que haya una reforma económica, política, ideológica y cultural». Más aún, un destacado teórico del partido, Li Honglin, manifestaba el pasado mes de junio, con un argumento que recuerda inevitablemente el concepto de la «quinta modernización»: «Si estamos sinceramente a favor de construir las cuatro modernizaciones, necesitamos imperiosamente la democracia y damos la bienvenida entusiasta a la democracia,

porque la democracia es en realidad la condición política indispensable para la realización de las cuatro modernizaciones». Efectivamente, un mes antes, el propio *Diario del Pueblo* había declarado en uno de sus titulares que «Sin democracia socialista no habrá ninguna modernización socialista».

En general, los más destacados reformadores del partido parecían estar de acuerdo esta vez en que había que tomar importantes medidas para reducir algo que se había convertido en el control total del propio partido sobre el mismo poder. El principio de «dirección del partido» seguía siendo lo fundamental, sin embargo, por lo que se presentaba difícil hallar la cuadratura de ese círculo. En un debate de mayor alcance se propusieron las siguientes ideas fundamentales. Primero, debe haber una mayor descentralización o

«división vertical del poder», cediendo los burócratas parte de su exceso de poder a los que están en niveles inferiores. Segundo, los órganos del partido deben desvin-

cularse de las actividades económicas y gubernamentales locales y dedicarse, en su lugar, a proporcionar una «orientación política e ideológica». Tercero, deben ampliarse los derechos civiles y los procesos electorales, y los congresos populares deben convertirse, en todos los niveles, en auténticos órganos de poder y supervisión del Estado. Cuarto, debe instituirse un sistema de «comprobaciones y balances socialistas» o «mecanismos restrictivos» entre el partido, por un lado, y el Gobierno, el poder legislativo y el judicial por el otro. Por último, debe concederse un papel mayor a los diversos «partidos democráticos» no comunistas chinos, ampliando la antigua política de «frente unido».

En un nivel inferior, en el debate entre personalidades académicas y expertos en ciencias sociales, las propuestas fueron a menudo mucho más radicales. Como comentó el pasado año el director de un dia-

rio nacional chino: «Los políticos conservadores quieren limitarlo todo a una reforma del sistema de cuadros y a una racionalización de la estructura del Gobierno. Los teóricos más liberales subrayan la participación de las masas y la división de poderes entre los diversos componentes del Estado». En concreto, argumentaban que la tarea principal a la hora de llevar a cabo la reforma política debe ser la creación de una libertad de prensa y una libertad de expresión verdaderas, y el establecimiento de estructuras e instituciones democráticas que den un poder real a los ciudadanos chinos.

Quizá las ideas más trascendentales eran las que pedían que el tipo de libertad, de alternativas y de diversidad implícito en la actual política económica se reflejara también en la arena política. Algunos escritores argumentaban, por ejemplo,

¿Hasta qué punto se debía permitir que el proceso de modernización de China implicara la absorción de valores e instituciones de Occidente?

que es la «economía de productos básicos», más que la propiedad pública por sí misma, lo que sienta las bases para una auténtica democracia socialista, ya que

los productos básicos «nacen libres e iguales» y «no reconocen cosas tales como antecedentes *status* social o privilegios». Otros predecían la aparición de China de grupos de presión política procedentes de estratos como la *intelligentsia* urbana y los empresarios rurales (los que se «hicieron ricos primero»).

La cuestión más polémica de todas, sin embargo, era hasta qué punto se debía permitir que el proceso de modernización de China implicara la absorción de valores e instituciones de Occidente, un dilema cultural permanente en la lucha que libra China desde hace ya 150 años en pro de una autoafirmación nacional en el mundo moderno. En el debate del pasado verano, incluso figuras prominentes como Zhu Houze, entonces jefe del departamento de propaganda del partido, y Yan Jiaqi, director del Instituto de Ciencias Políticas de la Academia de Ciencias So-

ciales china, subrayaron la necesidad de que China tomara prestados elementos no sólo de la ciencia y de la tecnología occidentales, sino también de su cultura y su ideología, e incluso, en su caso, de su marco político.

Era seguro que estas ideas provocarían la indignación de los conservadores. En conjunto, los reformadores de esta tendencia más radical pedían simplemente el desmantelamiento de las barreras artificiales frente a Occidente para que pudiera seguir su curso sin obstáculos el necesario proceso de selección y rechazo culturales. Más aún, afirmaban patrióticamente la capacidad cultural de China para resistirse a cualquier influencia «insana» de Occidente. Estos reformadores serían, sin embargo, denunciados posteriormente por los conservadores como defensores de la «occidentalización total». (Poco ayudaron a su causa comentarios como el del novelista Zhang Xianliang: «Una vez que el pensamiento capitalista deje de ser un crimen, se habrá eliminado la última barrera psicológica en el pueblo».) Este modo de hablar es anatema para los conservadores del partido, que piensan que la «puerta abierta» a Occidente ya está, para su gusto, demasiado entreabierta.

Por lo que respecta a los conservadores, ellos pedían claramente una fuerte inyección de «civilización espiritual socialista» como sedante para contrarrestar los efectos sociales más amplios de toda esta alarmante innovación ideológica; en realidad, como antídoto para el crecimiento aparentemente ilimitado del propio movimiento de reforma política. Por si acaso, en el sexto pleno del partido de septiembre de 1986 hubo efectivamente un importante renacimiento del proyecto de «civilización espiritual». Pero el documento final que surgió de esta reunión mostraba indicios de un compromiso entre las dos alas de la dirección en el que los conservadores habían perdido, desde luego, mucho terreno.

Hasta ahora se había dicho siempre que el elemento fundamental del proyecto de «civilización espiritual» era la promoción de los «ideales comunistas», término inflexible utilizado por los conservadores. Sin embargo, el sexto pleno decidió que era demasiado ambicioso y poco realista tratar de unir a la población alrededor de este objetivo y que la tarea central debía ser, por el contrario, cultivar los mucho más moderados «cinco amores»: a la madre patria, al pueblo, al trabajo, a la ciencia y (el último de la lista) al socialismo. Se había abierto, así, una grave brecha en el propio bastión ideológico conservador, ya que estos fines, aunque formulados con gran fuerza, exigían tan poco de la población que eran casi amables.

Los principales conservadores del partido no estaban por tanto de humor a finales de 1986 para hacer ninguna concesión más en cuestiones políticas e ideológicas, y las manifestaciones estudiantiles lo único que provocaron fue que se alcanzara, de un modo espectacular, el punto álgido de la crisis.

El debate desarrollado en China el pasado año sobre la reforma política fue, sin lugar a dudas, el acontecimiento más iconoclasta y prometedor del país desde hacía más de dos décadas. Más aún, el reciente desarrollo creativo del marxismo en China y la voluntad general de abandonar a las vacas sagradas socialistas, al trazar la senda hacia el «socialismo con características chinas», pareció haber suscitado el año pasado la admiración y la envidia del líder soviético Mijail Gorbachov, que dijo al parecer a sus asesores con exasperación: «Dejen de criticar las reformas chinas: ¡estúdienlas!». La nueva política soviética de «apertura» (*glasnost*) se inspiró probablemente en gran medida en el ejemplo reciente de China, y los actuales

cambios de opinión izquierdistas en China contienen una lección de máximo interés para Gorbachov.

De un modo significativo, el sexto ple-

El debate del pasado año sobre la reforma política fue el acontecimiento más iconoclasta y prometedor desde hacía más de dos décadas.

no de septiembre omitió incluir formalmente la tarea de la reforma política en la agenda de trabajo inmediato del partido. Este fue, sin duda, el precio pagado a los conservadores por su adaptación a la degradación definitiva de la «civilización espiritual», pero fue probablemente sólo un revés menor para los reformadores, dado que la reforma política, en cualquier caso, había estado en la fase de discusión sólo cuestión de meses, y su inclusión formal en la agenda de trabajo habría sido, probablemente, de algún modo prematura. Hacia finales de 1986, la dirección del partido afirmó que el debate sobre la reforma política continuaría en los meses siguientes, y que se elaboraría un plan que se presentaría ante el próximo décimo tercer congreso del partido (que deberá celebrarse en octubre de 1987). Con este fin, se creó un «grupo dirigente para la reforma política» de veinte miembros, encabezado nada menos que por Zhao Ziyang, y al que pertenecían otras figuras tan destacadas como Hu Qili. La dirección advirtió, sin embargo, que se podían suscitar las esperanzas populares de un modo poco realista si el debate iba demasiado lejos en su primera fase. Deng Xiaoping fue especialmente cauto, advirtiendo que la reforma política llevaría «por lo menos una década» y que transcurrirían «veinte o treinta años antes de las elecciones nacionales». (Difícilmente puede acusarse a Deng de alarmista.) Pero el debate sí se extendió a lo largo y a lo ancho, y a nivel popular se cobraron nuevas esperanzas.

Las manifestaciones estudiantiles

Igual que en 1980, cuando el debate oficial sobre la reforma política provocó una respuesta inesperada en la calle, en forma de un renacimiento de la actividad del Movimiento para la Democracia y de una participación independiente de los estudiantes en las elecciones locales, el debate del año pasado en el seno del partido iba a tener también graves e imprevistas conse-

Las principales exigencias de los estudiantes eran políticas: democracia, libertad de expresión y libertad de prensa.

cuencia sociales. Con la diferencia de que en esta ocasión el sonido que llegaba de la calle no fue un murmullo, sino un clamor.

Los estudiantes que se manifestaron en diciembre pasado abrigaban ciertos descontentos de carácter más personal, relacionados principalmente con la calidad de la comida, el alojamiento y las condiciones de estudio. Pero sus principales exigencias eran políticas: democracia, libertad de expresión y libertad de prensa. Aunque estas aspiraciones no estaban muy elaboradas ni teorizadas, como era el caso cuando era el Movimiento para la Democracia el que protestaba, se expresaron con una vehemencia mucho mayor —y se manifestó un número muy superior de personas— de la que haya tenido cualquier protesta desde la muerte de Mao. Plantearon así un poderoso desafío al Gobierno.

Pero, ¿qué había movido a los estudiantes a actuar con tal audacia y determinación? Probablemente hubo razones de diversa índole. Ante todo, la intensificación del clima de reforma del último semestre del año pasado había avivado las llamas del malestar estudiantil, y los campus de China resultaron ser el foco más sensible a las expectativas generalizadas de cambio democrático. Pero los acontecimientos internacionales, transmitidos casi instantáneamente por televisión vía satélite, también pueden haber desempeñado su papel. Espectáculos como las recientes manifestaciones estudiantiles en París, los disturbios contra Moscú en el Kazakhstán, las primeras elecciones pluripartidistas en Taiwan y, finalmente aunque no en último término, la revolución del «poder popular» de corazón Aquino en Filipinas (a la que se aludía en varios murales de Beijing) deben haber ofrecido modelos sugestivos a los jóvenes chinos interesados en la democracia.

El deseo general de democracia se unió a preocupaciones más directamente per-

sonales en la cuestión de las elecciones libres. Como en el caso de los estudiantes de Changsha en 1980, los varios miles de estudiantes que se manifestaron públicamente en Hefei, provincia de Anhui, el pasado mes de diciembre, protestaban contra los arbitrarios intentos burocráticos de prohibir que los candidatos estudiantiles concurrieran a las elecciones. «¡Abajo las elecciones adulteradas!» y «¡No hay modernización sin elecciones!», decían sus pancartas.

El movimiento se extendió con extraordinaria rapidez —a Wuhan, Shenzhen, Kunming, Nanjing, Suzhou, Tianjin, Chongqing, Xian y Guangzhou (Cantón)— y, el 20 de diciembre, entre 50.000 y 70.000 estudiantes se manifestaban en las calles de Shanghai. La participación final de los estudiantes de Beijing, que estaban en la vanguardia de las pro-

testas políticas en Chi-

na desde el Movimiento cuatro de mayo de 1919, marcó el punto culminante y el momento crucial del impulso del movimiento. Su abierto

desafío a las autoridades al celebrar una manifestación el día de año nuevo en la plaza de Tian' anmen, pese a las prohibiciones gubernamentales, fue evidentemente la gota que colmó el vaso para la dirección del partido, que hasta entonces había mostrado una actitud sorprendentemente tolerante hacia el movimiento estudiantil.

En cuanto a las simpatías políticas globales de los estudiantes, hubo algunas peticiones «extremistas» (como el fin de la «autocracia monopartidista» y a favor de un «sistema pluripartidista»), pero el centro abrumador del movimiento apoyaba firmemente a la facción Deng, y sólo propugnaba el fomento de las medidas oficiales encaminadas hacia la reforma política. Como decía uno de los murales de la Universidad de Beijing, «El decimotercer congreso del partido deberá celebrarse en 1987, y el equilibrio de las fuerzas políti-

cas se manifestará en los cambios en el personal en el congreso. Si las fuerzas conservadoras levantan la cabeza, fracasará el programa de reforma. En este momento clave, la tarea urgente es apoyar a la facción reformista y crear el apoyo público para las reformas. Conectar las reformas y la democracia debe ser el objetivo del movimiento estudiantil». En otras palabras, la estrategia general de los estudiantes era muy similar a la del más antiguo Movimiento para la Democracia.

Sin embargo, habían ocurrido muchas cosas desde 1980. En concreto, el Congreso Nacional del Pueblo había declarado ilegales en el verano de 1980 las tradicionales «cuatro grandes libertades», que permitían el empleo de murales y la realización de tempestuosos debates en la calle. La dirección de China había llegado a considerar después que todos estos méto-

La mayoría del movimiento estudiantil apoyaba a Deng Xiaoping y sólo propugnaba el fomento de las medidas oficiales encaminadas a la reforma política.

dos de «democracia amplia» simbolizaban el caos de la Revolución Cultural. Por tanto, pese a la reforma generalmente disciplinada y amable en que fueron realizadas, las acciones de los estudiantes en apoyo de la reforma política estaban condenadas casi desde el principio a ser, en el mejor de los casos, inútiles y, en el peor, bastante contraproducentes.

Los estudiantes demostraron un gran valor desafiando a la policía y al Gobierno como lo hicieron —y también un considerable altruismo, pues como futuros integrantes de la élite de China tenían poco que ganar y mucho que perder al zanzanear el barco—. Pero algunas de sus actividades más temerarias revelaron también una notable ingenuidad política. En concreto, es muy posible que la quema ceremonial y pública por parte de los estudiantes de Beijing de ejemplares del *Diario del Pueblo* y del *Diario de Beijing* el día de año nuevo fuera una expresión elocuente de su resentimiento por haber sido mal interpretados por la prensa nacional; pero es probable que, como táctica política, fuera

la más auténticamente «inflamatoria» —y la que evocaba más directamente la Revolución Cultural— que podían haber elegido.

Considerándola retrospectivamente, parece que la «tolerancia» del Gobierno hacia los hechos de diciembre pasado reflejó sobre todo indecisión y falta de acuerdo en la dirección del partido, y después se convirtió a Hu Yaobang en el principal chivo expiatorio. Parece seguro que seguirá algún tipo de represalia oficial contra los estudiantes, probablemente en forma de puestos de trabajo remotos e inferiores para ciertos estudiantes cuando se gradúen, y cierto número de detenciones ejemplares. Aún está por ver la magnitud final de esta represión, pero podría ser de proporciones considerables. Aún así, las autoridades actuarán probablemente con una profunda cautela con respecto a la adopción de medidas represivas severas que pudieran aislar al futuro grupo de élite de China, así como por el posible efecto de reacción en cadena que pudieran tener sobre la actual *intelligentsia* en su conjunto.

Como anverso de esta política moderada en términos generales hacia los estudiantes, había un claro mensaje dirigido a los trabajadores chinos. De las aproximadamente veinte personas detenidas como consecuencia de las manifestaciones, se dijo que todas, excepto dos, eran «trabajadores», «personas desempleadas» o «agitadores externos». Aunque es posible que los detenidos pertenezcan realmente a estas distintas categorías, es sin duda notable que un movimiento abrumadoramente estudiantil consiguiera producir, aparentemente, tan pocos dirigentes propios. Las recientes reformas urbanas han hecho aumentar el suministro de productos alimenticios y de consumo, pero también han traído subidas de precios y acusadas diferencias en los ingresos, y la mayor preocupación del Gobierno en diciembre pasado fue probablemente evitar que

se produjese algún tipo de articulación entre la agitación estudiantil y el descontento de los trabajadores. El fantasma de una versión china del «agosto polaco» es sin duda remoto, pero aún están frescos en las mentes de los dirigentes chinos los recuerdos de la Revolución Cultural y los timbres de alarma se disparan con facilidad.

Los dirigentes conservadores ya habían mostrado su preocupación por los efectos sociales de la reforma económica, incluso antes de que Deng plantease el pasado verano la cuestión mucho más preocupante de la reforma política. La redefinición en el sexto pleno del proyecto de «civilización espiritual socialista» les había dejado entonces una base ideológica de poder muy debilitada para defender sus diversas quejas. Sin embargo, el mantenimiento de «la estabilidad y la unidad» en la sociedad constituye su última baza, así como el ser la línea de flotación del programa de reforma en lo que al propio Deng se refiere. Al tomar las calles en diciembre pasado, los estudiantes chinos propiciaron involuntariamente que los conservadores del partido jugasen esa carta.

La campaña contra el «liberalismo burgués»

El violento ataque de los conservadores adoptó inicialmente la forma de una campaña de prensa contra las manifestaciones estudiantiles, pero rápidamente y con una confianza cada vez mayor se amplió hasta alcanzar a los círculos e ideas más radicales adeptos al movimiento de Deng por la reforma política. Como decía el editorial del día de año nuevo del *Diario del Pueblo*: «Personas pertenecientes a ciertos círculos ideológicos y culturales, aprovechando la

La «tolerancia» del Gobierno hacia el movimiento estudiantil reflejó, sobre todo, indecisión y falta de acuerdo en la dirección del partido.

reforma y la apertura al mundo exterior, han emitido declaraciones que se desvían de los principios básicos». De forma aún más amenazadora, el *Diario del Pueblo* decía el

seis de enero a propósito de las manifestaciones estudiantiles: «Son el resultado de varios años de una corriente desenfrenada de liberalismo burgués, y de que algunos

**No cabe duda de que
Deng Xiaoping fue el principal
artífice del
polémico debate sobre
la reforma política.**

Este estandarte le viene a Deng como anillo al dedo. Su sorprendente flexibilidad mental en la esfera de la política económica no supone en modo alguno tole-

de nuestros camaradas no hayan tomado una postura clara y una actitud resuelta hacia esto». De modo significativo, la principal acusación vertida contra los acusados de «liberalismo burgués» es que abogaban por la «occidentalización total» de China. Efectivamente, a mediados de enero la lucha se definía en los términos apocalípticos de una lucha entre el camino socialista y el camino capitalista —una clara señal de que estaba en curso la mayor confrontación política en el seno del partido desde hacía una década. Los «cuatro principios cardinales» —adhesión al socialismo, dirección del partido, dictadura del proletariado y pensamiento marxista-leninista-maoísta—, anunciados por primera vez por Deng Xiaoping en marzo de 1979 en respuesta al reto político planteado por el Movimiento para la Democracia, parecían ahora el credo fundamentalista de unos dirigentes conservadores que intentaban recortar todo nuevo desarrollo creativo de la ortodoxia marxista. La baja principal de esta campaña fue, naturalmente, Hu Yaobang. La caída del más antiguo aliado de Deng en la dirección de la reforma planteó interrogantes sobre el futuro del propio programa de reforma, y puso en duda también la hegemonía de Deng en las estructuras de poder, no cuestionada anteriormente. El primer ministro Zhao Ziyang, al ser nombrado sucesor provisional de Hu, actuó con rapidez para disipar tales dudas afirmando que en realidad hacía años que Deng estaba gravemente enfrentado a Hu, en especial porque éste no había frenado el crecimiento del «liberalismo burgués» en el partido. Naturalmente, el propio Deng es presentado ahora —y, lo que es más importante, se presenta él mismo— como si siempre hubiera sido el más firme y resuelto oponente del «liberalismo burgués».

rancia ni siquiera para el menor asomo de amenaza para el «papel dirigente del partido». Como dijo en 1981: «La esencia del liberalismo burgués es la oposición a la dirección del partido». Sin embargo, tampoco cabe duda alguna de que Deng, enarbolando su otro estandarte, también fue el principal artífice del polémico debate del año pasado sobre la reforma política. Pero Hu Yaobang era mucho más abierto y conspicuo como defensor de ese debate. Su franco apoyo a la liberalización sirvió para dar a otros reformadores del partido una falsa sensación de seguridad, y contribuyó así a engendrar la plaga del «liberalismo burgués». Deng, que había iniciado la reforma política pero que seguía más circunspecto con respecto a ella, terminó transigiendo con su propia ala más radical y hubo de sacrificarse entonces a Hu Yaobang, que por otras razones ya era muy impopular en las altas esferas del partido, para aplacar la ira de los conservadores.

Las manifestaciones estudiantiles dejaron entonces peligrosamente expuesto a todo el movimiento de reforma (y en especial a su ala neomarxista más radical y especulativa), al virar estratégicamente hacia el centro los más importantes defensores de la reforma, lo mejor para rechazar la ofensiva conservadora. Efectivamente, en un claro intento de recuperar parte de la iniciativa, la dirección reformista tomó rápidamente la delantera al pedir represalias. La primera baja fue Fang Lizhi, vicerrector de la Universidad de Ciencia y Tecnología, que había apoyado abiertamente al movimiento estudiantil. Fang fue destituido y expulsado del partido, al parecer por orden del propio Deng. Hu Qili, destacado reformador y protegido de Deng, acusó después a Fang de ser el «Sajarov de China». (Dado que el original

acababa de ser rehabilitado en la Unión Soviética, era una afirmación irónica; sin embargo, si hay algo cierto en los rumores de que Fang está en la misma línea que el Premio Nobel de Física, puede resultar una profecía que se va a cumplir.) Los osados y polémicos escritores Liu Binyan y Wang Ruowang, víctimas de anteriores campañas políticas, fueron elegidos de nuevo como blanco de los ataques, y ambos fueron expulsados del partido. Se restauró rápidamente el control firme del partido en el mundo editorial. Más recientemente, un editor de literatura, Liu Xinwu, uno de los primeros exponentes de la «literatura de los heridos» de finales de la década de 1970, que puso al descubierto los sufrimientos y las injusticias de la Revolución Cultural, fue despedido por haber publicado un breve relato que se consideró difamatorio para el pueblo tibetano.

Aunque éstas y otras medidas similares difícilmente constituyen una purga, han bastado para hacer añicos la atmósfera previa de apertura y confianza intelectuales, y para generar una sensación de malos presagios en los círculos de pensamiento liberal —después de todo, casi todas las campañas izquierdistas en China desde 1949 han estado precedidas de críticas a la literatura y el arte—. Además, estos ataques sobre personas concreta difícilmente sirven para corroborar las tranquilizadoras promesas formuladas en enero a los intelectuales chinos por el viceministro Li Peng de que no iban a ser blanco de la campaña contra el liberalismo burgués. Este año señala el trigésimo aniversario de la notoria «campaña antiderechista» que intimidó a la clase intelectual durante una generación. La dirección del partido debe saber sin duda que toda repetición de esa persecución de la *intelligentsia* —incluso siguiendo las líneas relativamente limitadas de la campaña contra la «contaminación espiritual» de 1983— destruiría probablemente

de una vez por todas su confianza colectiva en la perdurabilidad de la política del partido, y representaría por tanto un golpe importante al programa de modernización del país.

Sin embargo, la campaña se ha centrado claramente en contra de importantes teóricos y políticos derechistas del partido. Parece probable que la campaña trienal de «rectificación del partido», dirigida principalmente contra el izquierdismo residual y que tenía que haber llegado a su fin, se amplíe ahora para abordar el problema del «liberalismo burgués» entre los 40 millones de miembros del partido. En la cabeza, todos los que antes defendían abiertamente la reforma política son atacados ahora implícitamente y algunos, como Zhuhouze, jefe de propaganda, ya han sido cesados.

Si Deng pretendía que la caída de Hu Yaobang sirviera de ofrenda para los con-

Es probable que los meses que faltan para el congreso del partido, en octubre de 1987, se dediquen a una importante lucha por el poder.

servadores, hasta el momento no ha cumplido su función. Un grupo de importantes cargos nombrados por Hu, entre ellos Hu Qili, Qiao Shi y su asociado Wang Zhaoguo, que vienen siendo elementos esenciales de la dirección de la reforma de Deng, se ha quedado con pocos medios de apoyo visibles, y es muy posible que se prescindiera de ellos sigilosamente en los próximos meses, si el propio Deng no interviene para contener el avance de los conservadores. La defenestración de Hu Yaobang ha desbaratado los planes diligentemente contruidos por Deng para una sucesión pacífica en la dirección en un futuro próximo, un proceso que dependía de los «segundos y terceros escalones» de estrellas reformistas más jóvenes, que Deng y Hu habían elaborado cuidadosamente. La reaparición forzosa de la gerontocrática vieja guardia en el primer plano de la escalera política de China, después de varios años de incómoda jubilación parcial, ha abierto de nuevo de par en par la pugna por el liderazgo, ya que

surge la posibilidad de que estos otros antiguos dirigentes tengan sus propios «escalones» alternativos que defender. Parece probable que los meses que faltan para octubre de 1987, fecha en la que se calculaba que el congreso del partido tenía que haber resultado fácilmente la cuestión de la sucesión, se dediquen ahora a una lucha por el poder de importantes dimensiones, a medida que las fuerzas conservadoras dentro del partido pongan su empeño en conseguir una posición privilegiada y una voz predominante en las filas de la dirección que suceda a Deng.

Pero, ¿y el programa de reforma? Zhao Ziyang, quien intervino como sustituto provisional de Hu en calidad de secretario general del partido, viene ocupándose valerosamente de la limitación de los daños, haciendo hincapié en que las políticas anteriores de China no se verán afectadas por la campaña contra la «liberalización burguesa». Sin embargo, una vez lanzadas, estas campañas son difíciles de controlar, especialmente en las bases y en el medio rural. Ideólogos izquierdistas como Deng Liqun muestran ciertamente pocos indicios de estar dispuestos a respetar los límites fijados por Zhao para la campaña actual. Ya hay informes de que la esfera de la reforma económica, tanto rural como urbana, se resiente de sus efectos negativos, ya que se está reeducando a los campesinos en las virtudes maoístas de «vida sencilla, trabajo duro e independencia» (frente a las más dengistas de «hacerse rico rápidamente»), y los directores de las fábricas tienen que compartir de nuevo el poder administrativo con los comités del partido. El nuevo énfasis puesto desde finales de enero en conceptos económicos más tradicionales, como «tomar el grano como el eslabón clave», y que aumentan el papel de la planificación central, podría ser asimismo un indicio de posibles rece-

la temprana descolectivización de la agricultura, es un llamativo y grave ejemplo de la facilidad con que puede fallar la reforma económica. Aquí, como en varias áreas más, los miembros de la dirección de mentalidad conservadora pueden alegar poderosos argumentos que respalden sus recelos acerca de la reforma.

Aunque es posible que se efectúen finalmente buena parte, o quizá incluso la mayoría, de las reformas económicas proyectadas, parece que por el momento hay pocas posibilidades de que la reforma política vaya más allá de la mesa de proyectos. Sin embargo, el fundamento del debate del pasado año era que las reformas políticas se convirtieran rápidamente en los requisitos previos necesarios para el nuevo avance económico. Los problemas hallados en el curso de la reforma económica urbana —derivados de la obstrucción burocrática y de normas básicas insuficientemente claras— parecen especialmente insolubles en este sentido, y el espacio para la maniobra puramente económica parece exiguo. Por tanto, la falta de empuje de la reforma política no significará el fin del movimiento de reforma en su conjunto, pero es muy posible que lleve a un relativo estancamiento. En cualquier caso, los oponentes conservadores al «liberalismo burgués» están ahora claramente en ascenso, y no es probable que esta vez queden satisfechos con concesiones meramente ideológicas en la esfera de la «civilización espiritual socialista». En efecto, parece probable que todo nuevo consenso sobre la naturaleza global de las reformas se adopte en gran medida de acuerdo con las condiciones que impongan los conservadores.

Las consecuencias del actual retroceso izquierdista se extienden, además, más

Occidente se ha visto recorrido de nuevo por insistentes dudas respecto a las perspectivas reales de una China sin Deng.

allá de China, ya que a Occidente, que había comenzado finalmente a convenirse de que la «puerta abierta» permanecería en esa situación, le han asaltado de

nuevo insistentes dudas con respecto a las perspectivas reales de una China sin Deng. Aunque es sumamente improbable que se cierre ahora la «puerta abierta», el espectáculo de una nueva lucha política interna en la dirección china ha tenido sin duda un efecto nocivo sobre la confianza comercial de Occidente en China. Ha aumentado evidentemente la angustia de la población de Hong-Kong con respecto a su futuro después de 1997.

También pueden estar en juego cuestiones de política exterior, normalmente el último área afectado por las periódicas luchas internas de China. Hace tiempo que las relaciones de China con Japón, su mayor socio comercial a través de la «puerta abierta», son tirantes, con un resentimiento generalizado de China por la actual «invasión económica» del Japón y por sus intentos de hacer borrón y cuenta nueva de los hechos ocurridos en la guerra chino-japonesa de 1937-1945. Hu Yao-bang era un entusiasta partidario de la relación económica con Japón, y su sucesión ha añadido una nueva y considerable tensión a las relaciones bilaterales. De modo crucial, aunque sea una apreciación más especulativa, el actual ascenso conservador podría llevar, si se consolida, a una aceleración del acercamiento chino-soviético a costa inevitablemente, de los Estados Unidos, aunque no es probable que se produzca ninguna perturbación importante de la actual «equidistancia» china de las dos superpotencias.

¿Ajuste o giro de 180°?

La pregunta clave dentro del país es ahora: ¿puede detener Deng el actual salto atrás del «derechismo» neomarxista con la postura factiblemente centrista que parece favorecer ahora? ¿O esa vuelta atrás se ha convertido ya en una desbandada izquierdista? A comienzos de marzo, la mayor parte de los indicios parecen

Todo el reciente programa de reforma en China depende de la excepcional presencia y apoyo dominante de un solo hombre.

apuntar más a lo segundo que a lo primero. Naturalmente, podría ser que el péndulo político esté en la actualidad en el punto más a la izquierda de una oscilación atípicamente amplia, y que pronto se vuelva a adoptar la orientación principal de la reforma. Sin embargo, para que eso ocurra Deng necesitará casi con seguridad reafirmar su control personal sobre las estructuras políticas de un modo que, cuando ha tenido ocasión, ha evitado hasta el momento. Hasta ahora se ha conformado con pronunciar unas pocas palabras tranquilizadoras que aludían a un «no cambio» en la reforma interna y a «negocios como de costumbre» en las relaciones económicas con el extranjero, y con reeditar un discurso de 1962 que, si de algo sirven las interpretaciones ampliamente divergentes que acerca de su significado han formulado los analistas occidentales, no parece probable que haya aclarado mucho las cosas para el público chino.

Naturalmente, está surgiendo con rapidez la pregunta de si Deng puede mantener todavía las riendas de la vida política china. Tiene 83 años, y la defenestración de Hu (bien que a instigación en última instancia del propio Deng) debe haber empequeñecido sin duda de modo importante la estatura política y la influencia de Deng. Aunque es casi seguro que no dimittirá en el próximo congreso del partido, como inicialmente tenía intención de hacer, la enorme influencia hegemónica que ha ejercido en la era pos-Mao puede, no obstante, declinar finalmente. Porque hay algo en el actual salto atrás izquierdista en China que, en su confianza absoluta y en su tono estridente, huele a una absoluta falta de respeto hacia el reformador Deng —aunque le aplauda y le eleve en su papel alternativo de oponente inquebrantable del «liberalismo burgués».

Esta evidente contradicción de roles en la persona política de Deng, que ha aflojado en varias ocasiones clave desde el

tercer pleno de 1978, es una función quizá inevitable de su *status* de líder supremo del monolito partido-Estado, considerablemente menos unido de lo que afirma. Para ser un gran reformador eficaz y un visionario social, Deng necesita poner de su lado a la gran mayoría de la dirección del partido, y debe actuar también, por tanto, como un hábil centrista, especialmente en momentos de crisis como el actual (sin embargo, a este cuadro general debe añadirse la complicación derivada del hecho de que en el carácter político de Deng siempre ha habido una vertiente áridamente autoritaria; esto se reveló con la mayor claridad en 1957, cuando, como secretario general del partido, presidió la «campaña antiderechista»).

Sin embargo, al «sacrificar» a Hu Yaobang, ¿no ha compensado Deng con creces su antigua y estrecha identificación con el ala liberal reformista del partido? Dado

que los conservadores parecen inclinados a mover considerablemente más a la izquierda el lugar real del consenso del partido, quizá no sea ahora el momento tan

para compromisos «centristas» por parte de Deng como para una firme y resuelta defensa de la concepción social en sí misma.

Así pues, ¿se desechará al mismo tiempo el oro de la reforma junto con la arena del «liberalismo burgués»? Merece la pena recordar que, en esencia, todo el reciente programa de reforma en China depende de la excepcional presencia y apoyo dominante de un solo hombre, el propio Deng. Esto no implica que las reformas hayan carecido de apoyo público u oficial; nada más lejos de la realidad. La cuestión es simplemente que, casi con toda seguridad, sin Deng China no habría experimentado una transformación social que se aproximara ni remotamente en su magnitud a la de la «segunda revolución» que Deng ha perseguido con tanto éxito durante la mayor parte de la década pasada.

Así, el proceso de reforma en su conjunto está profundamente imbuido del carisma personal de Deng, casi del mismo modo en que la Revolución Cultural —aunque no debe insistirse en exceso en este molesto paralelismo— llevó la indeleble impronta personal de Mao.

Los diversos indicios políticos procedentes de Pekín en la actualidad son de signo tan dispar y tan confusos que sería insensato intentar cualquier predicción firme de cómo se resolverá la crisis actual. Quizá el peor resultado posible, que no es probable pero que no puede descartarse, sea que la China de después de Deng se introduzca en una lasitud y un conservadurismo burocrático semejante al de la era Breznev, ya que el cuerpo político leninista no se deja impresionar por el duradero agente irritante de la reforma. A la inversa, en la situación más optimista, puede ocurrir que Deng haya mantenido

durante todo el tiempo una mano firme, aunque invisible en gran parte, en el timón, y que el acto final de su brillante y turbulenta carrera sea volver a colocar a

China firmemente en el curso de la reforma.

La campaña actual contra el «liberalismo burgués» aparecería entonces como poco más que una última celebración bulliciosa por parte de los restos de la vieja guardia de la Revolución China —un senescente aunque bien intencionado reencuentro que fue un poco más allá de lo previsto. Todas las miradas se dirigen ahora al próximo congreso del partido, cuyo resultado podría decidir la suerte social, política y económica de China para lo que queda de siglo.

Una vez concluida la redacción de este artículo llegó la noticia de que Deng Xiaoping informó el 19 de marzo a un dignatario extranjero que visitaba el país que, después de todo, las reformas políticas estaban todavía en la agenda de trabajo en

China, y que en el decimotercer congreso del partido se desvelaría un plan provisional para estas reformas.

Esta espectacular intervención quería decir que Deng había cogido por fin al toro por los cuernos y comenzaba, pública y plenamente, a defender su «visión social» original. Al distanciarse bruscamente de los objetivos más radicalmente democráticos del ala neomarxista del movimiento reformista —y al haber asegurado más su retaguardia con la publicación de un nuevo volumen de discursos (también anunciada el 19 de marzo) en el que mostraba su línea siempre dura contra el «liberalismo burgués»— Deng se sentía ya, aparentemente, capaz de reanudar su anterior defensa de un programa de reforma política algo más modesto, un programa que no pondría en peligro el encomiado papel dirigente del partido.

Esto habrá contribuido en gran medida a restablecer la credibilidad política global de Deng, tanto en el seno de la dirección del partido como a los ojos del público. Del mismo modo, quizá los problemas sociales y económicos muy reales que las reformas están provocando puedan recibir ahora la atención directa, sin histerias, que requieren con tanta urgencia. Sin embargo, será muy difícil reparar el daño que los últimos acontecimientos han infligido a la propia causa de la reforma, y es-

pecialmente el golpe asestado a la confianza en sí misma de la intelligentsia. Deng se enfrenta ahora con una ardua lucha contra los dirigentes conservadores e izquierdistas que recientemente han tomado gran parte del terreno elevado de la ideología y de las instituciones y que siguen (desde su reducto del Congreso Nacional del Pueblo) bloqueando reformas clave del sistema de gestión empresarial. Sin embargo, por encima de todo, la búsqueda por parte de Deng de una especie de auténtica reforma política que intensificaría en la práctica, en lugar de deteriorar, el sagrado papel dirigente del partido es, en el fondo, problemática hasta el punto de ser casi contradictoria

Pero, del mismo modo, el socialismo chino se enorgullece desde hace tiempo de su capacidad maolista de hacer de una necesidad contradictoria una virtud constructiva. Y por lo menos la «contradicción» de la reforma política está ahora de nuevo en la agenda de trabajo del partido para ser resuelta. Los izquierdistas y conservadores veteranos se enfrentan una vez más a una reñida competición, al reunirse con ellos en la carrera hacia el congreso del partido el viejo caballo Deng —el favorito desde hace tiempo—.

© Socialist Affairs
Traducción: Fabián Chueca
y Bernadett Wang

LOS CANALES AUTONOMICOS DE TELEVISION

Jesús García Yruela



4

La decisión de las comunidades autónomas de solicitar y conseguir del Gobierno central un tercer canal de televisión, según les permiten las leyes del Estado español en la actualidad, parece que no se hará esperar mucho tiempo. Varias de ellas han anunciado ya su propósito.

La decisión de estas Comunidades Autónomas tiene lugar en un contexto político y comunicológico español que quizá anuncia algunas nuevas situaciones.

Por un lado, se está consolidando políticamente el Estado constitucional actual de las Autonomías; por otro, está toman-

do cuerpo la reflexión sobre el modelo general de organización de la televisión en España, uno de cuyos goznes será la instauración de la TV privada, a la vez que se abre paso la necesidad de regionalización en las políticas de comunicación por televisión y aparece la propia tecnología favoreciendo la dirección antimonopolio.

En otras palabras, caen sobre el mismo plano circunstancias políticas, consideraciones tecnológicas e intereses de diversa índole que conforman un panorama que

Las decisiones sobre los terceros canales tienen lugar en un contexto político y comunicológico español que muestra nuevas situaciones.

puede ser descrito en base a la observación de estos dos elementos:

a) ofensiva de grupos económicos con el propósito de creación de emisoras privadas de televisión, según permitirá la futura ley;

b) voluntad decidida de creación de terceros canales de televisión en la mayoría de las Comunidades Autónomas.

El conjunto de hechos que significan y engloban ambos elementos se relacionan dialécticamente en todos los momentos en que surge el «tema televisión». De ahí que sea cada vez más necesaria la reflexión sobre cada uno de los campos de desarrollo del multiforme mundo que representa la televisión en España.

No cabe duda que un actualísimo aspecto es el que afecta a la nueva acción de descentralización que significan los terceros canales de TV. Así, parece importante fijar la mirada en un marco general y, por ello, se dirigirá la atención, preferentemente, al significado de los terceros canales autonómicos. Aunque conviene también recordar que este debate se produce en un contexto dominado por la polémica de fondo TV pública-TV privada; no obstante, no trataremos directamente el asunto de la TV privada ni su relación con el proyecto de ley sobre el particular. El horizonte general de la reflexión en torno a la comunicación por televisión en España pretende huir de la ambigüedad aunque no de la complejidad: el modelo y sistema de televisión parece que debiera establecerse para la consecución de mayores cotas de acceso, de mayores cotas de sinceridad y de mayores cotas de participación de las audiencias en toda la realidad de la acción comunicativa propia de la te-

levisión. Observada desde este marco, el debate en torno al modelo organizativo del hecho TV en la sociedad española alcanza una alta cota de expectación.

Un obstáculo real: el usuario con derecho universal e imposibilidad total

Es necesario aceptar que el discurso en torno a la comunicación social debe alejarse de tratar a las posibilidades técnicas como razón determinante; por el contrario, el discurso debe inscribirse en el área de los mensajes y de los controles de la información; debe buscar los centros de abuso de poder; debe construir imaginativamente líneas para el acceso a la producción, para la participación democrática y la consecución de un flujo equilibrado de información. Se trata de propiciar un encuentro desde el discurso dialéctico de la relación de la realidad de la comunicación social con el diseño de la relación comunicatoria deseable. Para ello hay que abandonar el tipo de discurso que conduce al dogmatismo autoritario o a la aceptación sin crítica de lo ya dado. Quizá, por el contrario, habría que aceptar que la comunicación es un hecho esencial para la formación, en diálogo, de la estructura social.

Es habitual que en los niveles de reflexión en relación con el campo de la comunicación social, junto al reconocimiento formal del derecho universal de la libertad de emisión, se dé la marginación real de la gran mayoría de los destinatarios de ese derecho; así es evidente, por ejemplo, la imposibilidad económica que permite, en la actualidad, el ejercicio de ese «derecho universal» de la libertad de emisión para «cualquier» ciudadano.

En efecto, el sentido profundo de la estrategia citada puede quedar sintetizado diciendo que «el individuo, otrora sujeto y actor fundamental de la organización

social, ha devenido en objeto y espectador de la misma. Sus libertades y derechos se van restringiendo en forma alarmante en sustancia y creciendo en apariencia»¹. La libertad frente al Estado y frente a otras fuerzas que dominan se convierten en una curiosa opción de libertad para el sí o el no; y con semejante libertad binaria, sólo es posible aceptar o no aceptar.

Se levanta desde aquí lo que podría denominarse como el «estrato del usuario». Parece como si surgiera, «entre el ciudadano abstracto y el hombre concreto, un ser extraño y mezclado que podríamos llamar el usuario». En efecto, «el usuario está situado en la intersección de varios espacios reglamentarios que lo encierran en una red de determinaciones a menudo misteriosas, a veces contradictorias y que, en nombre la seguridad y la felicidad medias, organizan previamente su conducta y planifican su existencia»².

La importancia negativa de tratar al receptor de comunicación social como

«usuario» —y dejarlo ahí postrado— se desvela al observar que el problema, planteado por la imposibilidad de participación en el proceso de comunicación por parte de ese usuario, no tendrá solución en la medida en que a éste se le considere como individuo que tiene todos los derechos en la ley, haciendo abstracción de la real imposibilidad de su ejercicio.

En este sentido, la observación liberal de la sociedad «individual», con los mismos derechos y deberes y con las mismas oportunidades «de salida» para cada uno de los ciudadanos, conlleva la imposibilidad de encarar las posibles acciones de los usuarios en tanto que se enfrentan con un proceso social de comunicación entre individuos que están ligados por relaciones sociales. De nuevo hay que insistir en la necesidad de orientarse, en la órbita de una teoría y práctica de la comunicación, hacia una organización de las circunstancias para contribuir al paso de una socie-

dad individualista a una sociedad con mayor sentido social.

Por otra parte, es comúnmente aceptado el hecho de que el bienestar material y mental del hombre moderno depende de sus relaciones con los medios de información. Tampoco discute nadie que «la comunicación de masas puede llegar a ser un instrumento de libertad y de mejora de las condiciones de vida, a pesar de que en la actual situación de relaciones de poder mundial los medios cumplen generalmente la función inversa»³. Así, «el problema es estudiar las condiciones actuales y potenciales de una igualdad social y de una democracia de participación»⁴.

Un nuevo ámbito: del derecho de información al derecho a la comunicación

El mundo de las comunicaciones de

El discurso en torno a la comunicación social debe inscribirse en el área de los mensajes y de los controles de la información.

masas es demasiado importante hoy y así es reconocido en foros internacionales. Pero sigue siendo un campo demasiado expuesto a las voluntades concretas, sin

tener que referirse, como en otros derechos fundamentales ya establecidos y reconocidos, a leyes que marcan el campo y condicionan los negocios y las manipulaciones en relación con ellas. Es un hecho, hay que reconocerlo, que las masas, los públicos, los usuarios, tomados como un todo, por grupos más concretos o uno por uno pueden hacer la pregunta: ¿a dónde recurrimos?, ¿qué tribunal puede atender nuestras demandas?, ¿existe alguna aproximación objetiva del derecho que marque a partir de qué momento es delictiva la acción de los medios en el tema de la manipulación comunicacional?

Está claro que será necesario ahondar en el camino de la libertad y democracia hasta llegar al derecho a la comunicación, como una natural expresión de la concreción de aquéllas en los ámbitos de comunicación social. Pasar del «derecho de informar» al «derecho a la comunicación» es pasar de la concepción de un derecho

que ampara al emisor, a la concepción de un derecho que ampara al proceso total de comunicación y al que habría que referirse para poder dilucidar el nivel comunicativo conseguido; al mismo tiempo debería abandonarse la referencia a patrones que no favorecen a los consumidores sino a las instituciones dominantes que mantienen la titularidad de los medios de comunicación social.

En el plano de lo concreto éstos serían los básicos elementos que integran el derecho fundamental de la comunicación:

a) el derecho a saber, es decir, a ser informado y a buscar libremente cualquier información que se desee obtener, en particular cuando se refiere a la vida, al trabajo, a las decisiones que hay que adoptar, a la vez individualmente y como miembro de la comunidad; la negativa a comunicar una información o la divulgación de una información falsa o deformada constituyen una infracción de este derecho;

b) el derecho del individuo a transmitir a los demás la verdad, tal como la concibe, sobre sus condiciones de vida, sus aspiraciones, sus necesidades y sus quejas; se infringe este derecho cuando se reduce al individuo al silencio mediante la intimidación o una sanción, o cuando se le niega el acceso a un medio de comunicación;

c) el derecho a discutir: la comunicación debe ser un proceso abierto de respuesta, reflexión y debate; este derecho garantiza la libre aceptación de las acciones colectivas, y permite al individuo influir en las decisiones que toman los responsables.

A estos derechos fundamentales procede añadir el derecho al respeto de la vida privada.»⁵

Métodos para la participación posible

Como vacunación contra todo triunfalismo y como llamada de atención sobre la necesidad de que los objetivos de democratización en comunicación social sean permanentes, conviene no perder de vista que un nuevo planteamiento en relación con la comunicación social «es un proceso, y no un conjunto de condiciones y de prácticas. Los aspectos de ese proceso se modificarán constantemente, al paso que los objetivos seguirán siendo los mismos: una mayor justicia, una mayor equidad, una mayor reciprocidad en el intercambio de información, una menor dependencia con respecto a las corrientes de comunicación, una menor difusión de mensajes en sentido descendente, una mayor “auto-suficiencia” e identidad cultural y un mayor número de ventajas para toda la humanidad»⁶.

En el terreno de las posibilidades prácticas, pueden enumerarse cinco tipos de métodos de posible participación en comunicación social⁷:

1) retroinformación y contacto constante usuarios-responsables de procesos de comunicación social a través de encuentros periódicos;

2) participación directa de usuarios (profanos) en la realización, producción o emisión de programas;

3) establecimiento de «comunicaciones de sustitución». Este método de participación podría tener tres planos:

a) producción de contrainformación para contradecir el empleo de la comunicación institucional, que tiende a la perpetuación de la estructura jerárquica de la sociedad;

b) una cierta manera de diversificar contenidos muy localmente y en relación con sectores determinados de la población (similares por gusto, edad...); y

Las masas, los públicos, los usuarios pueden hacer la pregunta: ¿a dónde recurrimos?, ¿qué tribunal puede atender nuestras demandas?

c) utilización de canales o redes propias de comunicación por parte de instituciones sociales reconocidas (sindicatos, universidades...).

4) participación de los usuarios en la adopción de las decisiones habitualmente propias del aparato emisor;

5) descentralización de los medios de comunicación social.

Hacia un modelo regional de TV: ni determinismo ni sólo voluntarismo

Nos fijaremos en la última fórmula laconicamente expresada. El fenómeno de la descentralización en el ámbito de la comunicación social es tan actual como necesitado de reflexión.

En primer lugar, hay que constatar que tanto el interés por los planteamientos teóricos como la propia práctica de la descentralización a través de la regionalización de los medios de comunicación social, sobre todo de la televisión, coincide con el declive, por una parte, de las concepciones monopolistas de las prácticas de comunicación social y, por otra, con la ascensión de modelos descentralizados para la organización política de los Estados.

Aunque estas premisas son aplicables en uno u otro grado a todos los medios de comunicación social, el problema se plantea hoy, sobre todo, al reflexionar sobre la necesidad de eficacia y servicio social de la televisión. En efecto, es a este monumental medio al que nos referimos y es la discusión en torno a él la que adquiere mayor nivel por ahora en relación con el proceso de regionalización de la total realidad de la comunicación social.

Es un hecho que el centralismo se muestra abdicante en la misma medida en que

Debería abandonarse la referencia a patrones que no favorecen a los consumidores sino a las instituciones dominantes.

aparece el dinamismo regional, a la vez que tiene lugar una fuerte inter-regionalización en plena época de generalización de la computadora.

Todo ello tiene lugar en un contexto del que se desprende un nuevo marco para la discusión sobre un nuevo modelo organizativo de la comunicación social⁸.

Un correcto planteamiento de comunicación regional tiene como elemento necesario para su posibilidad el que ya sea la génesis del interés informativo, ya sea la propia acción de comunicación, se encuentra referida a determinada región, a aquel territorio y a aquella comunidad de que se trate.

Por otra parte, debe también señalarse que el triunfo operativo de una descentralización regionalizada en comunicación social por televisión se encontrará en la racional cohesión de los hechos procedentes de estos tres ámbitos de la realidad social:

1) posibilidades de comunicación social intra e inter-regional;

2) consecuencias del cambio y desarrollo tecnológico en el campo de la comunicación colectiva por televisión;

3) decisiones políticas que afecten a la región de que se trate⁹.

Interesa desde el primer momento acentuar el sentido racional, tan lejano del determinismo tecnológico como del ingenuo voluntarismo antitecnológico, para dejar sentada la no dogmatización de cualquier salida que se pretenda para el proceso interactivo de los tres ámbitos mencionados.

En efecto, una concepción no dogmática observará cualquier salida como una realidad contingente, no definitiva y no necesaria; es decir, siempre se tratará de

una decisión que no está regida por el sentido de lo absoluto, como proveniente de un discurso cerrado; por el contrario, se trata de acentuar una concepción abierta en el terreno del diálogo con la seguridad de que existen varias alternativas que también pueden ser puestas en práctica ¹⁰.

De hecho, en el momento actual inciden en el campo de la comunicología regional los tres elementos referidos anteriormente —posibilidades racionales de comunicación social regional, cambio tecnológico y planteamiento político— que posibilitan la organización teórica y práctica de un determinado sistema de televisión.

A partir de estos tres elementos, convertidos en fuerzas de tensión, puede lograrse uno u otro sistema de valores y relaciones entre estas fuerzas. Es decir, puede definirse un modelo de televisión que marque un campo de relación que podrá ser positiva, antagónica, competitiva o complementaria entre los medios públicos regionalizados, el hecho de la descentralización política y el propio cambio tecnológico.

Así pues, puede decirse que el estado de la sociedad actual no «necesita» un «ya predeterminado» sistema de televisión en virtud ni de ideología ni de tecnología. Con la sociedad actual es compatible cualquier solución que atendiera a condiciones endógenas de la propia sociedad y a planteamientos sinceros de servicio general a la comunidad. Una sociedad inteligente y que se conoce a sí misma no tiene por qué aceptar el determinismo que implica la aceptación acrítica y sin matices de la razón del más fuerte en políticas y prácticas de comunicación social por televisión.

De hecho cualquier sistema de comunicación colectiva es siempre el resultado de la interacción de los tres elementos men-

cionados, pero condicionado por el núcleo de mayor peso que esa interacción reafirma en un lugar y tiempo concretos.

Modelos para la descentralización

Por otra parte, y desde un punto de vista general, parece claro que el origen de los procesos de descentralización en la sociedad es siempre político. A una decisión política concreta de descentralizar seguirá en cascada la necesidad de descentralizar servicios y funciones conectadas con la necesidad política de llevarla a cabo.

Y el hecho de comunicación social que determina el fenómeno de la televisión no es ajena a esta dinámica. De tal suerte que cabe señalar la observación repetida de que sólo se da autonomía en el campo de la televisión si existe real y previamente

Interesa acentuar el sentido racional, tan lejano del determinismo tecnológico como del ingenuo voluntarismo antitecnológico.

autonomía política. Más aún, quizá pueda afirmarse que en la observación de la autonomía que mantenga la realidad de la televisión también puede contenerse la

concreta autonomía política de la sociedad a la que sirve.

Siguiendo a Richeri ¹¹, pueden establecerse los siguientes modelos de descentralización en televisión:

1) televisión policéntrica: los centros de producción y transmisión sirven a las redes nacionales y transmiten parte de la programación nacional en las principales ciudades;

2) redes regionales: existen cadenas organizadas que contribuyen con programación propia a la programación nacional y también transmiten a escala regional;

3) televisiones autónomas: las televisiones regionales no tienen ningún vínculo de dependencia o control respecto de la televisión central o nacional; son autónomas financiera y operativamente;

4) televisión federativa: la televisión nacional o central surge de la cooperación financiera y operativa de las televisiones autónomas federativas.

Pero el fondo de la cuestión y el núcleo de la discusión sobre la descentralización tiene como objeto establecer con realismo en qué lugar reside el poder de organización, de producción y de distribución televisivas; es decir, en qué escalón de responsabilidad del propio modelo televisivo se sitúa la decisión de organización y funcionamiento de una cadena pública de televisión.

Así pues, el problema de la descentralización y regionalización hay que enmarcarlo en la realidad más amplia del contexto general de interrelaciones que afectan al hecho general de la comunicación social y más concretamente a la televisión. En concreto y para el caso de España, quizá, las soluciones tendrán que alcanzar a ordenar la relación entre sistema público-sistema privado, la conexión institucional Estado-Autonomías-Ayuntamientos, la interpretación actual de la realidad histórica de los conflictos culturales y la relación de dependencia, en fin, del modelo presente y futuro de televisión en España con respecto a las multinacionales del *hardware* y *software*.

Los terceros canales de TV españoles: una situación original

El establecimiento de los terceros canales de televisión en las autonomías abre una situación original. En la situación creada convergen varios focos de problemas muy actuales en el ancho campo de la reflexión sobre el sentido y función de los medios de comunicación social y sobre la reordenación del panorama de la comunicación social en España.

Por un lado, surge con gran fuerza la discusión sobre televisión pública-televisión

privada; por otro, toma cuerpo el debate en torno a la descentralización del modelo general de televisión y, por otro, a la vez, se autofirma el sistema de descentralización del poder que consagra la Constitución española.

Una atenta mirada a la relación dialéctica de estos elementos del contexto podría aclarar la clave para entender las prisas en unos casos, y las ralentizaciones en otros, que se observan en la sorda y profunda lucha por obtener un buen puesto de salida en la carrera hacia el posible modelo general de televisión en España.

Hasta ahora la polémica contra TVE mostraba un solo lado del asunto: los interesados en la gestión privada de emisoras de TV habían declarado la guerra al monopolio televisivo estatal, en la afirmación continuada de que toda su programación era perversa —otra cosa es que lo fuera o no—.

Pero aparece un nuevo dato en el contexto y horizonte de los medios de comunicación en España. Surge a partir del nuevo marco jurídico español un nuevo posible competidor a las empresas privadas de comunicación social: las televisiones autonómicas.

En efecto, la competencia más dura para la futura TV privada no vendría presumiblemente del monopolio estatal TVE, sino de la oferta pública sectorializada, que tomaría cuerpo legal y con todo derecho en las televisiones autonómicas.

Sin intención de entrar a analizar los aspectos jurídicos que conforman el marco legal en sus aspectos de interpretación, sí será conveniente reseñar los puntos básicos que se refieren al establecimiento de los terceros canales de televisión y la síntesis de sus contenidos.

La sociedad actual no «necesita» un «ya predeterminado» sistema de televisión en virtud ni de ideología ni de tecnología.

1. *Constitución española, art. 149.1.27:*

El Estado tiene exclusiva competencia

sobre las normas básicas en todo lo relativo a comunicación social y sus medios.

2. *Estatuto de RTV, art. 2.2:*

En este artículo queda establecida una de esas normas básicas sobre TV, otorgando al Gobierno de la nación el poder de conceder, previa autorización por ley de las Cortes Generales, «la gestión directa de un canal de TV de titularidad estatal que se cree específicamente para el ámbito territorial de cada Comunidad Autónoma»¹².

3. *Ley de Regulación del Tercer Canal:*

Se ocupa esta ley de establecer los principios generales de concesión de un tercer canal de televisión, las bases para su gestión, la normativa en lo referente a programación y control, así como a presupuesto y financiación.

A partir de aquí, y ajustándose a este marco legal, cada una de las comunidades autónomas que componen el Estado espa-

ñol pueden o han podido establecer sus propias normas con vistas a la creación de sus respectivos terceros canales de TV.

Más representación social, menos representación política

Quizá sea ahora importante en torno a cuestiones sobre televisión autonómica, delimitar, al menos en parte, el significado de la descentralización y regionalización en televisión junto con el significado que pueda otorgarse a la institucionalización de la representación de las «distintas fuerzas» en los entes televisivos.

Es un hecho que la realidad de la televisión en España está fuertemente vinculada, por diversos y a veces originales motivos, a una preocupación que aparece cada vez que surge la necesidad de dar forma a un modelo de organización de TV. Se tra-

ta de la preocupación por el control de la «fuerza» del medio.

Hasta ahora, en la letra de creación de entes televisivos, el control sobre ellos suele instrumentalizarse en base a representaciones que pueden calificarse de «formales», en el sentido de que esas fuerzas sociales están representadas por miembros elegidos por los parlamentos y por miembros en representación de instituciones o colectivos formalizados. No cabe duda, por cierto, que esta segunda representación social es un paso adelante en el empeño por contagiar realismo al esquema de presencia de la sociedad en la organización del medio televisión.

Sin embargo, una vez que se da el paso a la creación de televisiones autonómicas, debería pasarse a «desinformalizar» sin miedo la representación social en la televisión. Con ello se caminaría en la dirección real de la «despolitización».

En efecto, existe conexión entre la manera de establecer la representación y la instrumentación del medio TV con fines políticos. Por medio del acuerdo proporcional de representantes se llega a la instrumentación del consenso entre las diversas fuerzas políticas con peso real, pero se resta la representación a otros ámbitos que también deben ser tenidos en cuenta. Y quizá esté comenzando a emerger la necesidad de buscar más representación «social» que «política». Seguramente está naciendo la necesidad social de atender a una televisión como expresión y confrontación de las reales posiciones, experiencias y vivencias que tienen lugar en cada sociedad o comunidad concreta.

En este mismo sentido, y para servir a la necesidad más local de comunicación social, los modelos de aparatos organizativos de televisión pública deberían ser replanteados. Es un hecho que cada vez se observa con más claridad el peligro que ha supuesto y aún supone para la cultura

Surge a partir del nuevo marco jurídico español un nuevo posible competidor a las empresas privadas de comunicación social: las televisiones autonómicas.

de las comunidades y pueblos el que sus televisiones —públicas o privadas— se hayan convertido en centros de emisión a gran escala de programas que nada tienen que ver con la sensibilidad y realidad cultural de esas comunidades o pueblos. Sería necesaria, por tanto, la decisión para el cambio en lo relativo al modelo de televisión.

Habría que favorecer todo aquello que abra paso a un modelo de organización general de entes de RTV que presenten el hecho televisión como lugar de creatividad original de la sociedad y comunidad a la que devuelve esa imagen, y como instrumento de experimentación racional de sus propias capacidades artísticas y culturales. Dicho en otras palabras, ésta sería una manera no trucada de lucha contra la dependencia exterior, uno de los más serios problemas a tener en cuenta en la reflexión general sobre el fenómeno social de la TV.

De hecho, una organización de TV descentralizada se convierte, por su propia estructura, en un valladar contra la dominación cultural y la homogeneización; por otra parte, con ella también se realiza el desarrollo democrático en comunicación social, al mantenerse como objetivo el servicio a cada sector y comunidad concretos.

Aparece así, como otra razón para la descentralización política y también como función para una TV descentralizada, la atención sectorial a necesidades de educación formal o informal de cada comunidad concreta. La satisfacción real de cada sector gana profundidad en la medida en que los medios se instrumentalizan para atender una zona más delimitada y concreta.

No obstante, el criterio de descentralización no es posible entenderlo desde ópticas localistas. El hecho de la descentralización no es —no debe ser— una reacción

Debería pasarse a «desinformalizar» sin miedo la representación social en la televisión; con ello se caminaría en la dirección real de la «despolitización».

política de insolidaridad. Descentralización en televisión apunta a relaciones de complementariedad e intercambio en todo lo que afecta a las distintas áreas de la organización del mundo de la televisión. Como criterios habría que poner dos límites: ni subordinación a organismo central alguno, ni localismo que cierre los pasos o tapone la necesidad de apertura. Pero con la misma fuerza hay que decir que el espacio que se ofrece entre estos dos puntos de limitación debe ser señalado y propuesto como campo de realización de políticas de servicio público, propio de televisiones descentralizadas.

Quizá sea éste uno de los momentos en los que sería posible intentar en España un modelo de política general de comunicación social. Con ello tal vez no se satisfaga a ciertos sectores de nuestra sociedad, pero, sin duda ninguna, sí se habrá servido a quienes teóricamente son el sujeto de servicio u objeto de negocio, según los casos: los usuarios del medio televisión.

Decididamente parece necesario asumir la estrecha relación que existe entre la autonomía política y cultural de cada Comunidad Autónoma y su derecho a contar con el medio de comunicación TV, integrado en un modelo general de organización de la televisión en España. Así no es aceptable el argumento del «determinismo técnico» para mostrar como incontestable la necesidad de la televisión privada. En este sentido, la técnica juega sólo a favor de la posibilidad de diversas emisoras, al acabar con la escasez de las ondas. Pero desde las respuestas de la técnica no puede determinarse si el sistema de televisión ha de ser público o privado.

Hay que reconocer que la verdadera colisión, en el momento actual de diseño del modelo general de televisión en España, se da entre los intereses que representa la televisión comercial y la de servicio público;

es decir, el negocio de la comunicación social llamada televisión teme, como en el resto de los ámbitos de la economía mixta, la competencia de la televisión de propiedad y gestión públicas.

Está naciendo la necesidad social de atender a una televisión como expresión de la realidad de cada sociedad.

Sin embargo, desde el punto de vista general y en beneficio de la necesaria complementariedad, es posible la convivencia de las cadenas públicas centralizadas, las televisiones autonómicas y las privadas. Nada obsta, pues, a la libertad de

creación de emisoras privadas de televisión; sin embargo, podría ser oportuno remarcar dos condiciones: a) que el Estado y cada Autonomía cumpla con su obli-

gación de defensa de la cultura y de creación de servicio público en un tema tan importante para el presente y para el futuro como la televisión, y b) que no se dé prioridad en la conquista del mercado sectorializado de la publicidad a las empresas privadas de televisión por omisión de oferta pública.

¹ Arrieta, Mario: *Obstáculos para un nuevo orden informativo internacional*, Ed. Nueva Imagen, México, 1980, pág. 268.

² *Ibid.*, pág. 277. Cita a su vez a Françoise Cha-telet.

³ Moragas Spa, Miquel: *Teorías de la Comunicación. Investigaciones sobre Medios en América y Europa*, Ed. G.G., S.A. Barcelona, 1981, pág. 128.

⁴ R. Nordenstreng, Kaarle: «Les nouvelles tendences de la théorie de la communication», en *Communications et Langages*, 28. Puede verse también Giffreu, Josep: *El Debate internacional de la comunicación*, Ed. Ariel. Barcelona, 1986.

⁵ McBride, Sean et al.: *Un solo mundo, voces múltiples*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, págs. 200-201.

⁶ *Cfr. Ibid.*, pág. 13.

⁷ *Cfr. Ibid.*, pág. 289.

⁸ *Cfr. Orive Riva, Pedro: Comunicología regional. Modelo para las autonomías experimentado tres años en Cantabria*, Editorial Fragua, Madrid, 1984, págs. 238-245.

⁹ *Cfr. Ibid.*, pág. 239.

¹⁰ Iseppe, Franco: «Mitos, realidades y posibilidades de la descentralización televisiva», en Richeri, G. (ed.) et al.: *La televisión: entre servicio público y negocio. Estudios sobre la transformación televisiva en Europa Occidental*, Ed. G.G., S.A. Barcelona, 1983.

¹¹ Richeri, Giuseppe: «La descentralización de la televisión en Europa». Conferencia en *Jornadas sobre televisiones autonómicas*, Madrid, Junio, 1984.

¹² A partir de este texto se dan dos supuestos para los que existe distinta respuesta legal. Por una parte, están las comunidades autónomas que han accedido a la autonomía por el artículo 151 de la Constitución, las cuales pueden asumir directamente las competencias relativas a un canal de televisión autonómico; por otro lado, están el resto de las Comunidades Autónomas, quienes sólo pueden tener la posibilidad de un tercer canal de TV autonómica pública una vez transcurridos cinco años desde su constitución como Autonomía o a través de una oportuna ley orgánica.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

FUNDACION
PABLO
IGLESIAS

REPARTO DE
TRABAJO Y
CRISIS SOCIAL

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

El presente libro recoge las ponencias y los debates que se desarrollaron en el seminario «Reparto de trabajo e integración social de los jóvenes», organizado por la Fundación Pablo Iglesias en febrero y marzo de 1985, con la colaboración y el apoyo de la Secretaría General de Economía y Planificación y el Instituto de la Juventud del Ministerio de Cultura.

Reparto de trabajo y crisis social
Fundación Pablo Iglesias
Editorial Pablo Iglesias
367 págs. 1.600 ptas.

¿Es urgente e imprescindible intervenir en el mercado de trabajo para repartir de otra forma el tiempo que cada persona dedica a trabajar? ¿Es al menos necesario? En caso de hacerlo, ¿cómo es más conveniente, flexibilizando el mercado, disminuyendo el período de vida activa o acortando la jornada? ¿Es éste el momento apropiado o conviene aguardar la bonanza económica? ¿Cuánto más pueden esperar los jóvenes?

La respuesta a estas preguntas depende en gran parte de la siguiente alternativa: o bien se considera que la llamada crisis es un efecto directo y único de la conjuntura económica, o bien se interpreta que la situación económica actual no es sino un factor más de la profunda transformación de la estructura social que se está produciendo en los últimos años.

Este libro aporta elementos para el debate sobre cuáles pueden ser los caminos que nos lleven de un modo más justo y eficaz a la mejora de la situación laboral en España.

J. Carabaña, I. Cruz, A. de Miguel,
A. Espina, Ll. Fina, A. García de Blas,
L. Garrido, E. Gil Calvo,
E. Lamo de Espinosa, J.R. Lorente,
J.L. Malo, E. Punset, G. Rodríguez Cabrero,
L.A. Rojo, S.M. Ruesga, F. Sáez Fernández,
J. Sánchez Fierro, J.M. Sánchez Molinero,
L. Toharia, J.M. Zufiaur.

Pedidos:
Editorial Pablo Iglesias
C/. Monte Esquinza, 30 - 28010 Madrid
Tels.: 410 46 96 - 410 47 98

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

FUNDACION
PABLO
IGLESIAS

LA IZQUIERDA
Y EUROPA

EDITORIAL
PABLO IGLESIAS

Los días 29 y 30 de noviembre de 1986 tuvo lugar en Sigüenza un debate organizado por la Fundación Pablo Iglesias sobre el tema *La izquierda y Europa*. En la reunión participaron más de cuarenta intelectuales y políticos españoles y de otros países europeos. La discusión se desarrolló sobre la base de una ponencia presentada por la Fundación Pablo Iglesias y distribuida a los participantes con un mes de antelación. El presente volumen recoge íntegramente la ponencia y el debate (cada participante revisó la transcripción de sus intervenciones), así como las contribuciones presentadas antes o después de la discusión. El Presidente del Gobierno y Secretario General del PSOE, Felipe González, tuvo un encuentro con los participantes en el debate.

J. Arango, D. Aranguren, M. Azcárate, J. Astelarra, E. Barón, J. Borja, M. Cabrera, F. Claudín, S. Clotas, J. M. Colomer, R. Debray, J. Elleinstein, M. Escudero, M. A. Fernández Ordóñez, R. Figueroa, T. Fichter, G. Fuchs, A. Gauron, K. Hansch, D. Koniecki, N. Lechner, J. Lerma, E. Lluch, J. Martínez Reverte, C. Miranda, I. Molas, J. A. Moreno, M. Muñiz, G. Napolitano, R. Obiols, M. Ortuño, L. Paramio, J. Pradera, J. R. Recalde, M. Rodríguez, M. Satrustegui, C. de la Serna, J. Solé Tura, I. Sotelo, G. Stedman Jones, J. F. Tezanos, P. Vilanova, A. Viñas, C. Virgili, C. A. Zaldívar.

LA IZQUIERDA Y EUROPA
Fundación Pablo Iglesias
Editorial Pablo Iglesias
312 págs. 1.500 ptas.

Pedidos:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
28010-Madrid - Tels. 410 46 96 y 410 47 98

POR UNA NUEVA IZQUIERDA EUROPEA

Felipe González

análisis y debate



En el momento en que se redactan estas líneas han pasado casi dos años desde que se publicó este *Manifiesto por una nueva izquierda europea*. Esa mínima perspectiva, de pocos meses, puede ofrecer, sin embargo, la oportunidad de juzgar con más equilibrio el texto que hoy se traduce al español. Permite, por un lado, ver que Peter Glotz ha sabido captar una idea que estaba en el aire, en el sentido de que se trataba de una idea inevitablemente condenada a convertirse en tema de debate para toda la izquierda europea. Nos ofrece además la posibilidad de evaluar el tratamiento de esa idea a la vista de acontecimientos más recientes, que en parte subrayan la racionalidad de la apuesta de Glotz y en parte, lo que es

El texto de Felipe González que aquí reproducimos corresponde al prólogo de la versión española del libro *Manifiesto por una nueva izquierda europea*, de Peter Glotz, Secretario General del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), que será publicado próximamente en nuestro país por la Editorial Pablo Iglesias.

más notable, disipan algunos de los fantasmas que recorren su texto. Se trata, en suma, de un buen momento para leer este manifiesto y pensar sobre él.

En mi propia lectura de este manifiesto, admitiendo por supuesto la particularidad de cualquier lectura personal, se anudan varios hilos. Por una parte, la idea de que Europa no tiene porvenir si no es capaz de convertirse en una realidad políticamente unitaria. Por otra parte, la de que la misma suerte de la democracia social, o, en otros términos, el futuro del socialismo, están vinculados estrechamente a la suerte de Europa, a su capacidad de sobrevivencia y de llegar a ser un polo de referencia para los países del Sur. Y, en tercer lugar, la idea de que para que así sea es preciso lograr un clima de distensión y desarme progresivo entre los bloques, pues no se trata de convertir a Europa en un tercer bloque militar, sino de transformarla en una zona geopolíticamente segura, sin por ello pretender alterar el equilibrio de fuerzas, que, mal o bien, explica la paz de la que han disfrutado los países europeos desde 1945.

Estas ideas, a su vez, deben leerse bajo una cierta luz que permita apreciar los matices que tan a menudo se perdían en las grandes ideologías de izquierda de los años 60, y que ahora se siguen perdiendo en el crudo maniqueísmo de la nueva derecha. Dos temas son ejemplares en este sentido en el texto de Glotz: el tratamiento de la tecnología más nueva y el del individualismo.

Glotz está haciendo un llamamiento a la izquierda europea, está tratando de ofrecerle banderas para la movilización y la confianza. Sería así muy comprensible que cayera en la tentación de dirigirse a la izquierda realmente existente; y ésta, en buena parte, es una izquierda que está a la defensiva, que desconfía de las nuevas tecnologías, en las que ve un peligro para el sindicalismo tradicional, una amenaza para el empleo. Y es una izquierda que contrapone el individualismo de la nueva derecha a los valores de solidaridad e igualdad que identifica con el Estado asistencial de la posguerra.

Glotz, en este sentido, ha sabido eludir bien la tentación de hacer demagogia, la tentación de halagar los reflejos heredados de la izquierda, lo que en diversas ocasiones he calificado como conservadurismo ideológico de la izquierda, y cerrar los ojos a los desafíos del futuro. El primer ejemplo es su tratamiento de las nuevas tecnologías. No idealiza sus consecuencias, pues sabe que están destruyendo las cualificaciones obreras y los puestos de trabajo asociados a ella. En términos cuantitativos no crean empleo neto, y en términos cualitativos provocan un proceso de polarización cuya cara más evidente, hoy por hoy, es la aparición de una masa de casi un tercio de la población activa condenada a la descualificación, la marginalidad o su variante más modesta, la precariedad.

Pero, a la vez, es consciente de que cerrarse a las nuevas tecnologías, tratar de crear un recinto autárquico en el que no actúen las fuerzas de la división internacional del trabajo, sería una quimera o un sueño que conduciría a la izquierda a la derrota, al fracaso histórico. La sobrevivencia de Europa en la que piensa Glotz no es la resistencia última de una fortaleza acosada y sin porvenir, sino un proyecto de futuro en el que asimilar las nuevas tecnologías sería la condición para jugar a ese juego cuyas reglas se están imponiendo desde la cuenca del Pacífico, sin que Europa quedara descalificada de salida. Un proyecto de futuro en el que no se trata de aferrarse a la herencia de la Europa taller del mundo, sino de crear una Europa competitiva en pie de igualdad con los nuevos países industrializados.

Y, más aún, Glotz no ha caído en la tentación de seguir las críticas, en cierto modo fáciles, que contraponen el individualismo de la nueva derecha, y del modo de vida americano, a las tradiciones de solidaridad desarrolladas en Europa por la socialdemocracia, a esas tradiciones que en español llamamos precisamente democracia social. Sería fácil que el individualismo norteamericano, que hoy es la bandera del neoconservadurismo, constituye la antítesis de los ideales de solidaridad e igualdad que la izquierda europea retoma de la Ilustración y de los mejores momentos de la Revolución francesa de 1789. Pero sería falso, y uno de los mejores aspectos del manifiesto de Glotz es recordarnos que el individualismo es precisamente fruto de la misma apuesta por la libertad y la autodeterminación que constituye el tronco de la Ilustración europea.

Hay un individualismo de izquierda, que, porque es de izquierda, se opone al darwinismo social, a la competición salvaje por el poder o el dinero, pero en nombre de una solidaridad que no es la colectividad del hormiguero. Es ese individualismo solidario el que podemos ofrecer como alternativa a la sobrevivencia de los más fuertes, esa pesadilla que nos describe Glotz como la sociedad de los dos tercios, una sociedad en que un 30 % de marginales serían el precio de una prosperidad colectiva para la mayoría establecida, empleada, funcionarizada, becada.

No se trata, lógicamente, de descubrir verdades sorprendentemente nuevas, sino sólo de expresar viejas verdades en el lenguaje de debates nuevos. El socialismo democrático siempre ha sido contrario al colectivismo gregario y a la insolidaridad del individualismo darwiniano. Pero recordar esa tercera posibilidad, la compatibilidad de libertad individual y de solidaridad colectiva, es difícil en estos momentos en que parece que se nos obliga a elegir entre el individualismo neoconservador y la tradición burocrática del Estado asistencial, tal y como lo conocimos en los años 60 y 70, o aún peor el estatalismo ineficaz y anulador del individuo que subyace en los mensajes comunistas.

En este sentido es renovadora y refrescante la apuesta de Glotz: tratar de combinar las ideas de modernización tecnológica y de libertad individual con los valores de solidaridad, de igualdad no basada en la uniformidad sino en el acceso a los recursos sociales. Glotz intenta, muy justamente, diseñar una visión del socialismo del futuro que recoja a la vez los viejos principios de la izquierda sin diseñar esos valores que la derecha, con mala fe pero también con habilidad, ha empleado en su ofensiva de los últimos años para impulsar una salida conservadora a la crisis. Y es que estos valores, vistos con detenimiento, no han sido históricamente ni pueden ser ahora patrimonio de la derecha. El mismo Marx, ese demonio en el que los neoconservadores buscan el origen del *imperio del mal*, alabó en tonos que hoy parecen casi exagerados la modernización impulsada por el capital, y su sueño de una sociedad sin clases, en la que cualquier hombre podría realizarse íntegramente como escritor o músico, artesano o pescador, es la más rotunda apología de la libertad individual.

Pero, como decía más arriba, las tres ideas conductoras del razonamiento de Glotz son éstas: que sólo la izquierda puede ofrecer un futuro a Europa, que de la sobrevivencia de Europa depende en buena medida, a su vez, el futuro del socialismo, de la democracia social, y que tanto el futuro de Europa como el del socialismo dependen, a fin de cuentas, de la creación en Europa de un clima de distensión, superando la carrera de armamentos y el clima de nueva guerra fría que han dominado los primeros años 80. Y son ideas que inevitablemente debían centrar

la discusión de la izquierda europea cuando toca techo la ofensiva neoconservadora, cuando la promesa de una revolución conservadora sólo produce la realidad de una política socialmente regresiva que ha pretendido llevar adelante el ajuste económico en condiciones profundamente insolidarias.

La idea de democracia social, de solidaridad y protección colectivas en un marco de libertades individuales, sólo está vigente en Europa. Quizá su plasmación institucional es demasiado burocrática, quizá frente a la necesidad de ajustar las economías europeas se han hecho patentes muchas irracionalidades, despilfarros, excesivas rigideces. Pero sería absurdo ignorar el logro histórico que representa la democracia social europea, no sólo para los trabajadores, sino para el conjunto de la sociedad como modelo de convivencia solidaria y en paz.

Es necesario hacer especial hincapié en este punto; frente a la sociedad de los dos tercios, frente a la pesadilla de sociedad polarizada, dual, que traza Glotz a partir del proyecto neoconservador, debemos afrontar los socialistas la idea de solidaridad social que, mal o bien, se ha llegado a plasmar en el Estado asistencial, en la democracia social. Si no, tendríamos que olvidar toda la herencia de la Ilustración y aceptar como algo natural la pobreza, la desigualdad, la existencia de riquezas personales escandalosas en un contexto de hambre, una diversidad cada vez mayor entre minorías sofisticadas en lo cultural y lo laboral y amplias capas descualificadas y marginadas.

¿Un futuro para Europa? Sería preciso en primer lugar que el viejo y torturado continente fuera capaz de mantenerse en el centro del sistema mundial, que no se viera semiperiferizado por la dura competición económica de los países industrializados del Pacífico, nuevos o viejos, o por unos renacidos EE.UU., aunque en estos momentos pueda pensarse que el milagro reaganiano ha durado menos de lo que parecían esperar los ideólogos de la nueva derecha en la primera mitad de los años 80.

Pero, en segundo lugar, sería preciso que la pesadilla de una nueva guerra dejara de gravitar sobre Europa, la condición necesaria, aunque no suficiente de que hablaba Brandt. La tensión internacional de los últimos años ha llevado a Europa al borde de la parálisis. Ha desgarrado su tejido social, ha destruido el consenso en materias de seguridad, ha creado nuevas minorías radicales que, pese a carecer de un proyecto alternativo de sociedad, ha sabido encontrar una bandera en el puro desarme unilateral, y bajo esa bandera han creado una extraña alianza entre grupos comunistas, o procedentes de los viejos partidos prosoviéticos, y nuevos movimientos juveniles que rechazan el armamentismo y la destrucción de la naturaleza.

En condiciones de tensión bélica Europa no podría tener un futuro, y sin Europa la izquierda no existe. Esta es una forma complicada, pero quizá realista, de decir que la distensión mundial, y la distensión en Europa, son condiciones para que el proyecto socialista pueda avanzar, pueda ser un proyecto realista. Cuando Glotz escribió su *Manifiesto* había muchos fantasmas que incitaban al pesimismo, desde la fuerza de la nueva derecha en los EE.UU. hasta la parálisis de la dirección soviética bajo el senil y moribundo Chernenko. Cabía prever un futuro de rearme, de creciente militarismo.

Puede ser un rasgo de descabellado optimismo, pero hoy se diría que esos fantasmas no resisten la luz del sol. La nueva dirección soviética parece estar apostando por el desarme, parece posible la desaparición de *todos* los euromisiles, cabe prever un acuerdo para una reducción muy significativa de los efectivos convencionales en ambos lados de Europa. La distensión parece ahora al alcance de la mano, y así de nuevo resulta verosímil creer en una Europa segura y con porvenir. Una Europa sin tensiones militares podría ser el marco en que se integraran las economías del Este y del Oeste, y podría ser además el marco de una creciente democratización y autonomía de los países del Este. Aún hoy es fácil decir que las reformas de Gorbachov son limitadas y se mantienen dentro de la lógica del sistema totalitario, pero nadie puede prever a dónde conducirá la dinámica que estas reformas ponen en marcha. Las intenciones actuales de Gorbachov no son necesariamente determinantes de los resultados finales a los que pueden llevar, y que son deseables para los pueblos del Este y del Oeste europeo.

Una Europa sin tensiones militares sería con toda seguridad más próspera económicamente, en el Este y el Oeste, y eso es algo que los dirigentes soviéticos saben muy bien. Sería quizá un área regional con muchas más posibilidades de competir frente a otras grandes áreas económicas, incluyendo al Pacífico, y podría crear las condiciones para el progreso del proyecto socialista democrático, superando definitivamente la amenaza del nuevo conservadurismo.

Pero la clave de esa Europa distinta está en el avance hacia la unidad política y en la coordinación de las distintas políticas nacionales. Y a corto plazo eso parece exigir una recuperación de la izquierda europea y un consenso entre la izquierda y la derecha para decidir el futuro del continente. Se hace imprescindible afirmar el proyecto europeo en términos tales que su atractivo pueda arrastrar a todas las fuerzas sociales, hasta el punto de crear nuevas mayorías de izquierda también en estos países.

Ese sería ya un buen motivo para lanzar un manifiesto para una nueva izquierda *europea*. Precisamente una nueva imagen del futuro europeo, una imagen que nos permita superar los particularismos nacionales y buscar en la idea de una Europa unida el marco en el que la izquierda podría tener un futuro.

Pero, además, hace falta una izquierda renovada. Debemos superar tanto las inercias ideológicas del pasado como la tentación de seguir a los nuevos movimientos sociales sin valorar mínimamente la posibilidad de integrar sus demandas en un proyecto mayoritario y progresista. Ni podemos seguir creyendo que el movimiento obrero es la única componente social del proyecto de izquierda ni podemos dejar de darle su valor. Y hoy es muy fácil caer en la tentación de aceptar las reivindicaciones de los trabajadores de los sectores en crisis, sin reparar en que pueden reflejar egoísmos colectivos, incompatibles con un proyecto solidario de progreso económico a nivel nacional o europeo; o aceptar las reivindicaciones de *todos* los nuevos movimientos sociales, sin reparar en su mayor o menor coherencia con un modelo progresista de sociedad, mientras se le vuelve la espalda a la vieja clase obrera, considerándola en trance de pronta liquidación histórica.

Para no caer en tales tentaciones se requieren reflexión y debate. Este *Manifiesto* puede ser una excelente ocasión para discutir replanteándose las ideas heredadas o más comunes, y sólo por esa razón es ya un texto importante, por muchas que sean las diferencias que en distintos puntos puedan separar al lector

concreto de las posiciones del autor. No sería tan raro que con la perspectiva de algunos años descubriéramos que el pensamiento progresista, tras años de dogmatismo y parálisis, fue capaz de ponerse a la cabeza de la investigación y de las nuevas ideas en los años 70, precisamente cuando se nos pretendía hacer creer que la ideología neoliberal (conservadora a secas, si hemos de ser precisos) estaba enterrando los valores de la izquierda. Si así fuera, y yo creo que así es, con manifiestos como este las ideas de progreso podrían comenzar a regresar del limbo de la investigación de vanguardia al mundo de la vida real, y reconquistar la calle.

LA IZQUIERDA ANTE EL FIN DE SIGLO

Ludolfo Paramio

análisis y debate



2

I

Hablar de la izquierda ante este fin de siglo, pensando en España y América Latina, supone una toma de partido implícita, ¿Por qué hablar *de la izquierda*? ¿Por qué no hablar simplemente del posible destino común de nuestros países? Querría aclarar, de entrada, que mi toma de partido es bastante pública y explícita, y que espero no sea sectaria. Intento hablar de la izquierda, y desde una concreta posición dentro de esa izquierda, porque creo que esa posición es la más favorable para el futuro de nuestros países desde la perspectiva de la gran mayoría social. Puedo equivocarme, por supuesto (y a mi edad, desgraciadamente, no sería ya la primera vez), pero seguramente también me equivocaría si pretendiera ocultar mis puntos de partida.

Una segunda observación previa: el título de esta intervención podría sugerir que su tema sería la situación de la izquierda iberoamericana ante el fin del siglo *pasado*, y esto sería muy irónico por dos razones. La primera, bastante evidente, es que en 1987 estamos abocados a pensar en el ya muy próximo final de *este* siglo, mientras que el anterior fin de siglo es ya historia pasada: el hecho de que todavía cuente tanto para nosotros seguramente es un nuevo argumento a favor del aforismo de Marx, según el cual la conciencia de las generaciones muertas pesa como una losa de hierro sobre el cerebro de los vivos. Es muy posible que estemos demasiado obsesionados por la herencia del pasado, y que por ello sea preciso, aun al riesgo de dar un salto en el vacío, intentar tratar de imaginar cómo va a ser *este* fin de siglo, el fin de nuestro siglo, a la vista de las tendencias que ya en este mismo momento están en marcha.

La segunda razón por la que me parecería irónico que alguien pudiera interpretar el título de mi intervención como una referencia al fin del siglo pasado es que, paradójicamente, entre estas dos épocas que distan un siglo entre sí parece haber rasgos comunes, situaciones que en cierta forma se están repitiendo. Incluso en lo que se refiere a las coyunturas de Argentina y España, hay un cierto paralelismo en la distancia de un siglo. A finales del siglo XIX el régimen oligárquico, que en España adoptaba la forma de la llamada Restauración, vivía ya una larga agonía, que culminaría en este país con la República y su derrota, y en Argentina con las reformas de Irigoyen. Y ahora, en los años 80 de este siglo, Argentina y España salen trabajosamente del sueño irracional de las dictaduras, de unos largos y difíciles procesos de transición a la democracia, y tratan de enfrentarse a un nuevo siglo desde la perspectiva de la democracia, del consenso, de la solidaridad, de la modernización.

Pero el más paradójico de los paralelismos es el que se refiere a las dos crisis que han marcado el final de los siglos XIX y XX. Entre 1873 y 1890, la Gran Depresión, como se la llamó en su momento, trastornó aquel mundo y creó nuevas condiciones sociales y económicas. Y, curiosamente, aunque ésta sea sin duda una cuestión muy polémica, aquella crisis tiene muchos rasgos en común con la actual larga crisis mundial que comenzó, si creemos a la prensa, en 1973, y en la que aún nos debatimos.

Tras la crisis de los años 30 se llegó a pensar que, por definición, una crisis económica era una recesión provocada por la incapacidad de la sociedad para consumir lo que esa misma sociedad producía: era lo que el marxismo clásico habría llamado una crisis de subconsumo. La sociedad producía demasiado respecto a lo que era capaz de consumir. Después de la segunda guerra mundial, una vez que el Keynes de la *Teoría general* se hubo convertido en la piedra angular de la nueva ortodoxia económica, se generalizó la idea de que nunca volvería a haber crisis, porque Keynes había encontrado la receta para evitar *ese tipo de crisis*. Endeudándose e invirtiendo, el Estado podía, a través de un efecto multiplicador, aumentar el consumo social global y resolver el problema del subconsumo. Y el Estado, después, podía recuperar a través de la fiscalidad, de los impuestos sobre una economía de nuevo próspera, los fondos necesarios para asumir su endeudamiento previo, su déficit presupuestario.

De esta forma era posible mantener la economía en marcha, y asegurar el crecimiento, sin temor a la llegada de nuevas crisis. Se creyó lograda así una completa política anticíclica. Si ustedes recuerdan, en los años 60 tanto los más encarnizados enemigos del capitalismo como sus más acérrimos partidarios creían que

las crisis ya eran cosa del pasado, porque coincidían en ver como modelo de crisis la crisis de los años 30 de este siglo. Pues, y es ésta la gran ironía que quiero subrayar, en 1973 se hizo públicamente notoria una crisis que nada tenía en común con la de los años 30, y que poseía en cambio muchos rasgos estructurales que la asimilaban a esa ya vieja Gran Depresión de 1873-1890. Las dos, en efecto, eran crisis cuyo origen no estaba en el subconsumo, sino en lo que, por volver también a la vieja terminología de Marx, deberíamos llamar una caída de la tasa de ganancia, un derrumbamiento de la tasa de rentabilidad precisamente en las ramas de la economía que había sido, hasta ese momento, el motor, la punta de lanza de la acumulación y el crecimiento en los países centrales del sistema capitalista mundial.

En el siglo pasado, la Gran Depresión tuvo su origen en el agotamiento del ciclo de innovación ligado al carbón y al acero, a la expansión del ferrocarril por la Europa continental, una expansión que corresponde a la ola de prosperidad, de crecimiento capitalista, que se extiende entre 1848 y 1873. En los años 70 decae ya la rentabilidad de las inversiones en la minería del carbón, en la industria siderometalúrgica, en las compañías de ferrocarril, y la competición entre las distintas empresas conduce a una caída general de la tasa de ganancia. La crisis, sin embargo, beneficia a algunas grandes empresas (precisamente las que ganan la competición en sus ramas) y provoca el paso, en el cambio de siglo, del viejo capitalismo de libre competición al capitalismo dual que hoy conocemos, con un sector competitivo y un sector oligopólico. Pero ésa es otra historia.

Lo que interesa subrayar ahora es que quien pagó realmente el precio de la crisis no fue ante todo el capital industrial, que, aunque hubiera de reestructurarse, pudo sobrellevar la crisis a fin de cuentas, ni fueron los trabajadores urbanos, que lograron mantener y finalmente mejorar su nivel de vida a lo largo de la crisis, sino que fueron las rentas agrarias. Se podría decir, simplificando, que la industria pasó las cuentas de sus pérdidas a la propiedad agraria, forzando un rápido abaratamiento de los productos agrícolas, que en buena parte se explica por las importaciones a Europa de alimentos de ultramar, y que permite comprender cómo los trabajadores, en momentos de crisis empresarial, y sin crecimiento salarial, consiguieron primero mantener y luego mejorar su nivel de vida.

Se produjo así la paradoja de que el capital industrial, reestructurado, sobrevivió a la crisis en condiciones de volver a crecer, como lo hizo en el cambio de siglo y hasta la primera guerra mundial, mientras que el mundo campesino, la gran propiedad agraria del siglo XIX, nunca lograron recuperarse de la depresión, nunca volvieron a ser los mismos. Arno Mayer ha ofrecido una polémica pero muy interesante interpretación de la primera guerra mundial como la última convulsión del Antiguo Régimen. No del feudalismo, por supuesto, que seguramente ya había desaparecido de Europa occidental en el siglo XVIII, sino del Antiguo Régimen: un orden social y político en el que la hegemonía correspondía a los grandes propietarios agrarios, a la nobleza terrateniente, y que descansaba sobre un conjunto de valores, como el honor, la cuna y el privilegio, que ya no tenían sentido en el naciente orden industrial que solemos asociar con el modo de producción capitalista.

Pero estos valores, sostiene Mayer, seguían teniendo sentido en un siglo en el que el capitalismo industrial europeo era sólo una cadena de islas en el océano de un mundo agrario, desde luego capitalista en su *modus operandi*, en sus relaciones de producción, pero abrumadoramente dominado por los herederos de la vie-

ja nobleza, por sus valores e intereses. Más aún, en un mundo *gobernado* por ellos, pues las élites políticas, y sobre todo, las militares, estaban mayoritariamente vinculadas por lazos familiares con las grandes familias terratenientes, y el mejor signo de triunfo social, por ejemplo en la España de la Restauración, era para un burgués ser ennoblecido y emparentar con la vieja nobleza de la sangre, aportando en cambio su riqueza de nueva creación a esa clase y a su Estado, que en la forma era una monarquía parlamentaria democrática, pero en la práctica, con un derecho de voto limitado a las clases poseedoras y manipulado por prácticas caciquiles, sólo era el órgano que gestionaba los intereses conjuntos de una oligarquía en la que la nobleza terrateniente reinaba como indiscutible élite hegemónica.

En este contexto es en el que se podría entender la primera guerra como el esfuerzo postrero de la clase terrateniente por reafirmar su posición social, amenazada por la crisis de las rentas agrarias desencadenadas por la Gran Depresión de 1873-1890. El capitalista industrial, cuando quiere aumentar sus ganancias, baja los costes de su producto para abarcar una mayor parte del mercado. El terrateniente que mantiene un modo feudal de ver el mundo, aunque esté inserto en la lógica del capitalismo, tiende a repetir el reflejo del señor feudal cuando caen sus ingresos: invadir las tierras de vecino para hacerse con sus rentas. La reacción a la caída de las rentas agrarias, a finales del siglo XIX, habría sido así ese intento de las grandes monarquías, de los grandes imperios de Europa, de ampliar sus territorios, mediante la guerra, para restaurar la posición de la clase hegemónica terrateniente. La guerra habría sido el último coletazo del dinosaurio feudal, aparentemente muerto desde los siglos XVII-XVIII, pero que aún sobrevivía en la mente de las oligarquías terratenientes, y sobre todo en la mente de los generales que dirigían los ejércitos europeos, hijos menores de las grandes familias terratenientes, que mantenían prácticamente intacta la panoplia de valores heredados del Antiguo Régimen.

Ese sería el paradójico final del siglo XIX: se viene abajo un mundo, el mundo del Antiguo Régimen, mientras que quienes deberían haber sido los primeros afectados por la crisis, los capitalistas industriales, lograban sobrevivir y entraban en el siglo XX en una nueva fase de crecimiento y prosperidad. La otra paradoja, menos obvia pero quizá más significativa si queremos hacer comparaciones entre las dos crisis de finales de siglo, es que, como ya dije antes, los trabajadores también sobrevivieron a la crisis manteniendo su posición social, manteniendo su nivel de ingresos, incluso fortaleciéndose muy considerablemente. La primera gran crisis histórica del revisionismo en la tradición marxista se produjo en la década de 1890, en parte porque Bernstein, uno de los teóricos de la socialdemocracia, había descubierto la tradición fabiana de socialismo reformista en Inglaterra. Pero, también en parte, porque en la profecía revolucionaria de Marx se sostenía que cuando se produjera una nueva crisis económica como la de 1830-1848 las fuerzas obreras estarían en condiciones de hacer la gran revolución: la nueva crisis demostraría hasta qué punto había hecho su tarea el *viejo topo* del ideal revolucionario. Y en la década de 1890 era evidente que esa profecía no se había cumplido, porque los trabajadores habían atravesado una crisis económica mundial sin optar por la solución revolucionaria, siguiendo una doble buena lógica: su nivel de vida se había mantenido e incluso había mejorado al final de la crisis, y sus organizaciones sindicales, sociales y políticas se habían fortalecido, y además muy notablemente, en el mismo período.

Este fue el origen de la crisis del revisionismo, el gran debate dentro de la socialdemocracia alemana, que luego se extendió a todo el ámbito del movimiento

obrero europeo, y también mundial, sobre si tenía sentido mantener la visión heredada de la historia moderna como camino que lleva forzosamente a la revolución social, revolución que dará a luz la nueva sociedad reconciliada y transparente, finalmente sin clases, ya carente de conflictos y de opacidad: la sociedad en que todos los hombres serían hermanos. Esta visión heredada es la que entró en crisis en la década de 1890. La izquierda en España, también en Argentina (donde precisamente está llegando la influencia del socialismo europeo a través de Juan B. Justo), advierte así en el cambio de siglo cuán profunda es la debilidad de las ideas dominantes en ese momento en la izquierda europea.

Me parece interesante recordar esta vieja historia porque hoy, a finales del siglo XX, parece estarse dando una situación análoga, lo que no deja de ser irónico. Estamos atravesando una crisis, crisis que teóricamente afecta sobre todo al capital industrial, pero de la que el capital está logrando resurgir en buena posición, incluso con ventaja en algunas partes del mundo. Y es una crisis que deberían estar soportando, según la teoría, los trabajadores industriales, pero que, en realidad, afecta sobre todo a los trabajadores de baja cualificación, y de edad avanzada, y especialmente a los hijos de asalariados que no pueden encontrar su primer puesto de trabajo, mientras los trabajadores industriales que no han perdido el empleo mantienen un nivel de vida estable o muy mejorado, con la evidente limitación de la necesidad de mantener a los posibles hijos sin empleo.

Así, lo que se está produciendo es una segmentación de la sociedad en general y del conjunto de los trabajadores en particular, dejando fuera del escenario a un tercio de la sociedad condenado a la marginalidad: los trabajadores sin empleo, sus hijos, los jóvenes sin posibilidad de obtener empleo. No se debilita la clase obrera, sino que por decirlo así aparece una nueva clase de desempleados, una clase marginal, una clase que está fuera de la producción, del consumo y del mercado, y que parece devolvernos a los tiempos de las *dos naciones* que Disraeli creía ver en la Inglaterra del siglo pasado, una nación próspera, integrada y feliz, y una nación proletarizada, marginalizada, condenada a la delincuencia y a la amoralidad. En cierta medida hoy se reproduce el esquema: aparece una segunda nación condenada al desempleo o al empleo precario, al empleo marginal, sumergido, y de nuevo coexisten dos mundos en una única sociedad, reaparece la sociedad dual que parecía superada con el Estado asistencial de los años 50 y 60, en los momentos de la gran expansión capitalista de la posguerra.

II

Otra paradójica analogía entre la Gran Depresión del siglo pasado y la crisis actual se refiere a la crisis que ambas han provocado en la izquierda. Antes apunté las causas de la crisis del revisionismo durante la década de 1890. Ahora, pasando a un terreno que nos es más próximo, querría recordar cómo era la izquierda, en España y Argentina, en los años 70, al final de la larga prosperidad capitalista de la posguerra. En España, tras la muerte del general Franco en 1975, comenzó un proceso de transición a la democracia desde una dictadura que había durado casi cuarenta años. Bajo esa dictadura la izquierda se había visto obligada a mantener una tradición de clandestinidad, y esa clandestinidad había marcado fuertemente su pensamiento.

En efecto, las ideas reinantes dentro de la izquierda estaban deformadas por la imposibilidad no ya de tratar de ponerlas en práctica, sino incluso de confrontarlas en un debate abierto con otras ideas. Esto no podía sino conducir al anquilosamiento y al alejamiento de la realidad. Podemos decir que la izquierda española, a comienzos de los años 70, era infinitamente más antigua que la sociedad

española. La sociedad española se había urbanizado, se había industrializado, se había secularizado, las clases medias habían crecido espectacularmente, y las bases sociales tradicionales del anarquismo, que podían haber sido las del comunismo si no hubiera existido la dictadura (algo así pasó en Italia), habían comenzado a desaparecer. En los años 60 se había ido agotando la mano de obra rural, jornalera o campesina, que permanecía tradicionalmente en el campo español en situación de subempleo. La emigración a los países más desarrollados (*a Alemania*, como se solía decir acá), o simplemente a las ciudades en expansión industrial, dentro de España, había ido agotando esa reserva de fuerza de trabajo. Sin embargo, la izquierda seguía en buena parte anclada, ideológica y organizativamente, en las diferentes ramas de la tradición comunista, una tradición que sólo tiene sentido en una sociedad aún muy rural y fijada en visiones milenaristas (religiosas a fin de cuentas) del cambio social.

Por poner un ejemplo familiar en América Latina, la gran discusión de la izquierda española a finales de los años 60, y en algunos casos también en los primeros 70, fue la actualidad de la revolución proletaria o la pospuesta vigencia de la revolución burguesa. El problema era antiguo, y sobre todo incomprensible en una sociedad ya plenamente capitalista, urbana, moderna. Pero, para prever la forma que tomaría la salida del franquismo, la izquierda española seguía recurriendo a la vieja amalgama de la filosofía de la historia de Hegel con el materialismo de la Ilustración escocesa. Ese esquema histórico, finalista, teleológico, que era ya inactual en toda Europa, seguía estando vigente en la tradición comunista española, y, gracias a la hegemonía ideológica de este área política, marcaba al pensamiento de toda la izquierda.

Así, en los años 70, la izquierda seguía discutiendo en España si era posible la superación del franquismo dentro del orden capitalista, o si al final de la dictadura seguiría forzosamente la vía de una ruptura revolucionaria que conduciría al socialismo o a algún tipo de «democracia avanzada», a la manera de la entonces reciente *revolución de los claveles* que había marcado el final de la dictadura portuguesa en abril de 1974. Y en ese caldo de cultivo florecía una tradición izquierdista que apostaba, de la forma más tajante, por una salida revolucionaria, por una hipotética «revolución socialista»: núcleos minoritarios, muy bolchevizados, fueran leninistas, trotskistas o maoístas, núcleos que no arrastraron a nadie cuando debieron competir en unas elecciones libres, pero que eran muy significativos en la clandestinidad.

Y lo que es más, núcleos que desencadenaron una traumática corriente de violencia en la política española que aún marca nuestra vida cotidiana: ETA, dentro del nacionalismo vasco, pero también el FRAP y luego los GRAPO, dentro del maoísmo. No es algo difícil de entender para quienes recuerden la historia argentina de los primeros años 70, el creciente delirio militarista de los Montoneros, el ERP, el PRT, fenómenos que sólo se pueden entender en aquellos tiempos, en aquel contexto en el que seguía estando vigente el guevarismo, crecía la influencia de un trotskismo fascinado por la insurrección armada, y la vida política argentina giraba en torno a un populismo para el que el retorno del líder exiliado tenía tonos próximos a la segunda venida de Cristo.

La transición democrática demostró que los grupúsculos de izquierda no eran capaces de sintonizar con la mayoría de la sociedad española, cuya primera preocupación era olvidar la tragedia de la guerra civil y asentar un orden social en el que la guerra ya no fuera pensable, nunca más pudiera repetirse. La transición

demostró que la única izquierda que tenía sentido en España era una izquierda como la que existía en el resto de Europa, una izquierda que basara su política en la búsqueda de consenso, en las transformaciones apoyadas en una amplia mayoría social, no en la imposición de la voluntad de una minoría. Y la transición demostró también que la sociedad española quería un gobierno moderno, secularizado, capaz de garantizar prestaciones sociales e igualdad de oportunidades, como los gobiernos que la izquierda había sido capaz de formar en Europa desde 1945.

Tanto el fantasma de la España negra, la España decadente y marcada por la intransigencia cerril, la España de la Inquisición, como el fantasma de la España revanchista, reivindicativa, una España que quería volver a resucitar la guerra civil y ajustar cuentas cuarenta años después, los dos fantasmas se disiparon de la noche a la mañana. Se descubrió que la izquierda había vivido durante muchos años hipnotizada por una realidad que ya no existía, y que la sociedad española había avanzado, se había modernizado y había cambiado mucho más de lo que esa izquierda había podido suponer.

En el caso argentino, para establecer comparaciones, debo recordar las obvias reservas que siempre impone el relativo desconocimiento asociado a la distancia, además de la atipicidad de todo proceso político nacional, atipicidad que en la Argentina de los años 70-80 es quizá aún más evidente. Mi propia visión de la realidad argentina procede de los análisis de una serie de autores, para los cuales todo intento de lograr la modernización y el desarrollo de la economía argentina se enfrentaba, desde los años 40, a un problema crucial. Si se intentaba que el motor del desarrollo fuera el mercado interno, siguiendo la estrategia que dio su base social al populismo, era preciso desviar hacia la industria una parte de los excedentes del sector agroexportador. Pero ese tipo de crecimiento, al no conllevar un sector industrial exportador ni tampoco la aparición de un sector nacional de bienes de capital, provocaba desequilibrios comerciales externos (por el mayor volumen de bienes de capital importados), lo que a medio plazo obligaba a favorecer e incentivar de nuevo al sector agroexportador. Eran así inevitables sucesivas oscilaciones entre la prioridad de la exportación y la prioridad del mercado interno, base para el pacto del capital nacional con los trabajadores urbanos y las clases medias.

A esas oscilaciones económicas correspondían además otras oscilaciones políticas: la recurrente inviabilidad del poder civil y el sucesivo regreso al gobierno de las fuerzas armadas, tendencia que culmina con la caída del gobierno peronista, ya muerto Perón, en 1976, y el comienzo del llamado Proceso de Reorganización Nacional, que arrojó, como todos sabemos demasiado bien, el saldo de la ruina económica de Argentina, el descalabro de una guerra catastrófica contra Inglaterra, y el asesinato de miles de personas, en condiciones indecibles, supuestamente en nombre de la guerra contra la subversión. No vamos a profundizar en esta historia dolorosamente familiar: importa más subrayar los determinantes principales de la oscilación entre poder civil y poder militar en la Argentina de la posguerra.

El primero, como ya se ha apuntado, eran los mismos límites del modelo de crecimiento populista basado en el mercado interno. La base social del pacto populista (capital nacional, clase media urbana, trabajadores industriales) se resquebrajaba cada vez que la balanza comercial forzaba de nuevo a dar prioridad al sector agroexportador. Las clases medias oscilaban entre el populismo y el apoyo a la intervención militar, y la oligarquía podía utilizar estas vacilaciones

para crear un bloque social de apoyo a la intervención militar. El segundo determinante era la misma limitación del espectro político, que durante un cuarto de siglo gira en torno a la oferta populista sin presentar una propuesta de renovación y modernización capaz de encontrar un apoyo popular mayoritario.

Sobre estos condicionamientos vino a recaer, agravándolos, la oleada de radicalismo político, de extremismo, que recorrió toda América Latina en los años 60. La influencia de la revolución cubana, la leyenda de Che, la difusión de las ideas y organizaciones trotskistas (nada desdeñable en el caso argentino), se combinan con la llegada del pensamiento izquierdista europeo y norteamericano, que desde el Mayo francés del 68 conoce un auge en los medios universitarios de medio mundo, incluida América Latina. Y ese combinado ideológico penetra en una parte de la juventud de clase media que, en los últimos 60 y primeros 70, comienza a verse sin salidas profesionales, con sus posibilidades de ascenso social bloqueadas por la crisis recurrente. Se crea así un círculo vicioso en el que la frustración de las expectativas de la clase media favorece la radicalización de la juventud, y ésta da origen a una guerrilla que agrava la crisis política y económica de Argentina. Sería gravemente injusto, sin embargo, explicar esa radicalización de los años 70 como fruto de una pura frustración de las expectativas de mejora social de la juventud. Hay que contar también con una enorme componente de generosidad, de capacidad de riesgo, de compromiso social y de apuesta por una Argentina distinta, en la que los *gorilas* no reaparecieran en escena cada equis años. Esa otra componente también estaba ahí, y hay que subrayarlo porque ahora, bajo el impacto de los dramáticos sucesos de 1976-1983, todos tendemos a recordar más los aspectos irracionales y los resultados desastrosos del compromiso con la violencia de un importante sector de la juventud argentina en la primera mitad de los años 70.

Pero también hay que subrayar que los resultados fueron desastrosos: a la suma de todos los condicionantes heredados (crisis política resultado de la incapacidad evidente del gobierno peronista, crisis económica en un marco de corrupción, tradición de inestabilidad del poder civil), a todos esos condicionantes vino a sumarse ahora el terrorismo, la espiral de la violencia radical y su represión por servicios paralelos, primero, y luego por las fuerzas armadas, hasta desembocar en el colapso del gobierno civil, absoluta y universalmente desprestigiado, y en una de las etapas de terror más olvidables de la historia del mundo moderno y de América Latina en particular. Más olvidables por su negrura, pero sólo olvidables si sabemos sacar las lecciones de aquel desastre para que su olvido no deje la puerta abierta a su repetición.

III

Querría terminar entonces apuntando algunas de las posibles lecciones que la izquierda, en España y en Argentina, podría sacar ahora ya, a finales de los años 80 y muy próximo el fin de siglo, de esa serie de transformaciones, desajustes y derrotas que he resumido apresuradamente, incluyendo lo que en el caso argentino sólo puede calificarse como el desastre de toda una generación, destruida físicamente o marcada por la experiencia de unos años infames.

La primera lección que se me ocurre es, precisamente, la de que no tiene ningún sentido mantener la fidelidad a unos principios si no se aprende a cambiar la forma en que se intenta defenderlos y llevarlos a la práctica. No tiene ningún sen-

tido afirmar que se siguen defendiendo la libertad, un mejor reparto de la riqueza, la solidaridad y la igualdad, si se pretende seguirlos defendiendo por vías que han conducido a la derrota, que han mostrado su impotencia ante situaciones imprevistas en el pasado. Si no se es capaz de sacar lecciones de los fracasos, de las derrotas, no se es de izquierda, por mucho que se sigan invocando los mismos valores que se invocaron en el pasado. Una izquierda momificada, paralizada en la repetición de fórmulas rituales, es sólo un cadáver, y los cadáveres no son de derecha ni de izquierda, y sólo sirven para ser enterrados.

¿Como debe aplicar esta lección la izquierda española? En primer lugar, y utilizando una muy feliz expresión de Marshall Berman, debe aprender a leer las señales de la calle, debe ser capaz de interpretar la realidad de cada día y reconocer en ella las grandes direcciones en las que se mueve la vida social. Una izquierda que se encierra en las bibliotecas no es mejor que una izquierda oportunista para la que no existe criterio alguno fuera de las encuestas de intención de voto y las prospecciones del mercado electoral: ninguna de las dos será capaz de cambiar la realidad.

Una izquierda real, una izquierda viva, debe aprender a sintonizar con los sentimientos colectivos, debe ser capaz de ver a tiempo por dónde van los tiros. Eso exige estudios, eso exige sin duda encuestas, pero exige también una sensibilidad social, una apertura a la realidad de la vida civil que a menudo se diría incompatible no sólo con la práctica profesional de la política, sino también con la práctica profesional de la vida intelectual. Al decir esto pienso ante todo en la actual situación española, pero creo que se puede generalizar en cierta medida: si hay algo peor que un político que se encierra en su despacho y en su coche oficial, y pierde de vista la calle, ese algo es el intelectual que se encierra con sus libros y sus colegas académicos y pierde de vista lo que se juega el país tras la opción entre distintas políticas.

La incapacidad de los intelectuales para apostar, esa incapacidad para comprometerse colectivamente por el cambio social, esa necesidad de fingir que están en la vanguardia del compromiso político, cuando en realidad lo han perdido de vista y permanecen encerrados en fórmulas heredadas del pasado, fórmulas que ya no están vigentes, o que incluso son contraproducentes para la consolidación de un régimen democrático o para el avance hacia una sociedad más justa, todo eso tiene algo que ver con la estúpida buena conciencia que marca al intelectual desde su mismo nacimiento como figura histórica en el siglo XVIII. Esa extraña idea de que el intelectual, el filósofo, lo sabe todo de antemano, y solamente es necesario que le escuchen para que la perfecta justicia se haga en la tierra. Nunca considera el intelectual que deba confrontar sus opiniones con las de la mayoría social, bajar a la calle y tratar de ser escuchado entre otras voces. El intelectual sabe que tiene la verdad, y no le preocupa para nada lo que piense la mayoría: si la mayoría no le da la razón (al intelectual), peor para la mayoría, y si la mayoría sigue a un partido que no es del agrado del intelectual, él no se replanteará sus apuestas ni sus gustos, sino que condenará a la mayoría, y desde luego a su gobierno, en nombre de su superior conocimiento.

Al decir esto respiro por mi propia herida, por supuesto. En España es muy evidente que se ha producido una desconexión entre la cultura política heredada de los años 70 y la realidad social de los años 80. La lección que deberíamos sacar es quizá la de que, si queremos seguir defendiendo los principios de libertad, de justicia y reforma, reparto e igualdad, los españoles de izquierda tenemos que ser

capaces de admitir que estamos en una sociedad que no sólo está ya muy lejos de la que Marx conoció, y de la España de la Segunda República, sino también de la sociedad de los años 60. Tenemos que comprender que las apuestas ya no son las mismas, que los grupos que están pagando la crisis no son los trabajadores del sector naval en reconversión, sino el millón y medio de jóvenes que no encuentran su primer empleo, y que no tienen ninguna posibilidad de encontrarlo mientras no aumenten las inversiones en el sector privado (porque el sector público no puede, materialmente, hacer inversiones productivas). Mientras se insista en hacer populismo con los sectores que mejor están sobrellevando la crisis, y se olvide a los tres millones de trabajadores en paro, la mitad de los cuales, insisto, son trabajadores en busca del primer empleo, no tiene ningún sentido decir que se es de izquierda.

Como no se está haciendo política de izquierda cuando se defiende en la propaganda y en los carteles electorales la política feminista, pero a la hora de la verdad se protege el salario masculino y se intenta vetar el acceso de las mujeres al mercado laboral, *en igualdad de condiciones con el hombre*, alegando que eso supone quitarle el pan a un padre de familia. Soy demasiado consciente de que las cosas son más complejas a la hora de la verdad. Una cosa es predicar y otra dar trigo; es mucho más fácil decir estas cosas que llevarlas a la práctica en la política cotidiana. Pero por eso mismo, porque no son cosas fáciles de hacer, debemos al menos tenerlas claras teóricamente: el feminismo no es una retórica compatible con la defensa del puesto de trabajo masculino, la lucha contra el desempleo no pasa por la defensa de una minoría privilegiada de puestos de trabajo no rentables, en empresas públicas ruinosas, mientras un millón y medio de jóvenes buscan empleo.

Debo repetir que seguramente no me expreso con objetividad, como quizá es fácil de advertir, sino con cierta carga de pasión provocada por las polémicas dentro de la izquierda española en los últimos cuatro años. Pero es fácil encontrar paralelismos en la izquierda argentina. Uno de mis grandes consuelos históricos (y este tipo de consuelos empieza a serme muy necesario) es precisamente que algunas de las mejores cabezas de la izquierda argentina, a quienes admiro ya desde hace mucho tiempo, han sabido reflexionar, aprender de las lecciones del pasado y aproximarse a la nueva realidad argentina con gran lucidez, superando el viejo radicalismo de los 60-70 y aprendiendo a leer las señales en la calle de la Argentina de los años 80: uniendo *pasado y presente*.

Yo entiendo (quizá sin objetividad) que la mejor izquierda argentina es la que está haciendo un gran esfuerzo moral e intelectual para descubrir el sentido del actual proyecto de modernización, de reconciliación nacional y de consolidación de la democracia, proyecto que para seguir adelante puede exigir tragos muy amargos, como la *ley de obediencia debida*, pero tragos que deben aceptarse si son el precio a pagar para consolidar la convivencia democrática y la superioridad del poder civil. Pues lograr un país justo no significa lograr que todos los criminales del pasado sean castigados, lo que tampoco devolvería la vida ni la integridad a las víctimas, sino lograr que esos crímenes no vuelvan a repetirse: nunca más.

Y en todo caso yo me identifico con esa apuesta por la modernización, por la reconciliación nacional, por la creación de una sociedad que nunca más deba convivir con la continua amenaza del golpe, ni aceptar la fatalidad del empate catastrófico como norma del juego político. Yo me identifico con la búsqueda de

una sociedad que defienda realmente los derechos humanos y no confunda la garantía de los derechos humanos en el presente y el futuro con la condena efectiva de todos los responsables de su violación en el pasado. Yo apuesto por una izquierda que sea capaz de hacer en Argentina, en un plazo muy breve, lo que la izquierda pudo hacer más fácilmente en España, con la ventaja de casi cuarenta años de olvido: lograr una amnistía colectiva y profunda, darse una posibilidad de refundación nacional, de empezar de nuevo para tratar de lograr, esta vez sí, las largamente defraudadas promesas de futuro de aquel país.

Podemos decir entonces que, de cara al fin de siglo, no es seguro que todos, toda la izquierda, hayamos aprendido lo mismo, pero las lecciones están ahí, y me parece que hay buenas razones para ser optimistas si consideramos que no todo el mundo ha ignorado esas lecciones, que hay gente acá y allá que ha sabido ver que el nombre y el contenido del socialismo se mantienen, pero que las formas concretas que debe adoptar la apuesta por el socialismo, por la modernidad, por el progreso, por la solidaridad, la justicia y el reparto, esas formas sí han variado, y pueden haber variado no sólo en los medios de actuación política sino también en las siglas, partidos y banderas con los que la izquierda debe reconocerse.

El presente texto corresponde a la conferencia pronunciada en el Colegio Mayor Argentino Nuestra Señora de Luján, de Madrid, con motivo de la clausura del año académico, el día 17 de junio de 1987.

E D I T O R I A L

FABIO IGLESIAS



Siglo veintiuno
de España
Editores, sa

GERALD A.
COHEN

LA TEORIA DE
LA HISTORIA
DE KARL MARX
UNA DEFENSA

E D I T O R I A L
FABIO IGLESIAS



LA TEORIA DE LA HISTORIA DE KARL MARX
Gerald A. Cohen

405 págs.

2.000 ptas. (IVA)

La teoría de la historia de Karl Marx es un libro fundamental en la historia del pensamiento marxista y uno de los pocos textos absolutamente imprescindibles para el estudio de la obra de Marx. En primer lugar, supone una brusca ruptura con la tendencia dominante en lo que Perry Anderson llama el «marxismo occidental». Lejos de reinterpretar a Marx en términos próximos al idealismo, lejos de hacer hincapié en cuestiones de metodología o filosofía, Cohen trata de subrayar el aspecto esencialmente materialista de la obra de Marx, su creencia en el papel determinante del desarrollo de las fuerzas productivas y, subsiguientemente, del carácter de las relaciones de producción. Junto a esta vigorosa reafirmación del materialismo, su análisis se aleja de lo tradicional por desarrollarse en términos de extrema claridad, más próximos a la tradición de la filosofía analítica que a las habituales oscuridades de las posibles variantes de la dialéctica hegeliana. Y, por último, la justificación del razonamiento de Marx en términos de explicación funcional ha dado origen a una compleja y saludable polémica en las ciencias sociales y en el marxismo contemporáneo.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
Tels. 410 46 96 y 410 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal

LOS INTELLECTUALES Y LA HISTORIA

Fernando Claudín

análisis y debate



3

Ante todo quiero expresar mi opinión sobre el Congreso de Valencia de 1937. Yo no participé en él, era muy joven, no era un intelectual —sólo un estudiante de arquitectura al que la guerra civil había cortado la posibilidad de seguir los estudios— y mis tareas como dirigente de la JSU eran otras. Creo que aquel congreso debe verse, por encima de cualquier otra consideración política o ideológica, como un gran acto de solidaridad con nuestra lucha contra el fascismo. Es cierto que hubo determinada utilización del mismo por nosotros, los comunistas, y en especial por los soviéticos. Pero hay que reconocer también que en gran parte la responsabilidad de ello, como de otras manipulaciones análogas, corresponde a la actitud de las democracias europeas que se negaron a darnos la ayuda que política y moralmente estaban obligadas a proporcionarnos. Ello dejó el campo libre al único aliado efectivo que tuvo la República: la Unión Soviética.

Dicho esto quiero referirme a dos grandes mitos del siglo XX —hay otros— particularmente vigentes cuando se celebró, hace cincuenta años, aquel congreso de intelectuales: el mito de la revolución proletaria o socialista, como acto fundador de una nueva sociedad sin clases, sin opresión, sin explotación del hombre por el hombre; y el mito del intelectual como conciencia lúcida del cambio radical, comprometido fielmente con el sujeto histórico de esa revolución, la clase obrera.

No hay nada tan peligroso para los mitos como el que se presente la oportunidad de su realización práctica, el que puedan ser vividos como realidad, tocados, palpados. El próximo noviembre se cumplirán setenta años del comienzo de ese *test* histórico. Entonces, un grupo de intelectuales declaró que tenía las claves de la historia, y por ende de la revolución, considerada condición ineluctable del avance de la historia; declaró que la clase obrera era *el* sujeto revolucionario, pero que ellos eran los representantes de ese sujeto, independientemente de lo que éste pensara al respecto, puesto que por sí mismo, sin la luz del intelectual marxista, el proletariado no podía llegar a la comprensión de sus intereses históricos y sólo era capaz de moverse por sus prosaicos intereses inmediatos.

A estos intelectuales, que llevaron la lógica del *compromiso* hasta sus últimas consecuencias, organizándose en férreo partido para poder cumplirlo, les acompañaron muchos otros, que sin decidirse a dar ese paso militante, e incluso sin compartir la concepción ideológica de los primeros, consideraron que su obligación moral era secundarles en tan gran empresa de liberación humana. Toda la historia posterior del compromiso intelectual está profundamente marcada por aquel origen fundacional.

Aprovechando una coyuntura favorable, la catastrófica crisis del zarismo —no determinada por ellos, aunque aportaran su grano de arena—, aquel grupo de brillantes intelectuales rusos pudo alzarse con el poder y poner en práctica su compromiso con la historia y con el sujeto de la revolución cuya representación se habían apropiado. A un historiador socialista que interpeló a Lenin diciéndole: actuáis en contradicción con vuestra propia teoría, según la cual para la revolución socialista es necesario determinado nivel de desarrollo capitalista, de desarrollo sociológico, político y cultural de la clase obrera, nada de lo cual existe aquí, Lenin le respondió: cierto, pero si se nos ha presentado la oportunidad de tomar el poder, ahora, con la palanca del poder, crearemos esas condiciones. Y, en efecto, utilizando al máximo la palanca del poder, es decir, instaurando una dictadura total sobre la sociedad, pusieron manos a la obra. Fue entonces cuando el gran mito comenzó a aparecer como tal y comenzó también a desvanecerse. Sobre todo en los países donde el movimiento obrero llegaba a la mayoría de edad y se convertía en un factor fundamental de la vida social y política. Pero al mismo tiempo ese tipo de revolución inició un largo camino en las zonas del mundo que presentaban características análogas a las del imperio zarista, lo cual indica, a mi juicio, que existían profundas razones objetivas para que así sucediera. El mito de la revolución, al que me vengo refiriendo, no tiene nada que ver con tales razones ni con determinadas tareas históricas que esas revoluciones han llevado a cabo. El mito reside en considerarlas socialistas, creadoras de una nueva sociedad sin opresiones, injusticias y desigualdades. Y a él va unido el mito del intelectual como mentor de la clase obrera.

En España mi generación, la de los que teníamos entre quince y treinta años al iniciarse la guerra civil, la que entró en la vida histórica con la caída de la Mo-

narquía y la instauración de la República, con el comienzo de la revolución española que culminaría en la guerra civil, se formó plenamente bajo el imperio del gran mito: la revolución rusa era la primera revolución socialista de la historia. Fuimos la generación del marxismo-leninismo, la que adoptó como modelo para la revolución española el camino de Octubre. Creo que ninguna generación fue tan incondicionalmente prosoviética como la nuestra. Las anteriores también experimentaron la seducción del mito, pero esa seducción estaba refrenada por otros valores culturales ya consolidados, y ello explica que los más representativos intelectuales de esas generaciones comenzaran muy pronto a adoptar posiciones críticas respecto a la realidad soviética. Es la historia de no pocos de los que participaron en el Congreso de intelectuales de 1937. Las generaciones posteriores —aunque la victoria antifascista en la segunda guerra mundial revitalizó el mito soviético— encontraron pronto en su camino las dramáticas denuncias de Jruschev, que actuaron también de revulsivo para muchos comunistas de mi generación. Ciertamente es que las nuevas revoluciones del Tercer Mundo, en especial la china y la cubana, infundieron nueva vida al mito de la revolución socialista en Occidente entre jóvenes de las nuevas generaciones europeas, pero ya no era lo mismo. El gran modelo clásico había perdido su poder de fascinación. Los húngaros, los checoslovacos, los polacos, se rebelaban contra la nueva forma de opresión social y nacional. Sajarov se convertía en un símbolo de la aspiración irrenunciable a la libertad. Y ahora los economistas y sociólogos soviéticos, el mismo Gorbachov, nos describen un cuadro del sistema nacido de Octubre en el que junto con lo ya sabido —la falta de libertad— aparecen la ineficacia económica, las desigualdades sociales, la corrupción, los antagonismos entre las élites dominantes y la sociedad, el poder asfixiante de un Partido-Estado que monopoliza economía, política e ideología. La *perestroika* —que ojalá se abra paso, y en la medida de lo posible debemos contribuir a su éxito— es al mismo tiempo el definitivo certificado de defunción del gran mito.

Este hundimiento de lo que fue fundamento del compromiso del intelectual durante décadas no significa que debemos caer en la desesperanza, la indiferencia, el repliegue en lo privado o el refugio en gestos éticos o estéticos. Pero sí nos dicta la imperiosa obligación de extraer algunas lecciones de la historia. En primer lugar, una lección de humildad. No somos tan importantes ni tan clarividentes como pudimos creer en el pasado. En segundo lugar, la constatación banal de que el mundo actual es muy diferente de aquél en que se forjó históricamente la noción de compromiso del intelectual; es, sobre todo, mucho más complejo, transformado muy profundamente no sólo por las revoluciones político-sociales del siglo y sus imprevistos resultados —tan opuestos, a veces, a los ideales de liberación que proclamaban— sino por las revoluciones científicas y tecnológicas, por las revoluciones de las costumbres y los valores. Y si los grandes intelectuales de antaño se equivocaron en cuestiones cardinales a la hora de prever el desarrollo histórico y el papel de sus protagonistas, hoy corremos el mismo riesgo y tal vez más fácilmente.

En realidad vivimos una época de vertiginosa transición, en la que van entrando en crisis estructuras económicas, sistemas políticos o formas de hacer política, relaciones internacionales, tipos de organización del trabajo y de la producción, los mismos fundamentos tecnológicos y científicos de las relaciones humanas. Pero aún no se perciben con suficiente claridad los contornos de lo que está naciendo. De ahí la dificultad de teorizar nuevos paradigmas. Sin embargo, hay compromisos insoslayables para el intelectual: la crítica de todas las formas modernas de injusticia, de abusos del poder, de atentados a la libertad. Ahora

bien, teniendo presente que esa lección de humildad proporcionada por la historia debe traducirse en una exigencia de mayor rigor. Debemos huir de la crítica fácil tras la que suele esconderse la ignorancia de aquello sobre lo que se habla. La complejización del mundo actual hace más difícil el juicio fundamentado sobre multitud de aspectos económicos, políticos, militares, internacionales, y muchos otros, lo cual no debe llevar a abandonar el campo a los especialistas, pero sí a un mayor esfuerzo de conocimiento y a una mayor prudencia.

En el marco de esa dificultad tiene particular importancia la relación entre intelectuales y políticos. Unos y otros nos encontramos bajo la agobiante presión de las grandes incertidumbres que caracterizan a este fin de siglo y la evidencia de que las anteriores construcciones ideológicas no nos sirven ya para despejarlas. Pero los políticos no tienen más remedio que actuar como tales —pueden, evidentemente, tirar la toalla, pero otros les sustituirán y el problema seguirá siendo el mismo— procediendo, como se dice, de modo pragmático, por mucho que se esfuerzen, y algunos se esfuerzan, en proyectar su política en el corto plazo hacia una perspectiva de medio o largo plazo. Esfuerzo loable, pero en medio de la crisis actual y de sus incertidumbres futuras no deja de ser problemático. Por su parte los intelectuales, con análoga dificultad para atisbar el futuro, pero sin responsabilidades directas de poder, se consuelan jugando al pim-pam-pum con los políticos, que a su vez reaccionan acusando a los intelectuales, o a los medios de comunicación que les sirven de tribuna, de irresponsabilidad y demagogia. Es una guerrilla recíproca que nos ayuda poco a reducir las incertidumbres y encontrar soluciones. Sería muy conveniente para todos reemplazar la guerrilla por una colaboración crítica, sobre todo si en el poder está la izquierda, incluso si se piensa que debería estar más a la izquierda. Cuestión en sí misma difícil de dilucidar porque implica la también difícil cuestión de qué es izquierda en el mundo actual: ¿el discurso y la práctica que reproduce los tópicos anteriores o una nueva respuesta, a veces impopular, a los nuevos problemas? En todo caso, la necesidad de una nueva relación entre políticos e intelectuales parece algo muy aconsejable. Si no lo logramos estamos expuestos, concretamente en nuestro caso —en el caso español—, a que los viejos demonios, que tanto contribuyeron al fracaso de la experiencia republicana de los años treinta, resuciten y pongan en peligro esta democracia, que con todas sus imperfecciones es el único camino para avanzar hacia un futuro mejor. Si alguna lección se desprende de los cincuenta años transcurridos desde el Congreso de Valencia y, más completamente, desde los setenta años que nos separan de la revolución rusa, es que la democracia política es condición necesaria, aunque no suficiente, para la resolución de los actuales problemas de la humanidad.

Intervención en el «Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas». Valencia, 15-20 de junio de 1987.

PARADIGMA DE LA REDENCION Y PARADIGMA DEMOCRATICO EN LA POLITICA RADICAL

Ferenc Feher

análisis y debate



4

Son necesarias, en principio, dos precisiones metodológicas. En primer lugar, en tanto me ocuparé por extenso del paradigma de la *redención*, por evidentes razones de longitud solamente trataré el paradigma *democrático* desde el punto de vista de las relaciones que mantiene con el paradigma que nos ocupa. Además, bajo el epígrafe de «paradigma de la redención en la política radical», comentaré teorías políticas tanto de izquierda como de derecha. No obstante, hablo de «radicalismo conservador» solamente en tanto los conservadores han adoptado el paradigma de la redención.

La política redentora nació a finales del siglo XVIII. Entra en el *teatro mundi* personificada en el heroe a quien llamó Hegel con toda propiedad *Weltgeist zu Pferde* («el ingenio natural, o instinto, a caballo»), sobre el cual modeló Weber su principio de «legitimación carismática». Es una paradoja histórica, si bien un hecho incontestable, que ese Bonaparte eminentemente prosaico, e incluso áspe-

ramente cínico, que despreciaba a todo *idéologue* y que recelaba en lo más hondo de su corazón de las ideologías incorruptibles, se erigiera en Redentor de su tiempo y de las generaciones venideras.

Son dos los factores que abrieron camino y contribuyeron a sustantivar la repentina ascensión del paradigma redentor. El primero de ambos, que es el de alcance más reducido, fue la circunstancia, tantas veces analizada, en que la burguesía victoriosa, recién liberada de sus enemigos aristócratas y jacobinos, demostró ser incapaz de gobernar durante cinco años de política mortecina, sin garras. Las contradicciones sociales acumuladas clamaban por un Redentor, al que aquella época terminó por encontrar en la persona del legislador paternalista. Quien se había arrogado los privilegios del príncipe absoluto era, a la vez, extremadamente indulgente respecto de la codicia y la ambición propias de la burguesía; asimismo no tardó en convertirse en una especie de mítico dios, en virtud de una deslumbrante serie de triunfos en el campo de batalla. Tal es, desde Napoleón, la esencia del paradigma redentor; en virtud de un consenso tácito entre las fuerzas de la colectividad, dicho paradigma deviene invariablemente *personificado y populista*. Es evidente que, bajo el mandato del emperador, cada cual llevaba debajo del brazo un bastón de mariscal. A la postre, con todo, esa solución personalizadora, aparentemente tan sencilla y en principio tan irresistible y racional, da en ser muestra de una irracionalidad absoluta en todos y cada uno de los casos en que se manifiesta.

El segundo factor, de mayor alcance sociológico, fue *la incompleta secularización de la sociedad moderna*. Esta cuestión, junto con el primer factor, proporciona una ajustada descripción de los principales rasgos que componen el paradigma de la redención, que de esta forma se revela como algo más que una mera aproximación personal a la política, convirtiéndose en un paradigma genuino, una alternativa en liza con los otros dos paradigmas vertebrales de la modernidad: el liberal y el demócrata radical.

Este paradigma de la redención consta, así pues, de tres componentes. El primero, siguiendo a Luhmann, puede considerarse una *hiperreducción de la complejidad inherente de la modernidad*. Las colisiones que se producen dentro de la compleja red de las normas y los subsistemas sociales, colisiones que a la postre surgen prácticamente en toda coyuntura histórica, alcanzan su aparente resolución en una simple mediación —léase, la autoridad del redentor, quien, evidentemente, se arroga una racionalidad suprema. Sin embargo, la autoridad es irracional, ya que, en primer lugar, no descansa sobre la racionalidad de las tradiciones conservadoras, sino que surge de entre los residuos de una autoridad tradicional decrepita y, además, contradice el proyecto de la ilustración al colocar esa autoridad más allá de toda cuestión.

El segundo componente es un intento, renovado constantemente con o sin éxito, de *homogeneizar* la heterogeneidad intrínseca de la complejidad moderna. Durante más de dos siglos, los redentores se han enfrentado con resolución a la existencia particularizada de todos aquellos grupos ajenos a la jerarquía corporativista de la sociedad, a la autonomía individual y al pluralismo político. Condenar a la sociedad civil a un «status» político homogéneo ha sido siempre, en mayor o menor grado, el sello distintivo del paradigma de la redención, tanto en sus versiones triunfantes como en las derrotadas.

La tercera característica del paradigma de la redención estriba en que, al contrario que los paradigmas liberal o demócrata radical, no implica un conjunto de-

terminado de instituciones racionalmente previsibles. Las instituciones de la redención son distintas, según el redentor de que se trata. Tales instituciones, tal cual han sido, se desprenden de la personalidad, de las estrategias o del mero capricho del redentor en cuestión. Esta circunstancia, que nada tiene que ver con la psicología, subraya el carácter *personificador* del paradigma de la redención.

Por último, la habitual valoración del paradigma redentor que considera su faceta religiosa o pseudo-religiosa se da precisamente a partir del factor de más amplia repercusión sociológica, a saber, una modernización entendida como secularización incompleta. En el punto en que el «espíritu científico» del liberalismo fracasa en su función de satisfacer determinadas necesidades que surgen de dicha secularización incompleta, en el punto en que el paradigma demócrata carece de teoría y práctica éticas con las que suplir la fuerza aglutinante de la religión tradicional, el paradigma redentor proporciona un sustituto idóneo de la religión como factor de cohesión dentro de la sociedad.

Mientras el paradigma de la redención muere en Waterloo, su restablecimiento, sea ya de derecha o de izquierda, llegó en vísperas de la primera guerra mundial y, sobre todo, como consecuencia inmediata de la misma. El texto de Weber que lleva por título «La política como vocación» fue la primera y enfática advertencia de un fenómeno en alza y de los riesgos y peligros que traía consigo. Este texto, un verdadero clásico incluso entre estudiantes, ha llegado a ser tan conocido que no requiere una nueva interpretación desde otros puntos de vista. No obstante, debe ser tenido en cuenta en virtud de una razón menos obvia: al elaborar el concepto clave de la «política de fines elementales», Weber tenía muy presente a Gyorgy Lukács, su joven e imprevisible amigo, que por entonces experimentaba con el desarrollo de los «fundamentos metafísicos» del terrorismo revolucionario soviético y con la puesta a punto del regreso al comunismo. Este hecho arroja a la luz, con toda probabilidad, las más profundas implicaciones de las advertencias de Weber. De todos modos, así como Weber percibió el peligro y describió las actitudes pertinentes, por lo visto desconocía la causa determinante de la nueva amenaza. Lo que es más, la solución de Weber tenía su apoyatura en el autoengaño metodológico que le llevara a creer en una ciencia social desprovista de toda valoración, la cual, consiguientemente, ha demostrado su propia inadecuación.

Hemos de volver a otro sociólogo representativo, Karl Mannheim, para encontrar en la persona del muy celebrado «intelectual independiente» el *agente social* que resucita el paradigma de la redención. Allá por el *fin de siècle*, la intelligentsia había adquirido un nuevo «status» social, y una nueva conciencia acorde con él. Esta conciencia predisponía a la intelligentsia a revivir el paradigma redentor y, más aún, a dotarlo de la *formulación teórica* idónea, tarea que nadie llevó a cabo cuando apareció por vez primera el fenómeno. Es en este sentido que cabe decir, sin comprometerse con ninguna demonología de nuevo cuño, que los intelectuales independientes fueron responsables en gran medida de la corrupción de los movimientos sociales por medio del virus de su paradigma redentor.

Lo que hizo de los intelectuales independientes los depositarios naturales del paradigma de la redención fue la naturaleza dual de su emancipación. De una parte, la intelligentsia de vanguardia ya no era de ninguna forma, en los dominios del arte y la política, mero apéndice de la burguesía. De otra, los intelectuales pagaron el precio de su emancipación con la moneda del desarraigo, la miseria y la bohemia —de todo lo cual les compensaba con creces un *esprit de corps* igual-

mente novedoso. Albergaban la orgullosa convicción de ser ellos, y no las clases superiores, los legatarios de un mundo cambiante, de la redención venidera. Lo que aún es más, este desarraigo generó en los miembros de este sustrato una *sensibilidad profesional* y una apertura de miras considerable respecto de los paradigmas nuevos y radicales.

Al unirse estos intelectuales a determinados movimientos y usurpar incluso los puestos de liderazgo, denunciaban el fiasco de un *liberalismo autocomplaciente* al tiempo que expresaban una *aguda conciencia de la secularización truncada* en que se encontraban a finales de aquel «siglo de la ciencia». No puede hacerse el hincapié suficiente en la interpretación de ambas tendencias, el fracaso del liberalismo y la secularización incompleta. El siglo XIX estaba cuajado de ruidos de procedencia liberal en torno a la convicción de que el «progreso» y el «espíritu científico» eliminarían las disfunciones y cacofonías propias de la vida social. Tanta pericia sólo llegó a accionar el disparadero de la primera guerra mundial, aquella hecatombe que produjo miles de bajas. Semejante error de cálculo de proporciones monumentales, imputable por entero a la razón instrumental, arroja por saldo el suicidio de Europa occidental en tanto epicentro de la política universal por derecho propio. Los políticos liberales, que a lo largo del siglo de la ciencia se mostraron una y otra vez condescendientes para con los intelectuales en virtud de su inoperancia, resultaron ser un grupo de diletantes desesperanzados. Ello provocó, en lógica contrapartida, las mofas de los intelectuales independientes. Sin embargo, los fracasos del liberalismo hicieron salir a la palestra lo que habían sospechado y expresado incluso los románticos de la primera generación; a saber, que en tanto se hallase de todo punto incompleta la secularización, las tradicionales panaceas de la religión seguirían siendo de todo punto inadmisibles, por inapropiadas. Por tanto, había llegado el momento de un sustituto, de una religión «mundana» o, por hacer uso del término tan hábilmente acuñado por Lukács que probablemente no requiere explicación, por resultar autosuficiente, del «ateísmo religioso». Tanto con los nazis, que instituyeron el culto teutónico del Führer y que se autodenominaban *Gottesgläubige* (para diferenciarse de los cristianos cargando el acento en su devoción pagana), como con los bolcheviques, que pusieron bajo los pies de aquel seminarista de Georgia el pedestal de un nuevo dios, dotado de prerrogativas no menos divinas que las de los endiosados césares de Roma, los intelectuales o pseudo-intelectuales independientes cumplieron con las exigencias del momento histórico.

Es sumamente revelador echar un vistazo a los dos motivos que compartieron derechistas e izquierdistas en su resurrección del paradigma redentor. Desde ambas instancias se criticaba y se rechazaba a botepronto el paradigma liberal, motejándolo de banal, superficial, tedioso y, sobre todo, inauténtico, términos todos que exudan el oprobio que surge no ya de la ética, sino de una metaética existencialista y, sobre todo, de la estética. Es aquí donde se encuadra el clásico texto de Lukács, titulado «El bolchevismo como problema moral». Fue escrito pocas semanas antes de un dramático giro de los acontecimientos: el autor ingresó en las filas del comunismo en diciembre de 1918. De hecho, y por motivos *genuinamente morales*, Lukács se alineaba en el texto con la socialdemocracia; este panfleto era para él la encarnación del paradigma liberal en abierta oposición al bolchevismo. Mediante una paráfrasis de uno de los héroes de Dostoievski, Lukács afirmaba que el bolchevismo no es otra cosa que la actualización de aquella máxima diabólica según la cual todos hemos de mentirnos para alcanzar la verdad. Esta elección, sin embargo, fue tomada a fuerza de la más absoluta de las resignaciones, ya que este coloso de la intelligentsia no comprometida era plenamente

consciente de haber escogido los sinsabores que llevaba consigo la prosaica tarea de una construcción asistemática, fragmentaria. Esta reconciliación con la tristeza podría en parte explicar ese repentino giro que asombró a tantos de sus contemporáneos. El carácter estético del paradigma de la redención —rasgo, en opinión de Lukács, sumamente frívolo en los restantes aspectos de la vida— adquiere suma relevancia si consideramos la manera en que la intelligentsia valoró la situación. El mundo había de ser «recreado», y además *ex nihilo*, para que se diera el paradigma de la redención. Habían muerto los antiguos dioses, en acertada observación del Nietzsche más profético, y la materia prima de un mundo desencantado estaba corrompida. En otros términos, era preciso crear el cosmos a partir del caos. Por si fuera poco, toda esta terminología tiende a relacionar al dios con el artista endiosado, y a meter ambos en el mismo cajón de sastre. Tal como había apuntado Schlegel de no menos profética forma, el divino egoísmo del artista no difiere del endiosamiento de sí mismo.

Volvamos, pues, al dibujo morfológico de los tipos más representativos de los «creadores» y «legatarios» del paradigma de la redención. En seguida nos viene a la memoria Trotski, en tanto intelectual independiente sumamente representativo, tal vez también el de mayor envergadura. Desde luego, si fue el de personalidad más viva, en abierto contraste con Lenin, el organizador estrictamente utilitarista. Lenin fue exactamente aquello que quiso ser —*primus inter pares* en una dictadura pragmática y colectiva, pero bajo ningún concepto un redentor. Evito deliberadamente el trillado problema según el cual se trata de dilucidar si Trotski fue un «genuino» bolchevique enfrentado contra los «pervertidos», así como la cuestión, históricamente irrelevante, de qué habría podido ocurrir en la Rusia soviética de haber llegado Trotski al poder. (Estoy convencido de que el liderazgo de Trotski estaba condenado a la imposibilidad desde el primer momento, precisamente por ser él el intelectual redentor *par excellence*.) Para el aparato de organización era imposible domesticarlo, y que se le dejaron las manos libres solamente por su calidad de huésped pasajero. Nada expresa este hecho con mayor elocuencia que la escena descrita por Deutsch: *pour épater les bureaucrates*, Trotski se dedicaba a leer ostentosamente novelas francesas en el curso de las últimas sesiones del Politburó en las que tomó parte. Era, sin lugar a dudas, todo aquello que debe ser un intelectual que se considere depositario del paradigma de la redención: periodista excelente, retórico de fuste, historiador popular y brillante —*el populismo hecho carne*—. En su primera y tercera etapas fue un admirador, religioso incluso, de la muchedumbre, de las masas, agentes míticos de una mítica entidad. La Historia, con H mayúscula. Además, en tanto intelectual independiente por antonomasia, perfeccionó la capacidad profesional de su estrato social. Predijo determinados acontecimientos mucho antes de que los políticos profesionales los percibieran y, con audacia suma, *cambió de principios* cada vez que el reloj de la historia marcaba la hora. Previó que la Rusia socialdemócrata sería el nuevo epicentro de la revolución universal cuando todos sus colegas tenían aún respeto y temor de sus «mucho más avanzados camaradas del Oeste». Previó, asimismo, el peligro mortal que suponían para la revolución rusa los jacobinos rusos que merodeaban a su alrededor, de los cuales fue Trotski crítico implacable. Se percató del momento en que llegó la hora de la revolución y saltó al único vehículo desde el que era factible la acción práctica, el carro del bolchevismo. Y lo hizo no tanto por ambición (por ambicioso y teatral que indudablemente fuera), sino, sobre todo, porque había llegado la hora de la redención y porque se *consideraba el depositario del paradigma redentor*. De ahí su habilidad para cambiar de principios del modo más radical. Quien la noche anterior era archi-enemigo del jacobinismo, se despertaba al día siguiente investido de un ja-

cobinismo rabioso. En la polémica que sostuvo con Kautsky, Trotski dio voz a cierto desprecio por las mismas «masas» a que anteriormente había adorado y a las que posteriormente profesaría esa misma adoración; en esa ocasión, sin embargo, las calificó como «un conglomerado informe de animales perezosos». Este comentario le acerca más a Mussolini que a Lenin. Este último, es evidente, optó siempre por la pragmática labor del terror antes que por los excesos verbales.

Luxemburgo, con una sensibilidad punto menos que inverosímil, captó con agudeza suma este aspecto de la personalidad de Trotski. En el último capítulo de una polémica que habría de ocuparle toda la vida, acerca del modo en que los intelectuales rusos expropiaron de sus esencias a la revolución, trató a Lenin con animosidad, si bien con respeto (pues únicamente hizo lo que dijo tener intención de hacer), en tanto trató a Trotski, intelectual advenedizo del terror, con irónico desprecio. El único error de Luxemburgo, tal como se desprende del tono que utiliza, fue simplificar en exceso el carácter de Trotski, atribuyendo su repentino cambio de postura lisa y llanamente a la ambición y al oportunismo. En su última decisión en contra de los maestros que habían «traicionado» y «pervertido» una gran revolución —decisión que, a pesar de su futura irrelevancia política, lo convirtió en monumento político y moral del paradigma de la redención—, Trotski demostró a las claras haber preferido siempre la labor de la redención, en detrimento de la ambición y el poder.

En la derecha encontramos una amplia gama de paladines del paradigma de la redención; de todos ellos, un número no desdeñable proviene de una inteligencia desarraigada, y por tanto independiente. De entre ellos, Mussolini no sólo es el primero, sino también el creador consciente de la teoría del totalitarismo de Estado entendida como principio de redención de un caos vacío de dioses, de ideales, de insignias. La aguda visión de Croce había detectado ya una premonición de ello en aquel joven Mussolini, mucho antes de que un público más generalizado tuviese idea de lo que se avecinaba. Al ser elegido Mussolini líder del Partido Socialista Italiano, Croce comentó que ello suponía un triunfo más bien de Nietzsche que de Marx. No empleo aquí el vocablo «creador», en relación con Mussolini, así como así. Dado que jamás alcanzaría el grado de deificación deseado, Mussolini cogió al vuelo el invento de D'Annunzio y le dio la vuelta como se le da a un calcetín: allí donde el escritor prefascista politizaba la estética de la decadencia, el Duce, abiertamente fascista, daba un barniz esteticista a las tropas de asalto. Ello explica en parte su debilidad por la arquitectura constructivista de vanguardia, cuyo espíritu es descifrable en los magníficos óleos de De Chirico, en su idiosincrática forma de concebir la retórica. Este fue profundamente modernista; tras la fechada de una presentación al estilo hollywoodense siempre brotaba lo grotesco, la bufonada incluso.

El nacionalsocialismo alemán, por otra parte, estaba atiborrado de redentores de segunda y tercera categoría; casi todos ellos eran intelectuales o profesionales fracasados que ansiaban una redención no religiosa en una época de bancarrota total por parte de credos y doctrinas de todo jaez. Ejemplo sobresaliente es Goebbels, quien combina en su persona lo más íntimo del periodismo cínico capitalista y el fanatismo más sincero e implacable por una nueva devoción pagana. En segundo plano se encontraba este fiasco intelectual originario, todo un símbolo intelectual en sí mismo. (Gundolf había terminado por abandonar la pretensión de llegar a ser doctor en filosofía.) Caso análogo es el de Rosenberg, filósofo del nacionalsocialismo algo diletante, pero extremadamente doctrinal,

que nunca obtuvo el reconocimiento de sus colegas académicos, a quienes tanto admiraba, de quienes tanto había aprendido. Ahora bien, ascendamos algunos peldaños en la escala y contemplemos la descripción del carácter de Wagner que traza Adorno, con objeto de comprender lo que él consideraba la música fascista de Wagner. Wagner representaba, de hecho, y por derecho propio, una forma de vida genuinamente desarraigada y bohemia. Jamás estuvo en condiciones de hacer ningún trabajo por medio del cual ganarse la vida, ni tampoco tuvo jamás la más remota familiaridad con las normas más elementales de la decencia burguesa. Sin embargo, estuvo siempre imbuido del espíritu arrogante de su propia predestinación, aunado a un absoluto desprecio respecto del resto del mundo y a una veleidad tiránica de cara a sus semejantes los hombres. Esta descripción podría adecuarse punto por punto al Artista Supremo y admirador de Wagner, al propio Hitler. Después de todo, ¿no había alumbrado *ex nihilo* su propio Reich tras fracasar en calidad de intelectual independiente, y no había aupado a ese Reich suyo a alturas inaccesibles para reducirlo de nuevo a la nada, de forma que ejemplificó un modo operativo cabal a más no poder?

Si bien se da cierta vaciedad de subtipos del paradigma redentor tanto en la derecha como en la izquierda, he de ceñirme a uno que presenta implicaciones teóricas de mayor amplitud y profundidad, a saber, el *intelectual representativo*, sea a la derecha, sea a la izquierda, que en tal o cual momento percibió el advenimiento del Gran Redentor Práctico y quiso a toda costa ser su Consejero. Claro que, al encarnarse el Redentor, este tipo de intelectual se siente amargamente desilusionado por su mezquindad, y no lo oculta. Pienso en este punto, es evidente, en Lukács, en Heidegger y en Gentile, si bien con cierta reservas. En primer lugar, los papeles que desempeñaron en calidad de heraldos de los nuevos redentores no son aplicables a la totalidad de sus carreras; en segundo lugar, sus redentores, autoelegidos, no fueron idénticos respecto de los valores de cada cual; por último, sus obras filosóficas, si bien no son del todo ajenas a sus funciones de heraldos, no admiten una evaluación basada exclusivamente sobre sus apologías teóricas del Redentor.

Cada uno de los tres actualizó su rol de consejero de distinta forma, aunque todas tres fueran igualmente trágicas (o tragicómicas). La filosofía de Lukács preconizaba en primera instancia un Redentor *colectivo*, el proletariado mundial; sólo cuando remitió la pujanza de la revolución social europea decidió personificarlo en Lenin —redentor que, con todo, resultaba ya obsoleto—. Lukács profesó hacia Stalin únicamente las señales de respeto mínimas y elementales. Heidegger, en su bien conocido discurso académico, mostró cierto entusiasmo inicial por Hitler, al cual siguió un desencanto no menos conocido y una crítica impotente que desembocó en el silencio, en la adaptación a lo práctico. Ahora bien, así como Lukács y Heidegger nunca estuvieron próximos a sus redentores en persona, Gentile fue un funcionario leal de Mussolini, por más que a duras penas consiguiera disimular el desprecio que le producían los derramamientos de sangre y las diletantes improvisaciones del Duce; la muerte de Gentile, resultado de una lealtad quijotesca, está tintada sin duda de rasgos trágicos. Sin embargo, más allá de las diferencias, Lucien Goldmann comprendió el significado profundo de la historia común. El intelectual representativo de la época de entreguerras puso irónicamente en escena la sátira de uno de los sueños capitales de la Ilustración, el gobierno del sabio monarca y filósofo alicionado bajo la reposada guía de un consejero profesional.

En 1945 y en 1956, el paradigma de la redención pareció volar definitivamente hecho pedazos. Al desenmascarse la horrenda realidad que se escondía tras la

fachada operativa y los postulados del socialismo humanista, se desmoronaron primero el campo de Hitler y después el de Stalin. Para las mentalidades teóricas de aquel mundo sumido en el asombro, uno y otro campo se presentaban como el resultado directo de sendos redentores mesiánicos, «amateurs». A resultas de ello, los principios de la política pragmática parecían haberse instalado de forma irrevocable en las altas esferas; al menos, por espacio de dos décadas.

El hombre de Estado más conspicuo y más consciente desde el plano teórico de la llamada *pax americana*, Henry Kissinger, era discípulo de Metternich, aquel aristócrata escéptico de la Ilustración que a la postre se revolvió contra la Ilustración. Asimismo, Kissinger era la encarnación del espíritu pragmático y de la honda problemática que entrañaba la «política de la responsabilidad» propugnada por Weber. Un proceso análogo se dio en la vida política soviética bajo el gobierno colectivo de la *nomenklatura* que sucedió a la defenestración de Kruschev. Tal como ha señalado Zaslavsky, aquella máxima tan cargada desde el punto de vista de la ideología, «la construcción del comunismo», con Brezhnev se vio sustituida por la «way of life soviética», nacionalista, pragmática e impoluta desde un punto de vista ideológico.

No obstante, en modo alguno puede decirse que se hayan desvanecido las necesidades sociales latentes que tienden a engendrar el paradigma de la política redentora. Hace bien poco que hemos sido testigos de un avivamiento sumamente problemático de la política de la redención, tanto en la derecha como en la izquierda. En la derecha, la cruzada moralizante y evangelizante de Reagan está produciendo lógica consternación en círculos más amplios que los reductos izquierdistas. Un análisis teórico (por oposición a un análisis directamente político) no debería restringirse a los peligros tangibles o prácticos, reales o potenciales, de este último «revival». Debería, por el contrario, hacer hincapié en sus raíces, firmemente planteadas en la historia ideológica norteamericana, pues a la vez que justifican su génesis trazan los límites de su crecimiento. Lyman y Vidich han mostrado que en el pensamiento sociopolítico americano ha existido tradicionalmente una corriente de fondo religiosa y mesiánica, sólidamente asentada, que en buena parte «colorea» e incluso «determina» el paradigma pragmático dominante. A la luz de esta tradición, la política americana tuvo siempre la obligación de estar por encima de la simple artesanía, o ciencia si se quiere, libre de valores, en que consiste la habilidad de afrontar las exigencias prácticas. Hay ocasiones en las que esta corriente oculta rompe la superficie en forma de liberalismo benevolente (así, con el presidente Wilson); en otros momentos, bajo el disfraz de una moda directamente venenosa (como es el caso del McCartismo). Sin embargo, en ambas instancias es evidente el desplazamiento del paradigma de la redención hasta el primer plano del pensamiento y la acción política. Una vez más, en ambos casos, los resultados fueron catastróficos.

En tanto el celo redentor de la era Reagan parece suponer un nuevo capítulo de esta larga historia, es la propia tradición la que fija las limitaciones con las que se encuentra toda ambición redentora en la actualidad. Siempre y cuando permanezca dentro del ámbito de sus premisas cristianas tradicionales, el fundamentalismo inherente a todo neoconservadurismo evitará que se traslade hacia cualquier clase de mitología neopagana. Y en tanto sea capaz esta tradición de restringir y encorsetar el concepto de liberalismo hasta un peligroso extremo (por ejemplo, uno se pregunta, al borde de la perplejidad, a qué se refiere Jeane Kirkpatrick cuando menciona el término «democracia» y distingue entre gobiernos autoritarios y totalitarios), no podrá, por el contrario, tachar de su léxico el con-

cepto de democracia. Esto es, asimismo, un hecho social y, en la práctica, tampoco podrá eliminar ciertas instituciones fundamentales de los regímenes liberal-conservadores. No es menester decir que estos comentarios tienen por objeto señalar las constricciones de una postura, que no justificarla.

En la izquierda es posible detectar una resurrección similar, aunque no necesariamente fundamentalista, del paradigma redentor. Aquí, el principal ejemplo es la tendencia evangelizante, sintomática de los movimientos ecologistas y anti-nucleares. Sus mensajes políticos pueden caracterizarse como «redención negativa». Por una parte, ese alegato en pro del medio ambiente y de la preservación de la naturaleza implica, sin lugar a dudas, un proyecto de redención. Por otra, su carácter es claramente negativo desde el momento en que viene determinado por el enemigo, por fuerzas amenazantes, personales o impersonales. La prehistoria de esta resurrección izquierdista del paradigma redentor puede rastrearse, como mínimo, hasta la década de los sesenta. Así como los movimientos de aquel entonces no se hallaban por norma general organizados en torno al principio de la redención, e incluso tendían a oponerse a los redentores de este mundo, algunos elementos incipientes del presente «revival» comenzaron a incubarse durante aquel período. La primera oleada notable se dio en el culto que se profesó en Europa hacia la persona de Mao. Sartre, en su famoso e inquietante prefacio al libro de Fanon, en donde se auguraba la redención por medio de la violencia, fue una contribución vertebral a tal tendencia. Peter Weiss, en *Marat-Sade* —indiscutible obra maestra de la literatura—, fue otro de los promotores del paradigma de la redención. Caso de ser posible explotar una gran obra de arte en tanto documento ideológico de peso, *Marat-Sade* supone una indiscutible respuesta a *La muerte de Danton*, obra de Büchner. El drama de Büchner, furibundamente anti-jacobino y verdaderamente revolucionario, representó a mitad del siglo XIX una ruptura radical con el culto de «San Marat» el Redentor. La obra de Weiss, por contraste, en la que se describe con todo lujo de detalles el drama de la pasión y muerte del personaje, regresa al ambiente de Jean-Louis David, en cuyo cuadro aparece Marat como un Cristo exangüe.

Las causas de esta reactivación del paradigma de la redención, tanto en el seno de la derecha como en el de la izquierda, así como la amenaza que lleva implícita, no son particularmente difíciles de entender. Sus elementos constituyentes son la depresión del capitalismo más duradera de cuantas ha sufrido, el fracaso absoluto de la política global, junto con la necesidad objetiva de soluciones globales, la pérdida de una perspectiva socialista auténtica, la subsecuente desintegración de una política de partido, y la aparición de grupos marginados pero dotados de peso específico en la sociedad, tales como la juventud en paro y los intelectuales desplazados. Son estos elementos los que aportan los «medios naturales» que conducen a la reaparición del paradigma redentor en la derecha y en la izquierda; hoy comienzan a notarse las primeras consecuencias políticas. Así como la resurrección derechista del paradigma de la redención consiste en una intensificación propia del ambiente de la guerra fría, la resurrección por parte de la izquierda implica una reestalinización. Dado que ambas instancias dependen de la interacción de diversas condiciones socioeconómicas de notoria importancia, el ineludible problema, de índole cultural por cierto, estriba en los obstáculos interpuestos ante la creciente secularización de la sociedad moderna. Por más que yo defienda dicha secularización, he de hacer notar que las perspectivas de cualquier secularización han experimentado una drástica transformación desde los tiempos de Marx. Hoy por hoy, comprobamos que la muerte de los antiguos dioses no abunda necesariamente en beneficio de la libertad, ni vino tampoco a po-

ner punto final a la alienación. Esta constatación resulta ser particularmente cierta si la emancipación se produce de forma violenta y trae además consigo la deificación de determinadas fuerzas mesiánicas, sean individuales o colectivas. No obstante, la expulsión radical de todos los redentores y los dioses suplentes de este mundo fuera del terreno de la política —en tanto quede reservado cierto lugar a las creencias y la religión, sin transformar la política en algo pseudo-religioso— pertenece todavía a lo que desde mi punto de vista puede calificarse de perspectiva racional y emancipatoria del proceso de secularización progresiva en que se halla inmersa la modernidad.

Dos factores en estrecha relación han conducido a la apreciación del paradigma demócrata-radical por parte de la izquierda occidental. El primero es el entendimiento de la distinción existente entre el modelo liberal y el modelo demócrata, distinción que por fuerza hubo de permanecer oculta en tanto en cuanto la izquierda contemplase la democracia como fenómeno insignificante de corte superestructural. El segundo, además *conditio sine qua non*, llega implícito en esta última cláusula: el desembarco de la izquierda en la democracia, que sigue siendo un proceso lento y desigual. Por desgracia, no nos es posible aducir aquí un análisis detallado de los modelos, problema exacerbado más aún, si se quiere, por las significativas diferencias que se dan entre las concepciones americana y europea del liberalismo. Sin embargo, y aún dentro de nuestras limitaciones, es posible bosquejar *a grosso modo* el perfil de lo que entiendo por paradigma democrático.

El punto de partida del paradigma democrático, en contraste con la dicotomía que se da entre la esfera pública y la esfera privada propia del liberalismo, es el *status tripartito de la persona*, inserta en un nuevo marco social. En el primer «status» se considera a la persona, aunque pueda formar parte de cualesquiera asociaciones, desgajada de ellas. Más aún: la persona disfruta, por encima de un derecho de voto que no se halla restringido por obstáculos legales ni pragmáticos, de un acceso libre a los medios en que puede desarrollar y articular sus opciones políticas. En el segundo «status», en calidad de *persona política*, actúa como miembro de un cuerpo común: elige, sostiene y modifica determinadas instituciones de un *sistema democrático directo*. Los eventuales conflictos que puedan darse entre ambos subsistemas no adquieren la categoría de disfunciones, sino que actúan por fuerza como correlatos de esta concepción, que admite lo inevitable de la conflictividad social como parte constituyente de cualquier sistema político; no se trata, por tanto, de una teoría de la «sociedad garantizada». En el tercer «status», la persona actúa como *miembro del cuerpo social*, dentro del cual funciona como unidad de propiedad colectiva, y es copropietaria.

Estos tres «status» articulan los dominios de lo público y lo privado de forma tal que desaparece cualquier similitud con la dicotomía liberal. El dominio público, entendido en los términos que se dan en el primer y el segundo «status», se divide a su vez en otros dos campos. Comprenden éstos el lugar de la representación y de la democracia directa (instituciones, modos de comportamiento político, canales de expresión). El dominio privado se divide, asimismo, en dos subdominios: en la esfera privada, *sensu stricto*, se encuentra la persona en calidad de copropietario de una propiedad colectiva, es decir, como ente comunitario pero no obligatoriamente político; y en la segunda esfera, la esfera de lo íntimo, se encuentra la persona como sujeto de una serie de deberes, que declara sus predilecciones en calidad de miembro de la familia y partícipe de asociaciones religiosas o sociales (que no necesariamente tienen carácter político). A este modelo subdivi-

dido, pero a la postre perfectamente integrado —que no presupone en sí mismo la terminación del conflicto—, lo llamo paradigma democrático o radical-democrático.

La teoría de la democracia que debemos a Arendt fue probablemente la primera formulación teórica y audaz de este paradigma. Arendt contó con un importante predecesor: Rosa Luxemburgo. Este vínculo revela que el ensayo de Arendt dedicara a Luxemburgo es mucho más que un mero homenaje a una personalidad trágica. Luxemburgo se formó sobre la tradición marxista del agotamiento del Estado y de la dictadura del proletariado. De todos modos, cuando en medio del torbellino de las grandes revoluciones ella ponderó «los objetivos del proletariado», llegó a la conclusión de que el objetivo de la revolución debía combinar formas de democracia parlamentarias y extraparlamentarias, en vez de la clásica confiscación de las libertades propia del jacobismo. Por desgracia, en ningún momento llegó a dotar a esta crucial intuición de una adecuada fundamentación teórica. No obstante, bajo el epígrafe «extraparlamentario» Luxemburgo incluía formas democráticas institucionales y no institucionales (asambleas y movimientos semejantes).

La teoría de la democracia que ha delineado Arendt, inspirada en la tradición americana, parte de este punto. Sus rasgos principales son los siguientes: en primer lugar, Arendt hace hincapié en la *desmitificación de la teoría política*. Es difícil imaginar un enemigo del paradigma de la redención más firme y convencido que Arendt. Aquella famosa intuición suya, según la cual «lo malo es banal», fue concebida precisamente dentro de este espíritu. Era tan vehemente la pasión que le enfrentaba a redentores y antiredentores (y, en definitiva, Cristo y anti-Cristo pertenecen a la misma escuela de pensamiento), que, lisa y llanamente, interpretó mal a Eichmann. Le tomó por colega estúpido en vez del redentor negativo que era «rey» en el Budapest de 1944. El era un «purista» en abierto contraste, e incluso en oposición y sin ambages, a sus superiores, que por entonces negociaban con el enemigo a la desesperada, con el fin de salvar el pellejo y el botín. Sea como fuere, es preciso prestar atención a la advertencia de Arendt: mientras sean necesarios la acción política y los principios de este mundo —es decir, no basta el pragmatismo—, no deben tolerarse bajo ningún concepto las imágenes de los salvadores y los demonios. A la verdadera emancipación sólo servirá una política de la que se hayan expurgado estas imágenes trascendentales. En segundo lugar, Arendt estaba convencida de que la idea marxista según la cual sería preciso abolir la esfera política, no solamente se enfrenta con dificultades técnicas insuperables en la modernidad, sino que incluso es en principio indeseable. Para ella, la actividad política constante es por sí misma un valor; al igual que en Castoriadis, la antigua virtud republicana —actitud hostil y extremadamente cautelosa respecto de todos los «redentores»— retorna a la teoría democrática limpia de despojos, naturalizada. Por último, Arendt emplaza las *formas directas* de la democracia, desde la ciudadanía americana hasta las asambleas francesa, rusa y húngara, en lo más elevado de su concepción, sin dejar de atender a los problemas teóricos del proceso que se da en la política de partido.

Surge ahora una segunda versión del paradigma radical democrático en la cual el capitalismo, la industrialización y el proceso político que conduce a la democracia son concebidos dentro de una *lógica distintiva de la modernidad*. En la actualidad, esta versión es más una promesa que una teoría concluida. Sin embargo, no cabe duda de que estamos ante una teoría política *decididamente inmanente*, que cuenta con cierta posibilidad de llegar a ser una teoría concluida. Al no

reconocer ninguna autoridad que no sea la del discurso racional entendido como «el proceso justo de legislación», contiene un explícito rechazo de todas las versiones del paradigma redentor. De acuerdo con esta concepción, los seres humanos serían autores de todas las normas y las leyes que obedecen, y no obedecerían a ninguna autoridad que no hubiese sido creada por ellos. Además, esta teoría implica, al menos a nivel teórico, una solución democrática a la trascendencia del capitalismo. Si bien es heredera de la teoría liberal que mantenía explícita o implícitamente que el hombre no es libre a menos que tenga una propiedad, proyecta una universalización de este postulado. *Todos hemos de llegar a ser propietarios* de las condiciones de la reproducción humana, al menos en ciertos aspectos esenciales. De ahí que siga una concepción del socialismo como democracia participativa, una utopía como puede serlo el principio regulador kantiano, que no tolera redentores ni redención alguna en su territorio.

Son múltiples las dificultades inherentes al rechazo del paradigma de la redención. Sobre todo, este rechazo postula una autocrítica radical por parte de los creadores intelectuales y de los que se erijen por decisión propia en recipendarios del proyecto. Esto es siempre algo doloroso. Sin embargo, la historia política reciente alienta ciertas esperanzas que es preciso adjudicar a la actividad del KOR, la magnífica iniciativa de los intelectuales polacos cuya actividad se desarrolló durante más de un lustro en la década de los sesenta, hasta desembocar en el nacimiento de Solidaridad. Sea cual fuere su actual visión del mundo, los fundadores y los militantes del KOR suscribieron el paradigma radical democrático desde el momento en que ofrecieron a los obreros polacos su capacidad intelectual en calidad de *servicio social*, y no como un gesto mesiánico. Su hazaña, heroica, sí, pero nada pretenciosa, debería servir de fuente de inspiración para toda filosofía política ulterior.

Traducción: Miguel Martínez-Lage

LA CRISIS DE LA IZQUIERDA

Vicent Garcés

análisis y debate



5

Algunas consideraciones teóricas

«El socialismo ha muerto. La palabra está en todas partes, en los programas electorales, en el nombre de partidos y hasta de Estados, pero es un nombre vacío de contenido.»

Así se expresa el sociólogo francés Alain Touraine en su obra *El post-socialismo*. Touraine trata de demostrar que la ideología socialista aprisiona la idea de lucha de clases identificándola con la forma que ésta ha tomado en la sociedad industrial. El socialismo habría sido la teoría del movimiento obrero y éste, en la nueva sociedad posindustrial en la que vivimos, ya no representaría a los nuevos movimientos sociales. «El siglo del socialismo ha terminado; el decenio de la contra-cultura también. Ahora hace falta ocuparse de lo esencial, de la formación de nuevos movimientos sociales que atacan la tecnocracia, nueva clase di-

rigente, y proponen otro modo de utilización social del conocimiento, que constituye la principal fuerza de producción. La grandeza del movimiento de Mayo consiste en haber percibido por primera vez el nuevo campo de batalla y haber librado los primeros combates, aún si desarrollaba al mismo tiempo batallas de retaguardia. Los antinucleares son los herederos directos de Mayo 68; el movimiento feminista y los movimientos regionales o nacionales llevan también en su interior esa lucha antitecnocrática que define el nuevo movimiento social». Para Touraine, así como para muchos otros intelectuales y dirigentes políticos, el desarrollo del modo de producción capitalista hasta alcanzar los niveles de la actual revolución científico-técnica implica la desaparición del motor social del cambio que era, según esta hipótesis, la clase obrera industrial. Y en esa misma medida, el socialismo como proyecto de sociedad emancipada se desvanece para ser sustituido por otras perspectivas, imprecisas hoy por hoy, pero en todo caso no anticapitalistas, puesto que este mismo sistema habría sido superado, o estaría en trance de serlo, por la fuerza de las nuevas tecnologías incorporadas al sistema de producción dominante a escala mundial.

De la capacidad o no para entender y asimilar el fenómeno descrito se deriva una parte importante de la crisis de la izquierda, según estos pensadores.

Para otros analistas, la crisis del pensamiento de izquierda se deriva de la crisis del marxismo inducida por la crisis del movimiento obrero. Durante los últimos veinte años se habría roto el hilo conductor existente entre desarrollo de las fuerzas productivas y desarrollo de las contradicciones de clase. Esto no significa que las contradicciones internas del capitalismo hayan desaparecido. Todo lo contrario, jamás esas contradicciones han sido más espectaculares.

Pero el capitalismo habría aprendido a dominar la no-solución de sus problemas. Problemas que serán insolubles en tanto en cuanto el modo, las fuerzas y las relaciones de producción no hayan cambiado de naturaleza.

Y aquí se encontraría el problema de fondo de la crisis del marxismo. Para André Gorz, en su obra *Adios al proletariado*, el desarrollo de las fuerzas productivas no ha engendrado la base material del socialismo. Según Gorz, «el desarrollo del capitalismo ha producido una clase obrera que, en su mayoría, no es capaz de adueñarse de los medios de producción y, en consecuencia, los intereses directamente conscientes no concuerdan con una racionalidad socialista». Es decir, el capitalismo habría hecho nacer una clase obrera cuyos intereses, capacidades y cualificaciones están en función de las fuerzas productivas, siendo estas últimas funcionales únicamente respecto a la racionalidad capitalista. En consecuencia, concluye Gorz, «la superación del capitalismo, su negación en nombre de una racionalidad diferente, no puede provenir sino de capas que representen o prefiguren la disolución de todas las clases, incluida la propia clase obrera». Según este razonamiento, al desaparecer el obrero profesional polivalente como posible sujeto de un trabajo productivo, y, en esa medida, sujeto posible de la transformación revolucionaria de las relaciones sociales, habría desaparecido también la clase capaz de realizar el proyecto socialista en la práctica de las cosas. En el límite de su análisis, André Gorz afirma que «ya no se trata de saber hacia dónde vamos ni de coincidir con las leyes inmanentes del desarrollo histórico. No vamos a ninguna parte. La Historia no tiene sentido. No hay nada que esperar de ella y tampoco hay nada que sacrificarle... A partir de este instante, se trata al contrario de saber lo que deseamos nosotros. La lógica del Capital nos ha conducido a la frontera de la liberación. Pero esa frontera no será franqueada más que por una

ruptura que reemplace la racionalidad productivista por una racionalidad diferente. Y esa ruptura no puede venir más que de los propios individuos. El reino de la libertad nunca será el resultado de procesos materiales: sólo puede ser instaurado por el acto fundacional de la libertad que, reivindicándose como subjetividad absoluta, se constituye ella misma como fin supremo en cada individuo. Sólo la no-clase de los no-productores es capaz de este acto fundacional; pues sólo ella encarna a la vez el más allá del productivismo, el rechazo de la ética de la acumulación y la disolución de todas las clases.»

En última instancia, tanto Touraine como Gorz expresan la misma preocupación. El uno habla del postsocialismo, el otro de ir más allá del socialismo.

Ambos comparten la imposibilidad de realizar el socialismo en Europa a partir de la desaparición o transformación del sujeto revolucionario capaz de superar el modo de producción capitalista y construir el socialismo: la clase obrera. Y entendiendo ésta como el conjunto de trabajadores de la industria clásica, o como el proletariado en el sentido tradicional, decimonónico, del término.

En realidad por esta vía no vamos a ninguna parte. Todo el siglo XX, e incluso la segunda mitad del XIX, está recorrido por la tensión dialéctica, teórica y práctica, entre el proyecto socialista entendido como transformación radical, superación del modo de producción capitalista, y el proyecto socialista entendido como desarrollo progresivo del sistema económico social dominante en cada etapa de la evolución de la sociedad.

Touraine, Gorz y tantos otros resuelven esta tensión en la Europa de nuestros días mediante la negación del sujeto, pretendidamente único, de la revolución socialista: la clase obrera industrial, el proletariado. Esta reducción simplista del pensamiento socialista en cuanto a los agentes transformadores de la sociedad capitalista contemporánea va acompañada, naturalmente, de la imposibilidad de negar la existencia de fuertes conflictos económicos, políticos, culturales y sociales en las sociedades industrializadas o de capitalismo avanzado. Conflictos en el interior de cada país y también entre ellos y en relación con la potencia hegemónica capitalista. Estos conflictos, producto de las nuevas contradicciones generadas por el sistema en su evolución, estarían vehiculizados por los nuevos movimientos sociales o por la clase de los no-productores, en una nueva perspectiva postsocialista o más allá del socialismo. En Europa occidental, de esta manera, habríamos pasado de la sociedad capitalista objeto de análisis y de acción del movimiento obrero desde sus orígenes en la perspectiva del socialismo, a una nueva sociedad, la de la revolución científico-técnica, que ya no exigiría la transformación socialista para superar los fundamentos de irracionalidad, injusticia social, explotación y violencia que son propios del modo de producción capitalista en su lógica interna, nacional e internacional.

La crisis del pensamiento y la práctica de la izquierda europea —y española, por tanto— reflejaría la ya prolongada incapacidad de una parte de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero para asimilar esta nueva realidad emergente. Frente a otra parte que habiendo asumido ya esta nueva realidad, se esfuerza en encontrar las nuevas soluciones. Soluciones éstas que, desde luego, nada tienen que ver con los objetivos y medios para conseguirlos que el pensamiento y la práctica socialista clásico, y contemporáneo, han diseñado o tratan de diseñar.

Roberto Dorado, en el este año celebrado «III Encuentro sobre el futuro del socialismo», formula como objetivo básico del socialismo el siguiente: «La permanente profundización de la democracia, junto con la mayor libertad humana (tanto en su vertiente existencial como en lo que se refiere al dominio de la naturaleza) con un mayor bienestar.»

Este objetivo básico, así formulado, difícilmente sería negado por cualquier escuela moderna de pensamiento. Incluso, en abstracto, puede ser asumido por el propio pensamiento de derechas. Y más aún, si se concreta, tal y como hace Dorado en la negación de las nacionalizaciones como objetivo («hoy a lo sumo serían un instrumento estratégico, cuya utilización depende de las necesidades de la situación concreta y de los efectos que produzcan en cada caso»), y la afirmación de la democracia representativa como un fin en sí mismo («un objetivo permanente, que se justifica por sí mismo»).

A esta situación, límite por sus alcances, lleva el intento analítico de reducir el pensamiento y la práctica socialista a un esquema, a un dogma, a una receta, que la historia y el desarrollo del capitalismo habrían negado. Cuando nada más lejos del pensamiento socialista que la inmovilidad, la simplificación, el dogma o la receta. Todo el esfuerzo del pensamiento socialista europeo de nuestra época se ha centrado, con mayor o menor éxito —tal como corresponde a la envergadura del desafío—, en encontrar las respuestas adecuadas, sin duda complejas, a los graves problemas que plantea a la humanidad en nuestros días el desarrollo del capitalismo y su dialéctica de confrontación con los llamados «Tercer Mundo» y «bloque socialista».

No es fácil ofrecer respuestas estereotipadas, desde la perspectiva de nuestros días, a preguntas como: ¿es posible y necesaria la vía democrática al socialismo?, ¿es posible y necesaria la desaparición de los bloques político-militares en el mundo de hoy?, ¿es posible y necesaria la construcción de una Europa socialista, no enfrentada al actual «bloque socialista» y no dominada por los EE.UU.?, ¿es posible y necesario enfrentar la crisis económica que vive hoy España, dentro de la crisis mundial, en la perspectiva de crear condiciones para la construcción de una sociedad socialista y no para todo lo contrario?

Pero seguro que estas preguntas no tienen sino una respuesta negativa si se acepta la línea analítica de los que argumentan que el socialismo ha muerto, o dicho de otra manera, que el objetivo del socialismo es la profundización de la democracia, la libertad y el bienestar sin afirmar, simultáneamente, las mediaciones instrumentales y los contenidos concretos de ese objetivo y, en cambio, negar los medios para alcanzarlo.

Alfonso Guerra planteaba hace un año las siguientes preguntas y respuestas: ¿cómo podemos actuar para avanzar hacia una situación —fuere cual fuere— en donde se garanticen los principios y los valores democráticos que han hecho posible la libertad, una cierta igualdad y una cierta dignidad humana? ¿Qué hacer para conseguirlo ante tantas perspectivas plenas de cambios y de interrogantes? ¿Qué hacer? Mi respuesta concreta, concretísima es: no lo sé. Esta actitud, poéticamente tan rica como la expresada por Dorado citando a Rilke, «creo en todo lo nunca dicho aún», no nos debe conducir a la aceptación de lo existente como lo menos malo, y en esa medida a la negación de la perspectiva socialista de transformación de la sociedad.

A finales del siglo XX y en el contexto europeo, ninguna dirección de una organización política socialista puede actuar en base a la existencia de *un modelo* de sociedad socialista hacia el que se debería avanzar por un camino ya recorrido por otros pueblos. Esta constatación no afirma la imposibilidad de avanzar hacia el socialismo, entendiendo éste como el estadio de desarrollo de la sociedad que permite el progreso de la humanidad en condiciones de libertad, justicia e igualdad.

Roberto Dorado sugiere que «hay que proceder a una depuración de los elementos ideológicos con los que hasta ahora nos hemos desenvuelto y retirar de la circulación aquellos que se han demostrado erróneos o que han sido superados». Afirmación en la que todos podemos coincidir, pero que difícilmente se puede compartir cuando a continuación se señala: «a) se parte de un modelo cerrado y finalista como consecuencia de una cosmovisión, probablemente derivada de un concepto judeo-cristiano; b) se conciben las relaciones sociales de forma estática, y c) de lo anterior deriva un modelo de roles sociales estáticos».

Primero se identifican elementos ideológicamente rechazables con una visión esquemática y reduccionista del proyecto socialista. Después se acepta el modo de producción existente como el menos malo y, por último, se practica una política neoliberal y perfectamente respetuosa con los poderes establecidos. Como resultado se obtiene la debilidad creciente del movimiento obrero y popular que observa, perplejo, cómo las organizaciones que deberían, teóricamente, sentar bases para el cambio social real y progresivo, se anquilosan, cuando no se fragmentan, en el seno de las instancias de gobierno que deberían servir no para desviar y frenar el impulso de cambio, sino para favorecerlo.

Desde los años 1917-21 los socialistas europeos vienen tratando de distanciarse de la práctica política y económica que se ha desarrollado en la URSS, primero, y después en la Europa oriental. Pero ello sin renunciar a la definición anticapitalista del socialismo. Desde mucho antes, desde el siglo pasado, en el seno del movimiento socialista se ha desarrollado una corriente de pensamiento que ha defendido como posible la construcción del socialismo por la vía democrática. Reducir el esfuerzo teórico-práctico de más de cien años de lucha por el socialismo en distintas partes del mundo a un simple esquema maniqueo a rechazar globalmente, para ser sustituido por el vacío aparente de la duda como método, pero en realidad vacío repleto de soluciones propias de organizaciones no socialistas, conduce a la frustración de grandes sectores de las fuerzas populares, a su debilitamiento como alternativa social y a su permanente división.

Nicos Poulantzas señalaba la necesidad de aceptar la idea de «una tensión estructural necesaria, a crear, entre partidos y movimientos sociales», y añadía: «es preciso acostumbrarse a pensar que pueden existir espacios de libertad para nuevos proyectos colectivos, para la expresión de nuevas subjetividades que escapan a la política, a ciertos límites de la política». Con esta idea Poulantzas sembraba la duda sobre el partido como instancia de la globalidad, e iniciaba el desarrollo de unos conceptos clave para el futuro del socialismo al afirmar que «ninguna clase por sí misma, en función de su propia naturaleza, no está destinada a garantizar las libertades si no existe un proyecto consciente que intervenga en ese sentido. Es preciso examinar sin mitos ni resistencias la estratificación, las divisiones internas de la clase obrera, su gran complejidad. Ella tiene necesidad de las instituciones democráticas no sólo para defenderse de sus «enemigos» sino para «defenderse de ella misma», en el momento en que ejerza el poder político. Com-

prender esto es capital para no subestimar el inmenso trabajo de inventiva necesario para elaborar una teoría política democrática de transición al socialismo».

Necesidad de elaborar una teoría política democrática de transición al socialismo. He aquí un nuevo factor de crisis de la izquierda europea que había congelado el camino al socialismo en la «dictadura del proletariado». Eurocomunistas y socialistas se encontraban con la misma necesidad, los primeros tras rechazar la dictadura del proletariado como estadio necesario de la transición al socialismo, y los segundos tras fracasar en la construcción de una sociedad no capitalista en los países europeos en los que los socialistas habían accedido al Gobierno.

Fernando Claudín, en *Eurocomunismo y socialismo*, afirmaba en 1977 que en los países capitalistas desarrollados la alternativa socialista a la crisis del capitalismo ha madurado objetivamente porque se dan dos condiciones básicas interdependientes que hacen posible la vía democrática: 1.º) la existencia de una gran mayoría de la población que está en condiciones de necesitar y comprender un proyecto de transformación socialista, y 2.º) un elevado nivel de socialización de la producción y de las necesidades humanas, que reclaman objetivamente gestión colectiva y planificación. Pero, añade Claudín, «estas dos poderosas condiciones objetivas no conducen automáticamente al socialismo. La salida socialista exige que la mayoría objetivamente interesada por el socialismo se transforme en mayoría subjetivamente dispuesta a luchar por su realización. Para lo cual no es suficiente, aunque sí necesario, que exprese su voluntad histórica, que las clases dominantes nunca se inclinarán voluntariamente ante él si implica un peligro real para sus posiciones. Son antidemocráticas por naturaleza. Por eso la mayoría electoral tiene que ser, al mismo tiempo, una fuerza orgánica y no atomizada. Un bloque sociopolítico organizado, estructurado, unido por un programa y una estrategia, capaz de la acción que en cada momento impongan las circunstancias».

El pensamiento político de la izquierda europea, según Poulantzas, debía incorporar otras dos condiciones para hacer posible la transición al socialismo: 1) la movilización de las masas organizadas automáticamente en relación con los partidos y sindicatos tradicionales, y actuando tanto dentro como fuera del aparato de Estado. El desarrollo de las luchas y de los movimientos sociales es una condición necesaria para modificar las relaciones de fuerza entre las clases, en la sociedad y en el Estado, y 2) que el movimiento de masas evite toda política de confrontación global con el Gobierno de izquierda.

La dificultad de los partidos de izquierda para poner en práctica esta dialéctica compleja entre movimiento de masas y poder de Estado, dialéctica que constituye la transición al socialismo en Europa occidental, es un factor más de crisis de las organizaciones y del pensamiento de la izquierda europea. En efecto, la vía político-institucional al socialismo reposa sobre fundamentos muy distintos, tiene una lógica de desarrollo diferente a la vía insurreccional o a la vía armada. Y, asimismo, tiene unas consecuencias políticas igualmente contrapuestas. Son varios los factores que, de forma acumulativa, requiere la vía político institucional al socialismo:

- 1) un nivel relativamente alto de desarrollo del modo capitalista de producción;
- 2) un movimiento obrero con alto nivel de unidad y cohesión interna;

3) la coalición en torno de la clase obrera de vastos sectores sociales populares, unidos por el interés común de construir un sistema socialista;

4) existencia de un sistema sociopolítico de elevada democratización interna, un régimen de amplias libertades, pluralista, garantizado por un Estado de Derecho con instituciones sólidas.

Analizar, comprender y practicar toda esta compleja serie de factores acumulativos que puede abrir la vía democrática al socialismo en la Europa de nuestros días es el compromiso, y la dificultad, de la izquierda europea y española. No es suficiente el acceso al Gobierno de un Presidente o un partido de izquierdas. Este solo factor, sin el apoyo de una amplia movilización de masas en torno a un programa orientado hacia un horizonte socialista, y sin el acuerdo de amplios sectores populares en torno a concretos objetivos políticos, sociales y económicos, no tiene otro destino más que el de gestionar el sistema tal cual es, en espera de la lógica alternancia política en el Gobierno.

Por otra parte, y enlazando con las tesis de Touraine y Gorz, expuestas inicialmente, es evidente que las condiciones señaladas como necesarias para avanzar hacia el socialismo en libertad, democracia y pluralismo se contraponen con la idea de que el socialismo ha muerto. En esta contraposición, expresada en términos de organización política, en términos de programa de acción y en términos de objetivos a alcanzar, se resume el factor fundamental de crisis en el pensamiento y en la acción de la izquierda europea en nuestros días. También intervienen otros factores que, para Jean Ziegler, explican el progresivo descalabro del movimiento obrero europeo. Son: 1) la inmensa riqueza acumulada en el centro del sistema capitalista mundial permite que las clases dominantes de los Estados industriales accedan a una posición de monopolio en casi todos los sectores económicos mundiales. Desde esta posición proceden a una acumulación cada vez más rápida de la plusvalía, sobre todo en los países del Tercer Mundo. Esta les permite ceder parte del botín acumulado a los trabajadores del centro. La sobreexplotación del Tercer Mundo comienza a ser de interés para todas las clases sociales metropolitanas. Se puede decir que gracias a la explotación de las materias primas y de los hombres del Tercer Mundo, no sólo el capital sino también los trabajadores europeos han accedido a un relativo bienestar; 2) la potencia económica de las clases dominantes de los Estados industriales ha permitido a esas clases aceptar una relativa democratización de los asuntos de Estado. Los trabajadores y sus familias han accedido a la Seguridad Social, a la cultura y a una fracción del poder político. Defendiendo el actual Estado, los trabajadores defienden su relativa seguridad, y 3) hasta 1960 los pueblos luchaban contra la dominación colonial, contra la ocupación extranjera de su territorio. El movimiento obrero europeo era solidario de esa lucha anticolonial. Hoy aquellos países son formalmente independientes y piden la abolición del monopolio de la tecnología, la revalorización de la relación de intercambio, la modificación de la actual división internacional del trabajo. Es decir, se exige la supresión voluntaria de un orden mundial que está en la base del bienestar de las sociedades desarrolladas.

La suma de tales factores hace que la solidaridad como elemento histórico vertebrador de la conciencia del movimiento obrero internacional, en la Europa de hoy, esté muy deteriorada en relación con las luchas de los pueblos del resto del mundo.



siglo veintiuno de españa
editores, s. a.

NOVEDADES JUNIO 1987

- Abercrombie, N.; Hill, S. y Turner, B. S.**—*La tesis de la ideología dominante*, 256 pp., 1.250 ptas.
- Atienza Hernández, I.**—*Aristocracia, poder y riqueza en la España moderna. La Casa de Osuna, siglos XV-XIX*, 464 pp., 1.500 ptas.
- Foucault, M.**—*Historia de la sexualidad. 2. El uso de los placeres*, 240 pp., 600 ptas.
- García Delgado, J. L. (comp.)**—*La II República española. El primer bienio*, 448 pp., 1.575 ptas.
- Gauron, A. y Billaudot, B.**—*Crecimiento y crisis. Hacia un nuevo crecimiento*, 232 pp., 950 ptas.
- Le Goff, J. (comp.)**—*Herejías y sociedades en la Europa preindustrial, siglos XI-XVIII*, 384 pp., 2.000 ptas. (Coedición con el Ministerio de Educación y Ciencia.)
- Moore, K.**—*Los de la calle. Un estudio sobre los chuetas*, 224 pp., 1.050 ptas.
- Picó, J.**—*Teorías sobre el Estado del Bienestar*, 164 pp., 625 ptas.
- Rappaport, R. A.**—*Cerdos para los antepasados. El ritual en la ecología de un pueblo en Nueva Guinea*, 376 pp., 2.400 ptas.

Solicite catálogo e información

Nuestras obras están a la venta en las mejores librerías

SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.

Calle Plaza, 5 - 28043 Madrid - Teléfs. 759 48 09 - 759 49 18 - 759 45 57

EL DESTINO POLITICO DEL CATOLICISMO LIBERAL

Reyes Mate

análisis y debate



6

Sobre el catolicismo liberal se ha dicho todo. Que no ha existido, como afirman Gómez Molleda ¹ y Cuenca Toribio ², en tesis que comparte J. L. López Aranguren ³. Otros, sin embargo, lo dan por hecho, tal el historiador José Antonio Maravall ⁴ o José Luis Abellán ⁵, aunque ambos se refieran a fenómenos distintos.

La variedad de posiciones responde a las distintas concepciones de lo que se entiende por liberalismo, por cristianismo y por el precipitado de ambos. Así, mientras unos colocan a Balmes entre los enemigos del liberalismo ⁵ otros le entienden como un legítimo representante ⁶. Tampoco le es fácil al historiador asentarse en el concepto de ortodoxia para señalar la línea divisoria entre católicos liberales y no-católicos liberales. En efecto, si no falta quien, adoptando de algún modo el punto de vista de los tradicionalistas, niega el carácter de católicos

a hombres de la Institución Libre de la Enseñanza, como Gumersindo de Azcárate, habría que recordarle que con el Concilio Vaticano I en la mano tan heterodoxos o más que ellos eran los tradicionalistas donosianos, y, sin embargo, nadie les niega el calificativo de católicos aunque se les apostille integristas.

Ante una situación tan fluida no se puede dar por sobreentendido ningún término y se impone, por el contrario, un propio pronunciamiento y clarificación de cada concepto.

En aras de la brevedad que imponen las circunstancias, y con el deseo de llegar rápidamente a lo que me parecen aspectos sustanciales del debate, me voy a permitir partir del planteamiento lúcido y enjundioso que ofrece José Antonio Maravall en su trabajo «Sobre los orígenes y sentidos del catolicismo liberal en España».

El profesor Maravall distingue entre liberalismo y catolicismo liberal para poder expresar con ello dos fenómenos distintos. El liberalismo católico es un fenómeno europeo (y ya se sabe que cuando aquí hablamos de Europa nos referimos a lo otro, lo que no es España), es decir, es un producto de países que ya han avanzado por el camino de las democracias liberales. Estos Estados que se entienden a sí mismos como emancipados de la tutela religiosa son vistos por las instituciones católicas como «laicos» y como tales usurpadores de algo que no les es debido.

El liberalismo católico comparte con el catolicismo oficial su crítica fundamental al Estado liberal, pero estima que la defensa más eficaz de la religión se produce aceptando los mecanismos constitucionales y el juego político pluralista del liberalismo. Característico, pues, de este planteamiento es: a) que se da en Estados laicos donde la religión es asunto privado; b) no se acepta la tesis del liberalismo ni la tradición liberal como bien; c) por pragmatismo se aceptan las reglas del Estado liberal como medio de defender los propios intereses y también con el fin de limitar en lo posible el campo del liberalismo político, y d) el catolicismo de estos liberales es tradicional y sólo novedoso en un aspecto: el ultramontanismo.

El catolicismo liberal, por el contrario, es un fenómeno que se da en un contexto político de cristiandad, pero promovido por cristianos críticos cuya interpretación del cristianismo sitúa a éste en las raíces del liberalismo. Se trata de un planteamiento, ya conocido en la historia de la Iglesia —por ejemplo, en la Guerra de las Investiduras—, en el que se propugna una diferenciación entre el campo religioso y el campo político desde la argumentación propiamente religiosa. La diferencia respecto a las Guerras de las Investiduras es que mientras en ese momento la Iglesia rechaza la simbiosis político-religiosa definiendo a la Iglesia como lo no-político ⁷, ahora se pretende fundamentar el liberalismo desde la propia tradición cristiana. Característico de los católicos liberales es: a) que se produce no en sociedades laicas sino en contexto de cristiandad; b) no se trata tanto de que un católico pueda ser liberal cuanto de entender la libertad política como una proyección de la religión; c) más que defender intereses eclesiásticos lo que les preocupa es corregir el falso camino que llevan en política otros católicos, y d) su catolicismo es crítico, en la tradición reformista del erasmismo y del jansenismo español. Más que ultramontanos se insertan en la tradición galicana consustancial al jansenismo.

Tendríamos, por consiguiente, dos planteamientos perfectamente diferenciados: uno propio de una sociedad secularizada y que por sentido político reivindi-

ca para la Iglesia el campo de libertad que ofrece a cualquier grupo social la democracia liberal; otro, producto de un contexto de cristiandad que exige en nombre del Evangelio la implantación de esa democracia liberal.

El que uno se ubique en España y el otro en Europa no debe entenderse de una manera absoluta: a medida que avance la democracia liberal en España surgirán planteamientos de liberalismo católico. Y en el grupo francés de *l'Ere Nouvelle* encontramos posiciones semejantes a las de un catolicismo liberal.

El destino histórico de uno y otro —éxito político del liberalismo católico, fracaso total del catolicismo liberal—, así como la paradoja de que sea en un contexto de cristiandad donde surge un catolicismo reformista y sea una sociedad más desarrollada la que alumbre el planteamiento más pragmático, incitan a profundizar en la estructura de uno y otro fenómeno.

La raíz tradicionalista del liberalismo católico

Una rápida excursión por la prensa decimonónica o por las actas de los debates parlamentarios de la época nos devuelve la imagen de que el enemigo declarado del liberalismo era el tradicionalismo y viceversa. *Neo* era el presbiterio Félix Sardá y Salvany, autor del panfleto «El liberalismo es pecado»; donosiano era Navarro Villslada, el que hacía derivar la palabra liberalismo no de libertad, sino de Liber, denominación latina del Dios Baco, con lo que hablar de liberalismo era significar bacanales y libertinaje⁸.

Mi presunción, sin embargo, es que el liberalismo católico es fundamentalmente tradicionalista y que ese hecho explica su destino. Para ilustrar, aunque sólo sea telegráficamente esta hipótesis, nos puede ayudar quien es considerado padre del liberalismo católico: Felicien de Lamennais.

Se suele decir que hay dos Lamennais, el tradicionalista y el liberal. También se decía en su tiempo y él replicó: «*on m'acuse d'avoir changé. Je me suis continué: voilà tout*». Esta coherencia biográfica tiene su raíz en el propio pensamiento tradicionalista.

El tradicionalismo es, como se sabe, la teoría teológico-política que intenta tanto la sistematización de la religión en el complejo fenómeno de la Restauración como una legitimación de la política en una sociedad contrarrevolucionaria⁹. En cuanto teoría legitimadora de la Restauración el tradicionalismo sustituye el principio racional de la soberanía popular por el decisionismo a imagen y semejanza de la autoridad religiosa. Momento fundamental de esta teoría legitimadora es el desmantelamiento de todo el pensamiento ilustrado: en lugar de la razón ilustrada, la autoridad de la tradición; en lugar de la emancipación del individuo, la facticidad de la sociedad.

Desde un planteamiento así no había sitio para el liberalismo, ni en su vertiente democrática, ni en su vertiente liberal. En efecto, frente al principio democrático de legitimación racional o popular del poder responden los tradicionalistas con la afirmación de la autoridad incondicionada, a imagen y semejanza de la religión. Carl Schmitt interpreta bien el tradicionalismo cuando coloca la sustancia de la política en el decisionismo, en la decisión moral no fundada¹⁰. Según Schmitt la sustancia del Estado se reduce al momento de la decisión, es decir, a

una decisión que no se legitima por su carga argumental o racional, sino por ser una decisión absolutamente incondicionada. Por lo que respecta a los derechos y libertades civiles, los tradicionalistas no ven más libertad que la ejecución del orden metafísico que domina el universo.

Y, sin embargo, desde esta extrema negación de la Revolución francesa se puede llegar a su sacralización ¹¹. La clave está en la concepción tradicionalista de la historia que se puede resumir por lo que aquí nos afecta (sin entrar en su concepción cíclica, etc.) en dos puntos:

a) *El criterio de duración.* La prueba de la verdad es su consistencia en el tiempo. Decía De Maistre: *en définitive, dans leur fond durable, les constitutions politiques remontent à Dieu: l'homme n'en est pas l'auteur.* Cuando los tradicionalistas escribían que la prueba de autenticidad de una constitución política era su duración, lo que tenían en la mente era la experiencia revolucionaria que ellos daban por concluida, y por definitiva, la Restauración.

La cosa cambia a partir de 1830, cuando quien muestra su provisionalidad es la Restauración y la democracia parece como el sistema político estable. En ese momento el argumento se hace revolucionario.

En virtud de ese talante positivista del tradicionalismo se teologiza ahora la democracia como antes la monarquía.

b) *Interpretación providencialista del mal.* El mal es la Revolución que se interpreta como un «momento apocalíptico» para dar a entender su doble connotación de experiencia catastrófica, por un lado, pero también, por otro, de parte de la verdad. Hay que bajar a los infiernos para que la humanidad se decida a abrazar el verdadero orden. La Revolución es un juicio divino, dice Lamennais ¹², es decir, un acto positivo de la voluntad divina. De acuerdo con la convicción de Bonald para quien tiene que haber una correspondencia entre el orden divino y el humano, Lamennais se ve obligado a sancionar teológicamente las formas políticas derivadas de la Revolución. Su declaración *la Revolution a été un brèche providentielle ouvrant l'avenir sur le catholicisme* corresponde a las palabras de Saint Martin sobre la Revolución como «decreto formal de la Providencia».

La interpretación providencialista del mal aflora por doquier en la literatura del tiempo. El P. Claret alababa a Dios por haber enviado la peste a Cuba «porque por la peste muchos se confesaron para morir, que no se habían confesado en la misión» ¹³.

Pero no sólo en la literatura religiosa. La filosofía eudemonística de Rousseau colocaba al bien común como fin último del Estado; pero se vio, sin embargo, que al amparo de ese alto fin se fabricaba el terror y las guerras coloniales con lo que no tardó en elevarse el terror a momento del bien general.

Nótese en cualquier caso que la revolución de la democracia tiene en el tradicionalismo un valor más que pedagógico de mero escarmiento: son en sí mismas providenciales, objeto de un acto positivo de la voluntad divina, y como tales no sólo valorables positivamente por el hombre, sino que éste debe, además, tratar de traducir terrenalmente esa decisión divina.

Habría que completar esta consideración de la ambigüedad política del tradicionalismo con la siguiente reflexión. La pasión con que se defiende la *raison générale*, sólo es comparable con la obsesión por difamar la *raison individuelle*. El trasfondo no es otro que la negación de todo rostro ilustrado, del pensamiento filosófico en provecho de un pensamiento sociológico. Ante hechos sociales la razón individual no sólo es impotente sino que debe adaptarse a las circunstancias, ya que toda resistencia individual carece de sentido. En la medida en la que la democracia triunfa, el tradicionalismo invita a aceptar esas reglas de juego.

Entre el tradicionalismo antiilustrado y el liberalismo tradicionalista hay una relación. Eso explica que la condena eclesiástica del tradicionalismo no haya significado su destrucción, ya que éste sobrevivió de nueva forma en el liberalismo católico gracias al cual fue posible la democracia cristiana.

Común al tradicionalismo y al liberalismo católico son una serie de rasgos inexplicables sin el poso tradicionalista del segundo. En primer lugar, una consideración sociológica del cristianismo. La religión no es asunto privado. En segundo lugar, el deseo de superar la oposición entre la revolución y la Iglesia; el tradicionalismo lo pretende por la vía de la Restauración y el liberalismo por el de la conciliación entre Iglesia y libertad.

El aspecto más importante de esta comunidad de caracteres es la exigencia en ambos de una *unidad religioso-política*, es decir, de una unión constitutiva entre religión y sociedad política. El Lamennais liberal no renuncia a la teocracia: «la constitución religiosa de los pueblos es anterior a las formas occidentales políticas de los Estados», dice. Esa fundamentación teocrática del poder es indiferente, sin embargo, frente a una forma determinada, es decir, puede concretarse en una democracia católica o en una monarquía de origen divino.

Lo que en el contexto francés significa esa teoría era un rechazo de la unión trono borbónico-altar. En efecto, el descrédito de la restauración borbónica podía arrastrar consigo a la Iglesia con lo que la sociedad perdía el último pilar sólido al que miraban los ciudadanos despavoridos. El liberalismo católico no confiaba ni aceptaba la democracia liberal, lo que reivindicaba era una separación de la religión respecto al poder establecido. Pero para que la Iglesia pudiera llevar su proyecto adelante era necesario exigir el funcionamiento de las libertades formales, denunciar el concordato napoleónico y lograr la neutralidad política de la Iglesia.

Tiene, pues, razón el profesor J. A. Maravall cuando puntualiza que el liberalismo católico no creía en la libertad; pero hay que completarlo diciendo que necesitaba el reconocimiento de las libertades civiles para llevar adelante su proyecto teocrático.

Tampoco estaba entre sus reivindicaciones la separación de principio entre la Iglesia y el Estado, propugnada tanto por el individualismo religioso, procedente del protestantismo liberal, como por el liberalismo político. Lamennais escribía en 1830: «*Naturellement la société religieuse et civile, l'Eglise et Etat, sont inseparables; ils doivent être unis comme l'âme et le corps: voilà l'ordre*». Es la doctrina tradicional y tradicionalista. Cuando Cavour trata de dar una interpretación separatista a la fase de Montalembert «*l'Eglise libre dans l'Etat libre*», éste se indigna. En el famoso discurso de Malines (abril de 1863), Montalembert

aclara que una cosa es la mutua independencia y otra la separación. De lo que se trata de «conciliar los respectivos intereses» desde los supuestos de mutua independencia, autonomía de ambas partes y reconocimiento del principio recíproco de soberanía ¹⁴.

El liberalismo católico se movía pues entre la negación de principio del liberalismo político (planteamiento tradicionalista) y la conciliación pragmática. El *Syllabus* no entendía esas finuras. Su publicación, junto a la encíclica *Quanta cura*, de Pío IX, el 8 de diciembre de 1864, supuso un golpe mortal para el liberalismo católico. La última y más célebre de las proposiciones del *Syllabus* no parecía dejar lugar a dudas. Sea anatema quien afirme «el Pontífice romano puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna». Los hombres de *Le Correspondant*, Montalembert, Cochin y Albert de Broglie pensaron abandonar la partida. El *Pensamiento español*, en su edición del 13 de enero de 1865, escribía: «todo liberal cae necesariamente bajo la reprobación de la encíclica. En modo alguno un católico puede ser y decirse liberal».

Pronto se inicia, sin embargo, una ofensiva tendente a reducir la euforia de los tradicionalistas, encabezada por el Obispo de Orleans, Mr. Dupanloup ¹⁵.

Dupanloup desarrolla una hermenéutica de *Syllabus* que rebaja las pretensiones de los integristas: no se trata de ochenta herejías, viene a decir, sino de ochenta errores cuya calificación hay que hacerla remitiéndose al texto papal original: habrá casos de herejías, pero también meras incorrecciones o impresiones condicionadas por un determinado contexto. Tal puede ser el caso de la última de ellas.

Luego vendrá el ingenioso distingo entre tesis e hipótesis. Se puede estar de acuerdo en que la vieja teoría de la Iglesia como «*societas perfecta*» o el teocratismo son el paradigma correcto en circunstancias normales (tesis). Pero en circunstancias especiales, vale la excepción, es decir, la conciliación de la Iglesia con la libertad política (hipotesis). Este planteamiento venía como anillo al dedo al liberalismo católico, ya que venía a ser como elevación a política vaticana de su propio análisis político (el liberalismo, discutible en el fondo, pero inevitable de hecho). De esta manera quedaba salvado el liberalismo católico, aunque fuera como hipótesis. Sólo hacía falta que la democracia liberal se impusiera paulatina y establemente para que el liberalismo católico fuera olvidándose cada vez más de su rechazo de principio y fuera prevaleciendo la aceptación fáctica de las reglas de juego.

Resumiendo: el liberalismo católico se impone históricamente por el feliz encuentro de dos hechos distintos: el origen y la sustancia tradicionalista del mismo, por un lado, y, por otro, el contexto político de una democracia liberal. La presencia pública de la Iglesia pasaba por aceptar —y, en su caso, exigir— las reglas de juego propias de una democracia liberal, como principio de posibilidad de su propia expresión pública.

Esas dos circunstancias no se daban en España o, al menos, no se daban de la misma manera.

La sociedad española estaba más cerca de la época de cristiandad que de la democracia liberal. Como reconoce Cuenca Toribio ¹⁶, a la muerte de Fernando VII el tejido estructural de la organización eclesiástica era fundamentalmente idéntico al del siglo XVIII. La Iglesia disfrutaba una situación de privilegio en el

seno de un Estado teñido de teocracia. No había pues lugar a las urgencias políticas del liberalismo católico.

Tampoco ayudaba mucho la tardía recepción del tradicionalismo francés. Si en Francia el tradicionalismo es la conciencia político-religiosa de una sociedad que ha dejado de ser católica pero que se plantea, por primera vez, el sentido público de la religión en una sociedad laica, en España la cosa es distinta. El tradicionalismo se convierte en casi-ideología del poder dominante que se niega a modernizarse. Los tradicionalistas españoles están de vuelta sin haber hecho el camino de ida. Sin haber podido experimentar la democracia liberal, el tradicionalismo español es unidimensional: pura y simplemente reaccionario, y, por tanto, exclusivamente antiliberal. El ejemplo más patético es Balmes, que fracasa en sus moderados intentos políticos porque lo suyo debilitaba al catolicismo dominante.

El romanticismo del catolicismo liberal

Si, como reconoce Cuenca Toribio, la estructura de la organización eclesiástica de la España doceañista seguía siendo la de un siglo antes, lo que revela es la textura teocrática del Estado español. No había, pues, en esa situación de privilegio, lugar para planteamientos de liberalismo católico, ya que nacía precisamente de la conciencia de privación de esa situación privilegiada.

Lo único que podía darse entre católicos sensibles a los vientos de libertad era poner su catolicismo al servicio de la libertad desde lo que podíamos generosamente llamar una teología política liberal.

La cosa no era nueva. Existía una tradición erasmista y jansenista. Los historiadores coinciden en señalar la matriz jansenista del catolicismo liberal. Anotemos sus rasgos más característicos: en primer lugar, *una inspiración evangélica*. Frente a una Iglesia que ellos consideraban impura y cargada de elementos espurios, propugnaban la repristinación cristiana, la vuelta a las fuentes, esto es, a la Escritura y a los Santos Padres. En el panfleto «Pan y Toros», atribuido a Jovellanos¹⁷, se señalaban como los males que han degradado a España el olvido de las escrituras y de las «antigüedades eclesiásticas», en provecho del jurisdicmo, la devoción barroca y la influencia interesada de algunas órdenes religiosas.

Esta repristinación explica la beligerancia del pionero del catolicismo liberal, el canónigo Joaquín Lorenzo Villanueva, diputado en las Cortes de Cádiz, por la traducción de la biblia a la lengua vernácula. Tan convencidos estaban de que esa vuelta a las fuentes conducía por derecho a las libertades cívicas que un periódico de Oviedo, el *Aristarco*, escribía sin lugar a dudas «Dios es liberal por esencial» (1.VIII.1821).

En segundo lugar, un talante ético políticamente tolerante y personalmente puritano. Su predicación de la tolerancia se daba de mano con la repulsa de toda coacción religiosa: la Inquisición, los Tribunales Eclesiásticos y la censura. Del jansenismo habían heredado el rigorismo moral, opuesto al laxismo imperante, de ahí el marcado antijesuitismo de estos católicos.

En tercer lugar, su galicanismo. Frente al ultramontanismo del liberalismo católico (explicable en ellos porque eso potenciaba su autonomía local frente al

regalismo político), estos católicos propugnaban la soberanía de la Iglesia nacional, contra Roma. No duda en utilizar el absolutismo monárquico para minar el absolutismo papal para, en una segunda fase y desde una fortalecida Iglesia local, atacar el absolutismo político¹⁸. Consecuentemente se sienten obligados los católicos liberales doceañistas, particularmente durante el trienio liberal, a emprender la reforma de la Iglesia desde la política, en tres sectores: reducción de su poderío económico, racionalización del estamento eclesiástico y control jurídico de dicha institución en sus aspectos públicos¹⁹. Esto produjo constantes y apasionados debates teológicos en las Cortes que iban desde la disputa sobre el origen divino o humano de los diezmos hasta el *status* funcional de los clérigos²⁰.

Finalmente, una recepción ilustrada de la «virtud civil», es decir, de una comprensión de la moral no sólo como rectitud personal cuanto como entrega al bienestar de la comunidad. Para practicar la virtud civil era necesario un Estado que reconociera las libertades civiles²¹ y que considerara a los hombres iguales, libres, por tanto, de la dominación de los señoríos. Por eso celebraban la Constitución de Cádiz, porque permitía el ejercicio de esa virtud civil: «Formáis un pueblo libre —decía J. A. Posse— pero guardáos de creer que vuestra libertad está segura sin virtudes y si no estimáis esta libertad sobre todo lo estimable en la tierra»²².

Los católicos liberales minaban las bases del teocratismo, y, por consiguiente, la concepción de la Iglesia como «societas perfecta». Visto con la distancia de siglo y medio sorprende por su audacia y modernidad. Su fracaso histórico obliga, sin embargo, a reflexionar sobre las causas de su provisionalidad.

Del catolicismo liberal doceañista y del trienio liberal se puede decir lo mismo que la de aquel liberalismo político: adolecía de romanticismo, es decir, pretendía hacer una revolución burguesa sin burguesía²³. Lo que en los liberales católicos europeos respondían a concretos intereses y necesidades políticas era aquí mera exigencia intelectual o ética.

José Antonio Maravall coloca a Lorenzo Villanueva como pionero del catolicismo liberal, no sólo porque es el primero que se plantea con rigor la congruencia entre catolicismo y liberalismo sino porque, tras la crisis nacional de 1808, tiene el valor de sacar las consecuencias políticas para la circunstancia española. Richard Heer, por su parte, considera al cura liberal J. A. Posse como un ejemplo anónimo del mismo fenómeno. Ambos casos nos permiten algunas reflexiones sobre el drama del catolicismo liberal español.

Lorenzo Villanueva es un tomista y no dispone de otro instrumental que el escolástico para legitimar teóricamente su catolicismo liberal. Este hecho desvela los límites de su intento. En efecto, tanto su *Catecismo de Estado*, publicado en 1793, como *Las angélicas fuentes o el tomista en las Cortes*, de 1811, son expresos exponentes escolásticos contra todo asomo rousseauiano. Ahora bien, el estamentalismo social manifiesto casa mal con los principios liberales de igualdad, libertad y derechos individuales; por otro lado, la teoría tomista del origen del poder pone a prueba la legitimidad democrática del poder político, no sólo en su ejercicio (que Villanueva entiende basar en el tomismo) cuanto en su propio fundamento (que rechaza porque le llevaría a Rousseau). El problema de ese planteamiento es que tenía que demostrar su corrección frente a otras interpretaciones del tomismo, en un sentido radicalmente opuesto.

Cabe señalar, en cualquier caso, el valor del intento si tenemos en cuenta la situación general del pensamiento teológico en ese momento.

Bernard Welte ha puesto de manifiesto ²⁴ la ruptura ideológica que se produce en medio del siglo XIX en lo que se refiere al tratamiento teológico. En la primera parte, que se prolonga hasta unos años después de la muerte de Hegel, en 1831, la teología está dominada, al igual que las restantes manifestaciones culturales del tiempo, por el *Selbstdenkertum*, es decir, la conciencia de que todo debe ser repensado creativamente por cada generación. La religión es objeto de conocimiento. Al pensarse desde la filosofía del tiempo se produce una nueva unidad entre razón y religión dentro de un gran pluralismo. Esa conciencia lleva consigo el descubrimiento de la historia aplicada a la teología, lo que significa alejamiento de cualquier tratamiento atemporal y abstracto de la religión. Es la hora de los Moehler, Frohschammer, Hermes, Günther, Neumann, etc.

La segunda mitad, por el contrario, asiste al predominio del pensamiento individualista y positivista, a la defensiva contra la modernidad. Tiene su cénit en la sacralización de la neoescolástica como teología oficial. Es la hora, no de la genialidad y de la creatividad, sino de la uniformidad y seguridad. Lo paradójico del caso de Villanueva es que acomete una tarea realmente innovadora con el instrumental de la segunda época. Era seguramente el que entendían sus lectores u oyentes, pero pone al descubierto la falta de una cultura que sustentara su voluntad política o el principio inspirador de su acción. Si Villanueva pone de manifiesto la endeblez teórica de este liberalismo, Juan Antonio Posse remite a la falta de estructura social que le sustentara.

Posse es un cura rural, perseguido por liberal y que resume en un famoso discurso sobre la Constitución de Cádiz su credo liberal. Heredero del espíritu puritano del jansenismo, Posse es enemigo de Roma, de la Inquisición, de los frailes y de una religión hipócrita y rutinaria. Como buen jansenista busca sus fuentes en el Evangelio, los primeros cristianos y los Padres de la Iglesia. «Los teólogos no se ocupaban sino de disputas escolásticas inútiles y aún perjudiciales. Los que querían reformar las costumbres por una sana moral, enseñada por la Escritura y confirmada por los concilios y los Padres, eran mirados como rígidos, como jansenistas y como herejes», decía a sus feligreses comentando la Constitución de Cádiz. El la defendía porque esa Carta Magna, por un lado, proporcionaba a los ciudadanos la posibilidad de practicar la virtud civil y, por otro, «ofrecía la posibilidad de volver a la religión santa de los primeros tiempos», al tiempo que felicitaba a los sabios legisladores por el artículo 12 que garantizaba la práctica exclusiva de la religión católica, es decir, que rechazaba la libertad de cultos.

No es difícil imaginar decenas de Posse extendidos por toda la geografía española, ni el asombro de sus parroquianos ante tanta sabiduría... que no entendían. No es de extrañar que Posse interesara más a sus contemporáneos por sus apuntes antropológicos que por su significación política.

Habrá que esperar un siglo para que ésta sea debidamente valorada. A quien no escapó su significado fue a los krausistas. Aquí nos tenemos que detener porque constituyen otro momento decisivo de esta particular historia.

El krausismo o la imposible ortodoxia de un catolicismo democrático

Los krausistas son —dice Azorín— «los últimos erasmistas españoles», es decir, se sitúa en la línea de los movimientos reformadores de carácter religioso que desde el siglo XVI se han manifestado también en nuestro país, predicando la libertad de conciencia, el pluralismo religioso, la fe racional y libremente asumida²⁵. El carácter religioso ha sido ingrediente obligado de los reformadores españoles. Lo que distingue a los krausistas, según Gómez Molleda, es que la presencia de lo religioso está en la base del proyecto reformista. La cita que la historiadora hace de Hegel es altamente ilustrativa: «No es más que una locura moderna tratar de modificar una organización moral corrupta tratando de modificar su constitución política y su código de leyes *sin cambiar su religión...* hacer una revolución sin haber hecho una reforma, suponer que una constitución política opuesta a la vieja religión podría vivir en paz y en armonía con ella y sus valores santos y que podría darse estabilidad a las leyes mediante garantías externas». La reforma religiosa tiene un claro valor estratégico²⁶.

Niega Gómez Molleda, sin embargo, que se pueda hablar en este caso de un catolicismo liberal, no porque no sean liberales los objetivos de estos reformistas, sino porque falla la catolicidad de su religión. Aunque ninguno renuncia al título de cristiano, su religiosidad se reduce a «pensamiento cristiano racionalista con repugnancia a los atavíos puramente históricos de la religión y creencia en una futura idea religiosa».

Opuesta es la tesis de José Luis Abellán que no duda del catolicismo liberal de los Giner, Azcárate, Fernando Castro, etc. Por lo que respecta a su religiosidad, distingue entre antes de 1870 y a partir de ahí. Hasta ese momento «los krausistas no sólo insistían en su catolicismo, sino que lo practicaban diariamente»²⁷. Luego, entre 1864 y 1870, vino la separación de la Iglesia. Elías Díaz hace suya la reflexión de Julián Marías en el sentido de que estos hombres, que sólo pretendían inicialmente compatibilizar catolicismo y libertad, acabaron siendo heterodoxos «pero podría preguntarse si no sería aún más exacto decir que al fin lo consiguieron sus adversarios», a través de decisiones como la publicación del *Syllabus* (1864), la inclusión en el índice de *Ideal de Humanidad*, de Krause (1865), y la declaración dogmática de la infabilidad del Papa (1868/70). José Luis Abellán concluye consecuentemente: «me parece que los krausistas eran sinceros católicos liberales si bien —y aquí habría que dar un punto de razón a los autores anteriores (se refiere a Jobit, Cacho Viu y Gómez Molleda)— antes liberales que católicos, y ello quizá explique su definitiva separación de la Iglesia en 1870, cuando ya se hace evidente la incompatibilidad entre liberalismo y catolicismo».

Parece difícil sustraerse a la justeza de este planteamiento. Sin embargo, no parece ocioso completarle con las siguientes reflexiones:

a) Durante la primera parte del siglo XIX la frontera entre ortodoxia y heterodoxia está lejos de lo que sería a partir del Vaticano I (1869). Al contrario, domina, como ya se ha señalado, el espíritu de unidad y de concordia que llega a la relación entre razón ilustrada y religión. A ese talante conciliador, pluralista e inventivo no es ajeno el krausismo. A esa fase sucede otra uniforme, repetitiva y escolástica. La crisis del krausismo tiene que ver con los Frohschammer, Günther o Hermes, es decir, con cuantos pensadores católicos se tomaron en serio la autonomía de la razón y tuvieron que vérselas con la ideología restaurativa elevada a teología conciliar en el Vaticano I.

b) El dilema ortodoxia-heterodoxia ayuda poco a comprender el destino del krausismo como catolicismo liberal. Tan heterodoxo resulta al Vaticano I la doctrina tradicionalista como el racionalismo religioso. Pero lo que domina es la cultura tradicionalista, nada imparcial en la valoración del liberalismo. Existe una dramática y profunda reflexión de G. de Azcárate que centra el problema de la heterodoxia del krausismo en su auténtica dimensión: «Esa intransigencia de un lado ha traído la intransigencia del lado opuesto y yo no he podido oír sino con gran pena cómo a veces extrema derecha y extrema izquierda estaban conformes en decir o católicos o ateos, o religión católica o ninguna». Lo dramático de este momento no es que los extremos se muevan en la disyuntiva del todo o nada, del católico o del ateo; lo grave es que sea esa la disyuntiva de la propia teología oficial, la neoescolástica. Es ésta una larga historia cuyo análisis escapa a este lugar. Basten las siguientes notas. El Vaticano I establece una línea de continuidad que va del protestantismo al ateísmo pasando por el racionalismo, liberalismo o socialismo. Enfrente sólo la ortodoxia católica. Que filosofías como la kantiana o pensadores como Spinoza, Leibniz, Lessing o Kant sean considerados explícita o tendenciosamente ateos se explica porque la ortodoxia no se atiene a su discurso filosófico sino a su significación política. Esa tradición ilustrada ha traído la Revolución francesa y con ella ha venido la secularización de los Estados. De esta suerte se negaba la identidad de la Iglesia como «societas perfecta». Este es el punto realmente importante y decisivo.

La ortodoxia religiosa está ligada al reconocimiento de la identidad de la Iglesia y la heterodoxia a su negación. El liberalismo era heterodoxia por excelencia y se le puede calificar de ateo como ateo es el Estado secular, privado de su legitimidad religiosa que se le da una Iglesia a la que se reconoce su clásica función pública. Los krausistas eran ateos mucho antes de que se hicieran racionalistas. Pero lo que late es un problema político.

c) El exilio de los krausistas fuera de la Iglesia no se debe tanto a la primacía del ser liberal sobre el ser católico, cuanto a falta de categorías que relativicen el conflicto declarado entre libertad y religión.

Los liberales franceses acusaron tanto como los españoles el mazazo de *Syllabus*. Pero en Francia aparecieron rápidamente claves interpretativas que redujeron el significado pretendido por los tradicionalistas. La última y más grave condena, la que desencadenó la crisis final de estos krausistas, acabó resumiéndose, sin embargo, en rechazo de quienes defendieran el expolio político del Papa y de la Santa Sede²⁸. Con el invento de la tesis y de la hipótesis se decidió seguir ejerciendo de liberales católicos. En España se jugó al todo o nada. La diferencia hay que buscarla, más que en distingos caracteriológicos, en el acusado sentido político del liberalismo católico francés o belga y en el carácter eminentemente ideológico que tenía el asunto en España. Faltaron a los krausistas conceptos capaces de situar las declaraciones eclesíásticas en su significación política. Puestos en el plano de los principios era lógico que si la otra parte declaraba la incompatibilidad entre liberalismo y catolicismo, el católico liberal sacara las consecuencias, porque renunciar al liberalismo era renunciar al hombre adulto que decía ser el hombre de la Ilustración.

Conclusión

1. Sobrevive el liberalismo católico porque gracias a su fondo tradicionalista coincide con la ortodoxia en el rechazo de principio del liberalismo. Su sentido político, sin embargo, le lleva a una aceptación pragmática de las reglas de juego democráticas en vista a salvar los intereses de la Iglesia.

2. Fracasa el catolicismo liberal por su romanticismo: le falta base social y su correspondiente cultura. La raíz del fracaso, sin embargo, hay que situarla en el planteamiento teórico y de principios que les caracteriza. En efecto, la fundamentación teórica de la libertad en el cristianismo les llevaba a un callejón sin salida porque ponía en entredicho la identidad de la Iglesia.

3. Tendrán que llegar las teologías de las realidades terrestres y de la secularización, bien metido en el siglo XX, para que se haga justicia a la inspiración del catolicismo liberal. Estas teologías, en efecto, explican o legitiman la laicidad desde la propia tradición cristiana. Y tendrán que llegar las teologías políticas de Metz o Moltmann para acabar con el cinismo político del liberalismo católico al entender estas teologías que el papel político de la religión no es tanto la defensa de sus intereses, sino los de los «pobres», es decir, los intereses marginados por el liberalismo burgués que aquí nos ocupa.

¹ María Dolores Gómez Molleda, *Los reformadores de la España contemporánea*. Madrid, 1981, pág. 44.

² J. M. Cuenca Toribio, *El catolicismo liberal español, razones de una ausencia*. Hispania XXXI, 1971, págs. 581-591. *Revuelta, política-religiosa de los liberales en el siglo XIX*. Madrid, 1973.

³ J. L. López Aranguren, *Moral y sociedad*. Madrid, 1974, pág. 177.

⁴ J. A. Maravall, «Sobre orígenes y sentido del catolicismo liberal en España», en *Homenaje a Aranguren*, Ed. de la «Revista de Occidente». Madrid, págs. 229-264.

⁵ J. Fernández, *Spanisches Erbe und Revolution*. Münster, 1957, pág. 34.

⁶ B. Urigüen, *Orígenes y evolución de la derecha española*. Madrid, 1985, págs. 65 y ss.

⁷ E. W. Böckenförde, «Die Entstehung des Staates», en *Sekularization und Utopia*. AAW. Stuttgart, 1967, pág. 77.

⁸ Citado por J. L. López Aranguren, o. c., pág. 138.

⁹ Reyes Maté, *El ateísmo un problema político*. Salamanca, 1973, cc. 2 y 3.

¹⁰ C. Schmitt, *Politische Theologie*, München/Leipzig, 1922, págs. 67 y ss.

¹¹ H. Mayer, *Revolution und Kirche. Studien zur Frühgeschichte der christlichen Demokratie 1789-1901*. Freiburg, I.B., 1965, págs. 164 y ss.

¹² F. Lamennais, *De la religion considérée dans ses rapports avec l'ordre politique et civil*. Paris 1825/26, cap. V.

¹³ A. M. Claret, «Autobiografía», citado en J. Jiménez Lozano, *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*. Madrid, 1978, pág. 37, nota 2.

¹⁴ J. Lecler, *L'Eglise et la souveraineté de l'Etat*. Paris, 1946, pág. 230.

¹⁵ J. Lecler, *La Syllabus a cent ans*, en *Etudes*. Juin, 1964. Se trata del folleto *La convention du 25 septembre et l'encyclique du 8 decembre*, que en tres semanas vendió 100.000 ejemplares.

¹⁶ J. M.^a Cuenca Toribio, *Iglesia y burguesía en la España liberal*. Jaén, 1979, pág. 21.

¹⁷ Falsamente, por lo demás, como señala M. Revuelta, o. c., pág. 89.

¹⁸ J. A. Maravall, o. c., pág. 234, quien cita a Richard Heer.

¹⁹ C. Almuíña, «Clericalismo y anticlericalismo a través de la prensa española decimonónica», en AA.VV. *La cuestión social en la Iglesia española contemporánea*. Zamora, 1981, pág. 94.

²⁰ M. Revuelta, o. c., pág. 117.

²¹ De entre las libertades civiles se excluía la libertad de cultos, incluso por la mayoría de liberales laicos. Ver J. Lecler, *L'Eglise et la souveraineté de l'Etat*, pág. 215.

²² *Memoria del cura liberal Juan Antonio Posse con su discurso sobre la Constitución de 1812*. Edición a cargo de Richard Heer. Madrid, 1984, pág. 283.

23 J. L. L. Aranguren, *o. c.*, pág. 52.

24 B. Welt, «Zum Strukturwandel der Katholischen Theologie im 19. Jh.» en *Auf die Spur des Ewigen*. Freiburg, 1965, págs. 380-410.

25 E. Díaz, *La filosofía social del krausismo*. Madrid, 1973, pág. 214. También del mismo, «La Institución Libre de Enseñanza en la España del nacional catolicismo», en AA.VV. *En el centenario de la I.L.E.* Madrid, 1977.

26 D. Gómez Molleda, *o. c.*, pág. 34.

27 J. L. Abellán, *Fernando de Castro, Memoria testamentaria*. Edición y prólogo a cargo de J. L. Abellán, pág. 57.

28 J. Lecler, *Etudes*, pág. 748.

ALFONSO GUERRA
S. CHIERI-K.C. COIARELO
R. DORADO-J. FITEZANOS
JA. YÁÑEZ-J.M. BENECCAS
M. ESCUDERO-M. CASTELLS

S

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

FUNDACION
PABLO
IGLESIAS

LA IZQUIERDA
Y EUROPA

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

Los días 29 y 30 de noviembre de 1986 tuvo lugar en Sigüenza un debate organizado por la Fundación Pablo Iglesias sobre el tema *La izquierda y Europa*. En la reunión participaron más de cuarenta intelectuales y políticos españoles y de otros países europeos. La discusión se desarrolló sobre la base de una ponencia presentada por la Fundación Pablo Iglesias y distribuida a los participantes con un mes de antelación. El presente volumen recoge íntegramente la ponencia y el debate (cada participante revisó la transcripción de sus intervenciones), así como las contribuciones presentadas antes o después de la discusión. El Presidente del Gobierno y Secretario General del PSOE, Felipe González, tuvo un encuentro con los participantes en el debate.

J. Arango, D. Aranguren, M. Azcárate, J. Astelarra, E. Barón, J. Borja, M. Cabrera, F. Claudín, S. Clotas, J. M. Colomer, R. Debray, J. Elleinstein, M. Escudero, M. A. Fernández Ordóñez, R. Figueroa, T. Fichter, G. Fuchs, A. Gauron, K. Hansch, D. Koniecki, N. Lechner, J. Lerma, E. Lluch, J. Martínez Reverte, C. Miranda, I. Molas, J. A. Moreno, M. Muñiz, G. Napolitano, R. Obiols, M. Ortuño, L. Paramio, J. Pradera, J. R. Recalde, M. Rodríguez, M. Satrustegui, C. de la Serna, J. Solé Tura, I. Sotelo, G. Stedman Jones, J. F. Tezanos, P. Vilanova, A. Viñas, C. Virgili, C. A. Zaldívar.

LA IZQUIERDA Y EUROPA
Fundación Pablo Iglesias
Editorial Pablo Iglesias
312 págs. 1.500 ptas.

Pedidos:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
28010-Madrid - Tels. 410 46 96 y 410 47 98

NOTAS



LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Miguel Porta

Es un secreto a voces que los partidos de izquierda no han conseguido aquella transformación radical de la sociedad para la que fueron creados. Es más, algunos de estos partidos corren el riesgo de perder sus señas de identidad (el carácter de sujetos colectivos de emancipación) y de ser

fagocitados por eso que acostumbramos a denominar «sistema». Frente a esta situación —frente al «reformismo» de los partidos de izquierda— tres serán, *grosso modo*, los caminos elegidos por los militantes desengañados por las inclinaciones «derechistas» y/o «reformistas» de la llamada izquierda tradicional u oficial.

En primer lugar, hay quien se decide por la lucha armada, creyendo que la violencia del sistema sólo se puede enderrocarse mediante la «violencia revolucionaria» (lo que esta vía ha conseguido es claro: endurecer todavía más la violencia legal del Estado, expropiar militarmente la capacidad de decisión de los «oprimidos» a liberar, uso indiscriminado y absurdo de la violencia que llega a considerarse como un bien en sí, etc.). En segundo lugar, hay militantes que hacen el siguiente razonamiento: si la izquierda oficial se ha rechazado lo que conviene es volver a los orígenes, es decir, hay que retornar a la «ortodoxia» marxista (el resultado de esta segunda vía está también claro: tanto los grupúsculos marxistas o maoístas, así como las mil y una sectas trotskistas, no han conseguido otra cosa que el más ridículo, iluminado, chapucero e inútil de los dogmatismos). En tercer lugar —y desde los últimos setenta, cuando la lucha armada y la ortodoxia marxista han fracasado estrepitosamente— aparecen los denominados «nuevos movimientos sociales», que son el último refugio en el que, previa adecuada reconversión que no excluye cierto travestismo, encuentran cabida los viejos militantes desengañados por la historia y por la izquierda tradicional (evidentemente, estos movimientos también se nutren de savia nueva).

Podemos definir los nuevos movimientos sociales como un conglomerado de diversos movimientos de identidad (feministas, ecologistas, pacifistas, movimientos de liberación del cuerpo, etc.) que giran en torno a unos ejes definidos (liberación de la mujer, protección del medio ambiente, oposición a la carrera armamentista, etc.). A pesar de que los ejes que vertebran la práctica de los diversos movimientos están perfectamente diferenciados unos de otros, hay cuatro premisas teóricas comunes que nos permiten hablar de la existencia de un cierto aire de familia y de una cierta unidad entre los diversos movimientos. Estas premisas son las siguientes:

— *Negación de un sujeto privilegiado del cambio social.* Tradicionalmente siempre se ha considerado que el sujeto del cambio social era el proletariado. En efecto, y para Marx, la misión histórica del proletariado era una consecuencia lógica del análisis de *El capital* y del hecho de que en el antagonismo entre burguesía y proletariado se sitúa la contradicción principal del sistema capitalista («la burguesía —dice Marx en el *Manifiesto*— no ha forjado sólo las armas que han de darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán las armas: los obreros modernos»). Los nuevos movimientos sociales piensan que el proletariado ya no es la clase universal y que la misión transformadora (o revolucionadora) de la sociedad que la «historia» le habría encargado no es otra cosa que un simple postulado que obedece más a la tradición que a un análisis objetivo de la realidad. Para estos movimientos, y por emplear la terminología marcusiana, el sujeto del «Gran Rechazo» ya no es la

clase obrera (perfectamente integrada en el sistema), sino que tal sujeto, hoy, es colectivo y plural y está formado por la suma de individuos de las más variadas actividades y categorías que persigan la instauración de un orden social alternativo y emancipador;

— *Constatación de la crisis de la forma de partido.* Para los movimientos sociales los partidos han entrado en crisis porque al burocratizarse y estatalizarse se convierten en subproductos ambiguos, incapaces de representar intereses que no sean los de reproducción del sistema. Es así como los partidos son vistos como un «otro» que está dispuesto a asimilar y/o integrar cualquier proyecto que intente romper la lógica y la racionalidad del poder establecido. En consecuencia, la mediación política y la emancipación pasarían hoy por la necesidad de crear unos nuevos canales que no hayan sido privatizados por el sistema. Estos nuevos canales serían los nuevos movimientos sociales (feministas, pacifistas, ecologistas, etc.);

— *Inversión del principio según el cual hay que transformar la sociedad para cambiar la vida.* Los movimientos, al comprobar que la sociedad no se puede (o no se deja, nunca se sabe) transformar, politizan la vida e intentan transformar la sociedad modificando previamente la cotidianidad. Y politizar la vida implica la consideración de que toda la sociedad no es sino una inmensa fábrica y, por tanto, la dominación y la explotación se extienden por todas partes. Dicho en otros términos, para los nuevos movimientos sociales la conflictividad se difunde por todas las esferas de la vida pública y privada, ya que el individuo y

la sociedad son, de hecho, un inmenso conglomerado de necesidades que han de pasar por el mercado para ser satisfechas. Esta mercantilización de la vida cotidiana da lugar a que el antagonismo y la dominación se encuentren por todas partes (la capilaridad del poder de la que hablaba Foucault) demostrando que la explotación/opresión/dominación no es sólo económica, sino también ideológica, cultural, civilizatoria, etc. En resumen, si la dominación se extiende por toda la vida cotidiana, éste será el lugar privilegiado en donde ha de tomar cuerpo la resistencia (las resistencias, para ser más exactos);

— *Redefinición del ideal emancipatorio.* Ideal emancipatorio que, en oposición al de la izquierda clásica, implica una serie de renunciaciones que hay que destacar las siguientes: renuncia a la utopía escatológica que tantos condicionamientos ejerce y reclamación, como hacía Heine en su crítica a la religión, «el cielo en la tierra»; renuncia a un concepto de ideal emancipatorio que no incluya elementos considerados hasta ahora como heterodoxos o extraños (autodeterminación y autogestión de la vida, pluralidad de valores, de formas de vivir y de entender las relaciones entre personas, sexos, etc.) porque, como recordaba Cortázar, frente al horror cotidiano se ha de cuidar «celosamente la capacidad de vivir tal como la queremos para este futuro, con todo lo que supone de amor, de juego y de alegría»; renuncia al productivismo porque éste, lejos de crear las bases de una nueva sociedad, es una vía abierta a formas y modelos inéditos de explotación.

Una vez señaladas las premisas teóricas de los nuevos

movimientos sociales, conviene precisar la especificidad de estos movimientos a fin y efecto de completar la caracterización de los mismos. Fundamentalmente las señas de identidad de estos movimientos son de dos tipos: morfológicas e ideológicas. Comenzando por las primeras, constatamos que los movimientos son: *interclasistas* (reclutan seguidores a lo largo y ancho del entramado social con independencia del lugar que los individuos ocupan en la división del trabajo); *públicos* (transparencia programática, estratégica y táctica); *abiertos* (todo el mundo, en teoría, puede formar parte de los mismos); *organizados en torno a una sola cuestión* (mantenimiento de la paz, defensa del medio ambiente, etcétera); *antiautoritarios* (inexistencia, al menos teórica, de disciplina de grupo, falta de control sobre los seguidores, etc.); *homogéneos* (homogeneidad que se consigue siguiendo las opiniones de los líderes naturales del movimiento, no dudando de la sola cuestión defendida, demonizando al enemigo, etc. Esta homogeneidad hace que, con frecuencia, el antiautoritarismo sea bastante nominal); *sociales, no directamente políticos* (los diversos movimientos no pretenden hacer la revolución o conquistar el poder de Estado, sino sólo defender la sola cuestión); *discontinuos* (surgen, se desarrollan, pierden impulso, lo adquieren de nuevo, etc.).

Vista la morfología general conviene detenerse en los principios ideológicos fundamentales que vertebran la práctica de estos movimientos: el primer principio es el de la *transculturalidad*, que refleja la voluntad de ir más allá de lo que es la cultura oficial y establecida creando una

nueva cultura (o culturas) como pueden ser la antinuclear, la ecológica, la feminista, etc. La transculturalidad lleva aparejada una exigencia metodológica: la continua necesidad de experimentación social directa (creación de comunidades, de espacios libres, de contrapoderes, etc.). El segundo principio es el de la *transversalidad*, según el cual las prácticas (en plural) de liberación no han de establecer entre ellas ningún tipo de jerarquización, sino que se han de colocar «a caballo», como un «rizoma» (Guattari), entre los grupos sociales y los intereses heterogéneos. La transversalidad implica el rechazo sistemático y metódico de la reconstrucción de una vanguardia, de la disciplina autoritaria, de las prioridades dictadas desde una cúpula dirigente, etc. El tercer principio es el de la *singularización* (colectiva y/o individual), entendida como la voluntad insobornable de «poner en disidencia la subjetividad» (Guattari). Dicho en otros términos, se trata de recrear una subjetividad comprometida, una militancia de nuevo tipo que supere tanto las prácticas estalinistas como las socialdemocráticas. El cuarto y último principio es el de la *mutabilidad*, que no significa otra cosa que el deseo y la necesidad de una renovación y adaptación continua a la cambiante realidad.

Hasta aquí hemos caracterizado la morfología y los principios ideológicos que definen a los denominados como nuevos movimientos sociales; caracterización que ha sido intencionadamente general porque no nos interesaba tanto el detenernos en las especificidades propias de feminismo, ecologismo, etc., como el ofrecer una visión de conjunto que englobara a los

diversos movimientos destacando las características comunes. Ahora es la hora de hacer balance, de ver qué es lo que han dado de sí estos movimientos. Empecemos por la parte positiva. Es mérito incuestionable de estos movimientos —además de haber impulsado el surgimiento de una nueva crítica— el llamar la atención sobre una serie de necesidades como las siguientes: la necesidad de buscar un nuevo modo de vivir, producir y consumir no alienante que comporte una auténtica calidad de vida; la necesidad de preservar la paz; la necesidad de acabar con la dominación de que son víctimas ciertos colectivos; la necesidad de proteger la biosfera, amenazada por prácticas depredadoras; la necesidad de oponerse a la explotación sistemática del Tercer Mundo; la necesidad de construir un orden informativo ni manipulado ni manipulador; la necesidad de limitar los poderes del Estado, etc.

Ahora bien, los nuevos movimientos sociales no están exentos de peligros, entre los cuales hay que destacar los siguientes: abundantes dosis de iluminismo (el feminismo radical preconizando la lucha de clases entre hombre y mujer, el pacifismo predicando el apocalipsis inmediato, el ecologismo asegurando el fin de la vida en el planeta, etc.); cierto corporativismo (el feminismo otorgando a la mujer el estatuto de clase social, etcétera); fuertes trazas de elitismo (microrresistencias, ciertas experimentaciones, etcétera); alguna ración de autoritarismo (el feminismo al incurrir en un «hembrismo» tan autoritario como el machismo que combate, el pacifismo que antepone fanáticamente la paz y la no violencia a cualquier otra cuestión, etc.); ex-

ceso de maniqueísmo (los movimientos son siempre los «buenos» enfrentados a los otros, que son siempre los «malos»); cierto irracionalismo (feminismo, ecologismo y pacifismo empleando, más frecuentemente de lo normal, un lenguaje iconográfico); minusvaloración de la capacidad de transformación de la clase trabajadora; cierto oportunismo (prisas electorales de feministas, ecologistas, pacifistas); falta de coherencia, definición y articulación en muchos de los proyectos; demasiada ingenuidad de raíz marcusiana que sólo ve la alternativa en aquellos que se encuentran fuera del sistema; exceso de reduccionismo programático (al tener en cuenta sólo una cuestión); exceso de negativismo (falta de proyecto positivo que supere la mera negatividad en la que se mueven estos movimientos), etc.

Estas líneas empiezan y terminan con una crítica: crítica a los partidos de izquierda (por «no haber conseguido aquella transformación radical de la sociedad para la que fueron creados»), y crítica a los llamados nuevos movimientos sociales (por mor de lo que hemos denominado sus «peligros»). Las preguntas que se nos plantean son obvias: ¿pueden los nuevos movimientos sociales, pese a todo, sustituir/ocupar el espacio de los partidos? ¿Están los partidos condenados a desaparecer? ¿Son los nuevos movimientos sociales la forma «organizativa» del futuro? ¿Podrán los partidos superar su crisis y revitalizarse? Y estas preguntas —y otras por el estilo que se podrían formular— se reducen a una: ¿partidos o nuevos movimientos sociales?

Nuestra respuesta, al modo de Agnes Heller, es la siguiente:

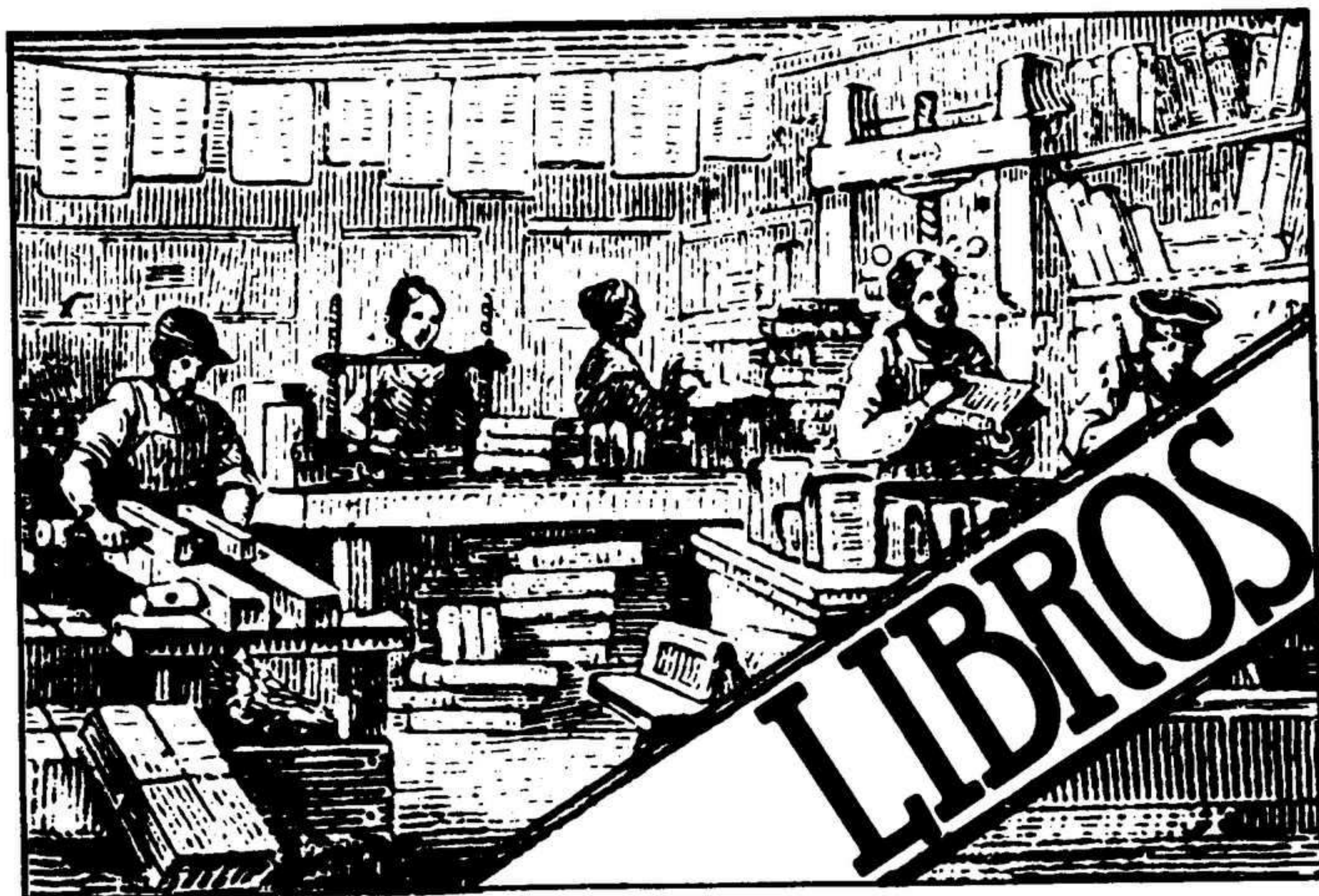
te: «Los movimientos no pueden sustituir a los partidos, ni los partidos pueden sustituir a los movimientos, y el movimiento-partido es la peor opción posible». ¿De qué se trata, pues? Se trata, en síntesis, de una colaboración dialéctica que ha de «cubrir» los siguientes objetivos: 1) los nuevos movimientos sociales, en lugar de automarginarse complacientemente, deberían «avanzar» sobre los partidos (y sindicatos) e intentar «reconvertirlos» (esto es, intentar que los partidos tomaran conciencia de su «debe» respecto a nuevos problemas como el medio ambiente, la relación entre sexos, la calidad de vida, la relación trabajo/ocio, la redefinición de un nuevo ideal emancipatorio, etc.); y 2) los partidos, en lugar de mantenerse en su «orgullo de partido» (Gramsci), deberían

asumir (y no sólo electoralmente hablando) los problemas (o algunos de los problemas) que los nuevos movimientos sociales plantean.

En este proceso de colaboración dialéctica la responsabilidad de los partidos es, si cabe, mayor que la de los nuevos movimientos sociales por una razón evidente: porque mientras los nuevos movimientos sociales, por propia naturaleza, son efímeros y discontinuos, los partidos son duraderos y continuos. En otros términos, si los partidos no se hacen más permeables, si no se abren más a la sociedad y a los nuevos tiempos, necesidades y problemas, será toda la sociedad la que «perderá» unas instituciones (los partidos, y también los sindicatos) que fueron creadas para transformar el mundo. Y si

los partidos «mueren» (aunque sigan «viviendo»), ¿quién ocupará su lugar? ¿Podrán los nuevos movimientos sociales —siendo discontinuos como son— ocupar su lugar en la historia?

Señalar, por lo demás, que la colaboración dialéctica partidos/nuevos movimientos sociales a la que nos hemos referido, ha de preservar la independencia de unos y otros, y ha de fomentar la «crítica mutua, la tolerancia radical, el coraje cívico y la solidaridad» (Agnes Heller). Y es que, a fin de cuentas, la crítica, la tolerancia, el coraje y la solidaridad son las únicas virtudes (y/o armas) que pueden abrir el camino a una sociedad mejor, más justa, más democrática y más racional. Y de eso, precisamente, se trata.



EUROPA Y SOCIALISMO

Miguel Porta Perales

Varios autores,
La izquierda y Europa
Editorial Pablo Iglesias,
Madrid, 1987

La izquierda y Europa es un volumen que recoge las intervenciones del debate que sobre el mismo tema tuvo lugar en Sigüenza los días 29 y 30 de noviembre de 1986. Dicho debate —organizado por la Fundación Pablo Iglesias, y en el que participaron más de 40 intelectuales y políticos españoles y europeos— tenía, en palabras del director de la Fundación Pablo Iglesias, un

objetivo claro y definido: «confrontar las opiniones de un grupo de intelectuales más o menos comprometidos con la política y con un horizonte socialista sobre el problema crucial planteado en la Ponencia; la *dimensión europea* que, de manera acelerada, va convirtiéndose en algo sustantivo e insoslayable de los principales desafíos ante los que se encuentra hoy, en este fin de siglo, la izquierda de nuestro viejo continente». Y lo primero que hay que señalar es que este objetivo de confrontación y discusión de ideas planteado por Fernando Claudín se cumplió con creces. Pero no adelantemos valoraciones y vayamos directamente al grano, es decir, vayamos a la Ponencia, que fue el documento a partir del cual (o en contra del cual) se produjo el mencionado debate.

Dicha Ponencia (debida a Enrique Barón, Fernando Claudín, Carlos Miranda y

Ludolfo Paramio) no tenía otro propósito que el de definir las líneas generales de un proyecto socialista para Europa. ¿Cuál es la substantividad de dicho proyecto? Tres son, fundamentalmente, las cuestiones tratadas en la Ponencia: cuestiones económicas, cuestiones políticas y cuestiones de defensa. Vayamos por partes.

Desde el punto de vista económico, la Ponencia propugna (y/o reclama) medidas como las siguientes: renovación industrial, tecnológica y productiva; unificación económica de la Comunidad; modernización de las economías europeas (una modernización en «la que todos los interlocutores encuentren algo a ganar»); introducción de nuevas relaciones laborales y salariales; disminución del intervencionismo y de la burocracia (que se ha de convertir en «un servicio público real»), y reforma de la empresa pública.

Y este programa ha de basarse, cosa muy importante, en la conservación de un Estado asistencial «cualitativamente reformado y mejorado», en la idea de crecimiento solidario, y en la apuesta por la democracia económica. Señalar, al respecto, que la Ponencia adelanta algunas de las ideas que habrían de vertebrar este Estado asistencial reformado y mejorado. Son éstas: fijación de un ingreso social mínimo para trabajadores y no trabajadores, reducción de las inercias burocráticas mediante la introducción de mecanismos competitivos en la gestión, completando los servicios públicos estatales con servicios públicos gestionados privadamente y voluntarios.

Si el proyecto económico aboga por la unificación europea, con el proyecto político ocurre exactamente lo mismo: es necesario, se nos dice, «crear una voluntad política continental de unificación». Y esta voluntad política de unificación se ha de traducir en un proyecto europeo de autodefensa; una autodefensa —que ha de fortalecer el pilar europeo de la Alianza sin romperla— que obviamente acarrea gastos económicos notables, pero tiene la ventaja de evitar la posible «finlandización» de Europa por mor de la superioridad defensiva de las grandes superpotencias (especialmente la URSS).

Señalemos que la Ponencia, en la más pura tradición socialista, afirma (o mejor, confirma) que el objetivo del socialismo no es otro que el de acceder a «una sociedad emancipada gracias al control social de la economía, gracias a la generalización del principio democrático a las relaciones económicas». Y el sujeto del proyecto socialista sigue siendo —con las moderniza-

ciones y ampliaciones que se quiera— el movimiento obrero, y hacia él debe dirigirse el proyecto socialista. Pero no sólo hacia él, sino que tal proyecto debe dirigirse también hacia los denominados nuevos movimientos sociales, o —como dicen los ponentes— hacia el público que está «detrás de la aparición de las nuevas demandas sociales», nuevas demandas (defensa, medio ambiente, liberación de la mujer, problemas juveniles, etcétera) que «no se apoyan en el viejo rol del productor que constituye la base del movimiento obrero, sino en los roles complementarios que configuran las posiciones de sujeto en una sociedad industrial avanzada». En cualquier caso, empero, la Ponencia reconoce la «centralidad del movimiento obrero», aunque reconoce también que las nuevas demandas sociales «deben ser incorporadas a un proyecto socialista de futuro porque responden a problemas reales y a una sensibilidad social cada vez más amplia, y porque algunas de ellas son coherentes con cualquier proyecto racional de sociedad emancipada». Hasta aquí, y de forma breve y sintética, el proyecto «creíble y deseable» presentado por la Ponencia. Lo que ahora corresponde es proceder a la crítica y valoración. Crítica y valoración que tuvo lugar en el debate celebrado en Sigüenza.

Las más de 50 intervenciones que se produjeron en dicho debate giraron, fundamentalmente, en torno a las tres cuestiones siguientes: el carácter socialista o no socialista del proyecto presentado; la cuestión de la paz y la defensa; y la posibilidad y conveniencia de la unificación política europea. Los temas tratados y discutidos fueron más, pero obvias razones de

espacio aconsejan que nos limitemos a los que consideramos son los temas más importantes.

Para algunos de los participantes en el debate la Ponencia o no era socialista, o no definía los objetivos de un proyecto socialista, o no tenía suficientemente en cuenta una serie de problemas que deberían incorporarse a un proyecto socialista. Así hubo quien se preguntó sobre «qué entendemos cuando hablamos de socialismo» (Josep M. Colomer), quien acusó al proyecto (y a sus ponentes) de «caer en la cuenta de que es de izquierda gran parte del programa de la derecha» (Ignacio Sotelo), quien vio un cuestionamiento escaso «del marco heredado» (Gareth Stedman Jones), quien encontró a faltar una política de «calidad de vida y austeridad» (Carmina Virgili), quien alertó del peligro de «caer en un nuevo dogmatismo» (Raimon Obiols), quien se quejó de la falta de preocupación ecológica evidenciada en el documento de la Ponencia (Tilman Fichter), y quien vio poco atendidas las nuevas demandas sociales (Judith Astelarra).

La cuestión de la paz y la defensa fue discutida con cierto empeño y apasionamiento. Manuel Azcárate, Marisa Rodríguez o Ignacio Sotelo, por poner un ejemplo, se mostraron en franco desacuerdo con el proyecto de defensa (nuclear) que uno de los ponentes (Ludolfo Paramio) defendió con convicción al afirmar que el «armamento nuclear ha sido la explicación de la paz europea durante los últimos años». En auxilio de la Ponencia (y de Paramio, que fue quien aguantó el «peso» de las críticas) se hicieron oír las voces de Carlos Miranda (reclamando una «disuasión nu-

clear mínima» que garantice la paz y la no destrucción colectiva) y de Régis Debray, quien con singular contundencia afirmó que «una Europa desnuclearizada es una Europa sin defensa seria». Carlos Alonso Zaldívar, más cauto, pidió al respecto la apertura de un debate en el seno de la izquierda sobre las opciones de fondo.

La posibilidad y conveniencia de la unificación política europea fue el tercer gran tema en discusión. Pere Vilanova no veía ni «posible» ni «deseable» una Europa políticamente unida al tiempo que reclamaba la democratización de los Estados existentes y una aproximación más «laica y escéptica» al europeísmo; Jean Elleinstein se preguntaba si un Estado político europeo garantizaría la independencia y las especificidades nacionales; Manuel Azcárate creía que había que ir «ampliando y reforzando la legitimación democrática de esa supranacionalidad»; y Jordi Solé Tura hablaba de «construir Europa como una Federación». Por su parte Ludolfo Paramio, uno de los redactores de la Ponencia, matizaba que no se trata de «crear un Estado europeo que repita a una escala superior los peores defectos de los pequeños nacionalismos europeos, sino de crear un ámbito cultural, y además político y económico, que permita a la Europa de esas culturas fragmentadas —pero con las que nos podemos identificar localmente, inmediatamente— sobrevivir en un concierto internacional más complejo».

Resulta extraordinariamente difícil valorar las intervenciones que tuvieron lugar en el debate de Sigüenza. Como resulta también muy difícil valorar la Ponencia que dio lu-

gar a dicho debate. Y ello es así, porque Ponencia y debate acumulan tal cantidad de ideas, sugerencias y temas de reflexión y debate que es prácticamente imposible hacerse eco de las mismas. En cierto sentido este libro que ahora se nos presenta es un auténtico resumen y compendio de aquellas cuestiones y problemas con las que ha de lidiar el socialismo si quiere ser una alternativa de futuro.

A modo de resumen/valoración final podríamos destacar lo siguiente: la Ponencia, ciertamente, tiene —digámoslo así— sus «zonas oscuras» (cierta indefinición de lo que ha de ser un proyecto socialista hoy, falta de atrevimiento a la hora de proponer medidas de contenido socialista radical, y exceso de confianza en la idea de Europa); pero la Ponencia también tiene sus virtudes (reivindicación de una autodefensa para Europa, propugnar una serie de medidas técnico-económicas que son ya imprescindibles, necesidad de salvaguardar y extender el Estado asistencial, y necesidad también de profundizar la democracia).

Pero —independientemente de las zonas oscuras y de las virtudes— el debate de Sigüenza ha tenido un mérito indudable e incuestionable: ha permitido que un amplio y representativo grupo de intelectuales y políticos de izquierda se reunieran para discutir/debatir/explorar una serie de cuestiones que, además de estar a la orden del día, afectan al presente y al futuro del propio socialismo. Y, como escribiera Peter Glotz en el saludo que mandó a Sigüenza, «ya es hora que la izquierda europea, reflexione». Que cunda el ejemplo.

LUCHAS SOCIALES DURANTE EL FRANQUISMO

Manuel Pérez Ledesma

César Tcach y Carmen Reyes, *Clandestinidad y exilio. Reorganización del sindicato socialista, 1939-1953*. Editorial Pablo Iglesias, Fundación Largo Caballero, Madrid, 1986

Durante el curso 1982-83, un grupo de estudiantes de la Sección de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid participó, bajo la dirección de quien escribe estas líneas, en un curso monográfico de investigación sobre «Las organizaciones obreras y las luchas sociales durante el franquismo». La finalidad de dicho curso era doble: pretendía, en el terreno docente, servir como complemento a la formación, fundamentalmente teórica, recibida por ellos a lo largo de sus estudios universitarios, introduciéndoles en la labor investigadora; pero, además, en lo que al desarrollo del conocimiento histórico se refiere, trataba de aportar nueva información y nuevos análisis sobre una etapa tan reciente como poco conocida de nuestro pasado.

Si el primer objetivo se alcanzó con la realización de los correspondientes trabajos de curso, y más tarde con la presentación de varias Memorias de Licenciatura en dicha Universidad, el segundo empieza ahora a ponerse en marcha.

La publicación de las investigaciones era una ilusión común entre quienes participamos en aquel trabajo, que por fin en estos momentos se convierte en realidad. Este libro es, por ello, el primero de una serie sobre la evolución del movimiento obrero, y en concreto del sindicalismo socialista, durante el régimen de Franco. En él, César Tcach y Carmen Reyes analizan el complejo proceso de reconstrucción de la Unión General de Trabajadores, en el exilio y también en la clandestinidad, durante los años de la guerra mundial y del aislamiento internacional del régimen de Franco. Un segundo volumen completará este estudio hasta el momento final del franquismo; por su parte, los siguientes libros de la colección examinarán el desarrollo de la organización sindical y su participación en las luchas sociales en dos zonas clave —Asturias y el País Vasco— en la resistencia a la dictadura.

Conviene explicar las razones que nos llevaron a elegir a la Unión General de Trabajadores y a las zonas mencionadas como centro de nuestra investigación. El proyecto inicial del curso abarcaba todo el territorio español y las distintas organizaciones sindicales que actuaron en la clandestinidad y en el exilio. Pero las dificultades para la localización de las fuentes documentales nos obligaron muy pronto a desistir de tal empeño. Son conocidos los problemas que plantea el estudio de la otra central sindical histórica, la Confederación Nacional del Trabajo: la documentación referida a ella se encuentra desperdigada, o pendiente de su entrega por el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam. Por ello, y al menos por ahora, cual-

quier estudio del pasado reciente de la organización confederal debe limitarse al examen de su prensa, en la que no hay más que referencias incompletas y parciales a los problemas organizativos y a los debates sobre la estrategia del sindicato. Resulta también sumamente difícil localizar y consultar la documentación de las organizaciones sindicales que surgieron en el interior del país en pleno período franquista, y que como no contaban con secciones organizadas fuera de España no recogieron de forma sistemática sus papeles.

En contraste con ello, la documentación procedente de la dirección en el exilio de la UGT —que incluye las Actas de las reuniones de la Comisión Ejecutiva, las Memorias y las Actas de los Congresos de la organización, y una abundante muestra de la correspondencia con las secciones del interior o con organismos sindicales internacionales— ha vuelto a España en los últimos años y puede ser consultada en la Fundación Largo Caballero. Y este fondo documental, escasamente explorado hasta los trabajos cuya publicación ahora comienza, ofrece una amplia información sobre el desarrollo organizativo, y también sobre la participación de la UGT en los conflictos sociales que se produjeron en las zonas en que el sindicato tenía durante el franquismo una mayor implantación. Tal información resulta tanto más valiosa cuanto que la prensa del período, legal o clandestina, solía ser extremadamente parca en la descripción de los acontecimientos que forman el núcleo central de nuestra investigación: en el caso de la prensa legal, por la actuación de la censura; y en la prensa clandestina, por las múltiples difi-

cultades para recoger informaciones precisas, además de por el lógico temor a que noticias más detalladas pudieran ser utilizadas por la policía franquista para su acción represora.

Fue, por consiguiente, la disponibilidad de la documentación de la UGT, en contraste con la inexistencia o la imposibilidad de acceder a las fuentes documentales de otras organizaciones sindicales, lo que nos impulsó a limitar nuestra investigación a aquella central. De todas formas, no estará de más señalar que con estos trabajos no hemos pretendido ofrecer una versión definitiva de la historia de la UGT durante el mencionado período; para esa tarea habría sido necesario localizar y consultar muchos otros documentos, que todavía siguen fuera del alcance de los investigadores, y recoger de forma sistemática los testimonios de los protagonistas de los principales acontecimientos que aquí se describen. Mucho menos entraba en nuestros planes la idea de ofrecer una versión «oficialista» de dicha historia; como es habitual en el trabajo del historiador, los autores se han esforzado por mantener el mayor grado posible de objetividad, lo que no excluye la comprensión hacia los protagonistas, pero sí impide las críticas o las alabanzas desmesuradas. En suma, los estudios que ahora se presentan trataban simplemente de aprovechar un fondo documental de indudable interés para elaborar una primera síntesis de la evolución del sindicalismo socialista y de sus luchas contra el régimen de Franco; una síntesis que, sin duda, será revisada y completada por las nuevas investigaciones que el tema merece.

En los últimos años, quizá como consecuencia de la esca-

sez de información de primera mano, y también por un cierto cansancio ante la abundancia de estudios sobre la historia del movimiento obrero español, la historiografía sobre el franquismo parece especialmente interesada por los detentadores del poder, empezando por el mismo dictador, o en todo caso por las corrientes ideológicas y políticas que intervinieron en el sistema. Y aunque se han publicado numerosas obras sobre la oposición clandestina, se trata más bien de trabajos periodísticos, ajenos al rigor historiográfico, cuyas fuentes se reducen normalmente a la prensa legal y, sobre todo, a las entrevistas con personajes de cierta relevancia política, entonces o ahora. En estos textos predominan, por consiguiente, las descripciones anecdóticas o parciales, mientras los estudios más acordes con las pautas de rigor historiográfico han olvidado a veces que la represión de la clase obrera, de sus organizaciones y de sus luchas de masas fue un componente esencial de la política franquista. Por su parte, los trabajos que integran esta colección no responden a ninguna de esas dos orientaciones: son, o pretenden ser, el resultado de una investigación rigurosa, orientada a recuperar para la historia los esfuerzos de muchos militantes poco conocidos que —con acierto y a veces con errores, pero siempre con considerables riesgos, y en ocasiones con grandes dosis de sufrimiento— mantuvieron viva la resistencia obrera a la dictadura.

El primer volumen, con el que da comienzo la serie, aborda un período crucial en la actividad de la Unión General de Trabajadores. A partir de 1939, un sindicato que durante toda su existencia anterior, salvo momentos excep-

cionales y de corta duración, había actuado dentro de la legalidad en defensa de los intereses inmediatos de sus afiliados, se vio enfrentado a una situación totalmente nueva: la mayor parte de sus cuadros se encontraban en la cárcel o en el exilio, y los militantes de base que habían permanecido en el interior del país estaban constantemente amenazados por la durísima represión del franquismo. En tales circunstancias, las formas organizativas tradicionales —desde la sección de oficio a la Federación Nacional de Industria— no tenían ninguna posibilidad de supervivencia, y los medios de acción habituales —la huelga, la negociación con los patronos o la participación en las instituciones laborales— resultaban impracticables. En lugar de los objetivos sindicales de su historia anterior, la UGT tenía que enfrentarse ahora con un problema político de especial envergadura: la lucha contra la dictadura, hasta conseguir el restablecimiento de un régimen democrático. Y para hacer frente a esta tarea política necesitaba emplear nuevos medios de acción: en especial, el establecimiento de alianzas con las demás fuerzas democráticas españolas, y la presión sobre los gobiernos y las organizaciones sindicales del mundo occidental.

Por desgracia, la realización de tales tareas exigía, como paso previo, la superación de considerables dificultades internas. Aparte de la dispersión geográfica, otros factores minaban la unidad de la organización; pervivían aún las divergencias del período republicano entre los seguidores de Besteiro y Largo Caballero; y habían surgido durante la guerra nuevas divisiones, como consecuencia de la entrada de los comunistas en la

UGT y de las actitudes contrapuestas de los diversos sectores sindicales ante la política del gobierno de Negrín. El exilio comenzó, por tanto, con una extrema división en la central sindical, y en general en el movimiento socialista, que impedía toda actuación eficaz en la lucha contra el franquismo. Sólo a mediados de la década de 1940, gracias en buena medida a la presión de los militantes del interior, una de las corrientes —dirigida desde Toulouse por un grupo de socialistas moderados, y que pronto asumió las directrices políticas de Indalecio Prieto— consiguió reorganizar a la mayoría de los ugetistas del exilio, mientras el sector fiel a Negrín entraba en crisis, y los comunistas comenzaban su actuación independiente.

Pero este éxito en la difícil tarea de reorganizar el sindicato, y el estrecho acercamiento al partido socialista que acompañó a la reconstrucción sindical, no estuvo acompañado por resultados similares en el terreno político. Al acabar el paréntesis de la segunda guerra mundial, impulsados por las resoluciones de Naciones Unidas, el PSOE y la UGT trataron de establecer nuevas alianzas con fuerzas políticas que hasta entonces no habían participado en la lucha contra el franquismo, para ofrecer un frente unitario a los gobiernos democráticos e impulsarles a una acción decidida contra el régimen de Franco. A comienzos de la década de 1950, el fracaso de esta estrategia era ya evidente: ni los monárquicos españoles, ni los gobiernos de los principales países occidentales, estaban dispuestos a llevar a cabo hasta sus últimas consecuencias un programa de acción que pusiera en peligro el poder del

dictador. De aquí el aislamiento y la sensación de impotencia que en estos años invade al movimiento socialista.

Utilizando la abundante documentación del partido y el sindicato ahora disponible, los autores de este volumen han descrito con detalle y precisión este complejo proceso. Sus textos ofrecen una nueva versión de las Memorias de Licenciatura presentadas por ambos en la Universidad Autónoma de Madrid; una versión resumida que, sin sustraer al lector ninguno de los elementos fundamentales, le permite librarse de desarrollos innecesarios, de carácter erudito, propios de un trabajo académico.

Para concluir esta presentación no me queda sino agradecer la colaboración de numerosos protagonistas de los acontecimientos que aquí se narran —y que aparecen mencionados al final de ambos trabajos— cuyos testimonios han resultado de especial importancia para completar y matizar la información procedente de la documentación manejada. Agradecimiento que hay que hacer extensivo a la Fundación Pablo Iglesias y —de forma muy destacada— a la Fundación Francisco Largo Caballero; ambas pusieron a nuestra disposición los fondos documentales sin cuya consulta habría resultado imposible esta investigación.

Este texto corresponde a la *Presentación* del libro.

TAL COMO ERAMOS

Felipe Hernández Cava

Dany Cohn-Bendit,
*La revolución y nosotros,
que la quisimos tanto*
Anagrama,
Barcelona, 1987

«*Antes de desaparecer a través del espejo, la generación pudo contemplar el rostro resplandeciente de su belleza de ensueño fantasmagórico, y vio que de hecho no poseía ningún tipo de realidad*» (Stephan Wackwitz).

Se quejan los más jóvenes del monólogo «bélico» de sus mayores cuando evocan el 68. Es más, huyen de esas batallitas como el grueso de la familia Cebolleta huía de las evocaciones del abuelo. Tamaño hastío no puede justificarse sólo por el consabido, y aún por demostrar, argumento de que estamos ante una juventud más conservadora y que, por tanto, no quiere que se le mienten actitudes contestatarias. No. Ese hastío, entiendo, viene en parte producido por, de un lado, el progresivo aumento de ex combatientes de aquellos días y, por otro, de la contradicción que muchos de éstos arrastran entre lo que dicen que fueron y lo que son.

Respecto a la primera premisa, creo que a nadie ha podido escapársele la observación de que son legión que se presentan como antiguos barricadistas, hasta el punto de

abrir una incertidumbre acerca de cómo es posible que hubiera alguien al otro lado del muro de adoquines. Raro es, en efecto, encontrar individuos que en aquellas fechas fueran jóvenes y que hoy reconozcan, sin pudor, que ellos estaban a lo suyo mientras el mundo parecía vivir en convulsión. Tema nada insólito en un país como el nuestro donde, muerto el dictador, han brotado ex antifranquistas en número suficiente para hacer tambalear a las dictaduras que en el mundo son y han sido. Reconozcamos, pues, el alto índice de riesgo al que los jóvenes están sometidos cada vez que se inicia una tertulia.

Y reconozcamos también el pasmo de esos jóvenes cuando muchos de tan aguerridos combatientes militan hoy en una fe en el consumo y el conformismo capaz de hacer enrojecer al más fervoroso comulgante de rueda de molino.

Lógicamente el tiempo sirve, o debería servir, para madurar ideas y depurar lo que de infantilismo pudiera agazaparse tras algunos ideales. Eso lo entiende hasta el refranero. Pero una cosa es la evolución y otra bien distinta es la «memolución», concepto que me permito acuñar para describir el proceso por el que un memo acaba por desvelarse un memo, y no dudo que tras posibles esfuerzos, sólo asistido por el paso del tiempo.

Viene todo esto al hilo de un libro recientemente editado, *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*, en el que un sensato Dany Cohn-Bendit, otrora «Dany el rojo», pasa revista a la evolución personal e ideológica de lo que antaño fuera «su familia política», desde el militante armado brasileño a la compañera feminista.

Salvo «memoluciones» como la de Jerry Rubin, que ayer encabezaba a los «yippies» (recuerdo «yippies» hispanos dando golpes de almohadón en el bar de la facultad por toda acción lúdico-revolucionaria) y hoy come en el pesebre de los «yuppies» (que se supone que fueron Leones de Esparta y hoy son gatos persas, aun cuando casi nadie les recuerda en las Termópilas), la mayoría parecen haber ido «entrando en razón», que dicen los mayores. O sea, que casi todos, sin renegar de su pasado, han acabado por aceptar eso que se denomina «juego democrático» con todas sus consecuencias. Hay, por supuesto, restos de radicalismo (como en Jean-Pierre Duteuil, el libertario vasco) y de ingenuidad (como en Gabriel Ceroni, uno de los pocos, y a lo mejor por esa misma ingenuidad, que no han ascendido socialmente desde aquellas fechas), pero la mayoría han acabado por hacer suya aquella máxima de Churchill que describía a la democracia como «el peor de los sistemas imaginables, pero el mejor de los posibles».

Bien es cierto que, a lo largo de las entrevistas, hay un especial interés de Cohn-Bendit por arrancar de labios de sus interlocutores esa conclusión. Pero nada hace pensar en ello como una argucia de inquisidor. Cohn-Bendit, hoy colaborador de «los verdes» alemanes, no busca en sus contertulios la justificación a su trayectoria personal, sino, en todo caso, constatar que, tras un largo periplo, la mayoría de la «familia» sigue estando en posiciones similares.

Volcados en la actualidad hacia reivindicaciones más en consonancia con los movimientos sociales que con los partidos tradicionales, los ca-

becillas del 68 trabajan hoy casi todos dentro del sistema, pero nada, aunque habría que oír a los jóvenes de hoy, huele a claudicación. Ya no pretenden cambiar el mundo en una jornada ni hacer del «hermano proletario» un modelo de icono laico. Tan sólo, y no es poco, aspiran a mejorar sus respectivas sociedades en un ámbito de convivencia pacífica. Son menos ingenuos y, por ello, es difícil que crean que su generación ha triunfado en sus propósitos únicamente porque gente de su edad detenta hoy áreas de poder y de responsabilidad. Este ardid de la generación sólo puede funcionar como una cínica interpretación de Jerry Rubin o como un recuerdo de la disparatada teoría del músico Frank Zappa cuando pregonaba, allá por los 60, que los jóvenes debían disfrazarse con la sumisión hasta llegar a las esferas del poder, en las que se produciría el desmascaramiento.

La gente del 68, y hablo de los que vivieron aquello no como un verano loco en el que estaba de moda cierto bronceado ideológico, sabe del Poder y sus enmarañados recovecos. Lo reconoce, en suma, como un mal menor que aún confía (y no sé si eso sigue siendo vestigio de ingenuidad) en que pueda ser dúctil y maleable. Casi veinte años después de aquel 68, los más honrados siguen buscándole las vueltas al Leviatán de turno.

ESPAÑA EN LA SOCIEDAD INTERNACIONAL

Carlos de la Serna

J. Astelarra et. al.,
Estados Unidos: luces y sombras
Editorial Pablo Iglesias,
Madrid, 1987

E. Barón et al.,
España-Europa: trabajo común
Grupo Socialista del Parlamento Europeo,
Madrid, 1987

Pasado más de un año desde la ratificación por referéndum de la permanencia de España en la Alianza Atlántica y de la ampliación de las Comunidades Europeas a España y Portugal, nos encontramos con la publicación, también simultánea, de dos libros, obras colectivas, que guardan relación con esos dos acontecimientos.

Ambas efemérides son dignas de mención en tanto en cuanto la vinculación al sistema de defensa occidental y la participación en el proceso comunitario europeo son dos hitos en la progresiva recuperación del papel de España en la sociedad internacional. Además, ambos acontecimientos se producen bajo el mandato del Gobierno formado por el PSOE.

Cuando se habla y se escribe sobre la defensa y la seguridad de Occidente siempre se tiene presente, como telón de fondo, la importante contri-

bución que los Estados Unidos hacen a esa defensa. Sin embargo, conocer la realidad de nuestro aliado transatlántico, en sus múltiples facetas, no sólo su política exterior, sino su realidad social y cultural, el desarrollo tecnológico y su política económica, resultan imprescindibles para tener una mejor y más acertada percepción de lo que significa Estados Unidos hoy en día en el concierto de naciones.

La Fundación Pablo Iglesias entendió que ese objetivo aún no se había cumplido plenamente en los medios de opinión, académicos, intelectuales y políticos, y se propuso organizar un simposio con el mismo título que el libro que comentamos —cuyas ponencias e intervenciones recoge— a finales del año 1985.

La variedad de autores y temas permite asegurar que con la lectura de este libro se obtiene una aproximación bastante acertada sobre qué es hoy Estados Unidos. Tanto la descripción como los análisis —desde distintas posiciones ideológicas— que se ofrecen sobre aspectos de política interior, exterior, economía, vida municipal, tendencias culturales, movimientos sociales, feminismo, minorías étnicas, tecnología, sociedad y medios de comunicación, son un amplio y sugerente abanico que permite adentrarse en la tarea del conocimiento de la realidad USA con un bagaje imprescindible.

Sin duda, faltan aspectos y detalles significativos, como la vida de las instituciones políticas y el proceso de toma de decisiones, sobre todo la forma de control del Ejecutivo por parte del Legislativo —que tanto sorprende en Europa por peculiar y original—. Pero en una obra como

esta siempre quedan asuntos sin tratar.

En todo caso, el contenido permite una aproximación al tema muy válida y algunos de sus lectores se sentirán estimulados en profundizar sus conocimientos sobre algunos aspectos particulares del trabajo, ampliando sus lecturas con otras obras más especializadas. Aparte de no ocupar lugar, el conocimiento en este caso resulta necesario por la importancia que tienen los Estados Unidos para el futuro de todos nosotros.

En cuanto a los autores la lista es larga y su mera enunciación habla por sí misma. Por parte de los extranjeros William Schneider, investigador en materia económica y comentarista político en los *Angeles Times*; Hugh MacDonald, profesor de relaciones internacionales de la London School of Economics; Martin Carnoy, profesor en la Universidad de Stanford; Derek Shearer, director del Centro de Estudios Urbanos de la Universidad Cristiana de Los Angeles y concejal de Santa Mónica; Ira Katznelson, decano de la New School of Social Research de Nueva York; Betty Friedan, dirigente feminista y organizadora del Primer Banco de Mujeres; Alejandro Portes, catedrático de la Universidad de Johns Hopkins; Gary Indiana, crítico de arte y redactor del *East Village Eye*; y Frederick Williams, director del Centro para el Estudio de la Tecnología de la Comunicación y la Sociedad de la Universidad de Texas.

En cuanto a los españoles se trata de Angel Viñas, Carlos Miranda, Luis Angel Rojo, Manuel Ortuño, Amando de Miguel, Judith Astelarra, Alberto Moncada, María Jesús Gil, Carlos Piera, Manuel

Castells, José Vidal Beneyto y Vicente Verdú, todos ellos de sobra conocidos por lo que no necesitan mayores presentaciones.

Desde la incorporación a las Comunidades Europeas la contribución de los socialistas españoles ha dado respuesta a una amplia gama de retos en el trabajo cotidiano. Tanto en la Comisión, como en el Consejo y el Parlamento, los hombres y mujeres del PSOE han estado trabajando con tesón. El libro que nos ofrece hoy el Grupo Socialista del Parlamento Europeo es un balance de varios eurodiputados sobre el primer año de trabajo en la Cámara de Estrasburgo.

El hilo conductor del libro es la idea de que o Europa camina hacia la Unidad Política o Europa no será. En este proceso el papel del Parlamento es crucial. A diferencia de lo que ocurre en los países miembros, la estructura y las funciones de las instituciones comunitarias padecen lo que en la jerga europea se llama el «déficit democrático». El hecho de que el Parlamento carezca de funciones legislativas plenas es un impedimento serio para la construcción de la Europa política. El Acta Única europea no resuelve plenamente el problema pero sin duda sienta las bases para una progresiva asunción de funciones legislativas por parte de la eurocámara. Con ello el Legislativo legislaría, cosa que parece lógica en una sociedad de democracia representativa pero que aún hoy es asignatura pendiente en las Comunidades Europeas.

En el terreno político, la ausencia de una unidad mayor entre los doce genera una serie de problemas cuya solución va íntimamente relacio-

nada con la consolidación de Europa Occidental como un polo en las relaciones internacionales. Los problemas de la paz y la seguridad, la política exterior y la defensa de la democracia y los derechos humanos, la eficacia en la lucha contra el paro y la solidaridad con el Tercer Mundo, son algunos de estos problemas. Del futuro papel que asuma el Parlamento Europeo depende en gran parte la solución de estos problemas, como otros muchos que se quedan en el tintero.

En sus trabajos, recopilados en el libro, los eurodiputados socialistas españoles comentan y analizan algunos de los aspectos de mayor interés y actualidad en la vida del Parlamento de Estrasburgo. El libro incluye trabajos que van desde el artículo de Enrique Barón, sobre los retos de Europa; pasando por los de Manuel Medina, sobre política Exterior comunitaria; Luis Planas y Carlos Brú que escriben sobre las reformas y los retos que plantea el Acta Única; Francisco Oliva y José Álvarez de Paz que tratan el problema de la cohesión económica; Josep Verde i Aldea y Víctor Manuel Arbeloa sobre la Europa de los ciudadanos y los Derechos Humanos; hasta los que escriben, sobre temas sectoriales, José Miguel Bueno, Unión Económica y Unión Monetaria; Joan Colom i Naval, el Presupuesto Europeo; Juan Colino y José Vázquez Fouz sobre agricultura y pesca; o Francisco Javier Sanz Fernández, del desafío tecnológico y Juan de Dios Ramírez-Heredia Montoya sobre la televisión sin fronteras. Todos ellos muestran un nivel de conocimiento y análisis sobre los temas tratados que les sitúa sin lugar a dudas en un nivel, al menos, comparable al de sus compañeros di-

putados del resto de Europa. Y esto es algo que en sí mismo tiene su mérito si tenemos en cuenta que nuestros eurodiputados se incorporaron al Parlamento de Estrasburgo con un significativo retraso comparados con el resto de los europeos.

Este libro que nos ofrece el Grupo Socialista del Parlamento Europeo no sólo es un balance sino todo un programa de actuación para el futuro. Y su lectura no sólo es recomendable para los eurodiputados salidos de las urnas el 10 de junio, sino para el público en general que suele estar desgraciadamente desinformado de las tareas que realiza y los retos que asume de tan trascendental importancia para el futuro de los europeos.

SOBRE EL ESTADO DEL BIENESTAR

Josep M. Jordán

Josep Picó,
Teorías sobre el Estado del Bienestar
Siglo XXI, Madrid, 1987

El Estado del Bienestar constituye, en opinión de J. Picó, una de las grandes uniformidades estructurales de la sociedad moderna, habiendo supuesto una serie de transformaciones y cambios sociales difíciles de olvidar o suprimir. El alcance de esas

transformaciones, y la forma en que enfocan este fenómeno estudiosos vinculados a distintos paradigmas, son el objeto fundamental de la reflexión llevada a cabo por el autor en este libro.

Josep Picó es profesor de sociología en la Universidad de Valencia. Durante más de una década su actividad intelectual se centró principalmente en el análisis de las transformaciones sociales de la realidad valenciana contemporánea. Fruto de ese esfuerzo, inscrito en una corriente más amplia de pensamiento preocupada por develar la problemática e identidad de la Comunidad Valenciana, serían, como mínimo, dos libros: *Empresario e Industrialización. El caso valenciano*, Tecnos, Madrid, 1976, y (en colaboración con P. Beneyto) *Los sindicatos en el País Valenciano (1975-1981)*, Inst. Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1982. A partir de 1983, sin embargo, su quehacer intelectual se reorientaría fundamentalmente hacia el análisis de las transformaciones del Estado moderno, pensando que una comprensión de las mismas es imprescindible para fundamentar nuevas formas de convivencia humana. Su estancia durante el curso 1984-85 en Cambridge, junto a Anthony Giddens, acabaría por sedimentar esta nueva línea de investigación, fruto de la cual lo constituye el libro que ahora comentamos.

Por Estado de Bienestar se entiende ese Estado interventor contemporáneo (tan alejado de un modelo de *laissez-faire*) preocupado por la reducción de la inseguridad social del ciudadano (a través, por ejemplo, de subsidios de desempleo, pensiones de jubilación, seguro de enfermedad,

etcétera) y por la provisión generalizada de una serie de servicios básicos (sanidad, educación, etc.) tendentes a mejorar la distribución de la renta (vía «salario indirecto») y las oportunidades sociales entre la población.

Sobre la gestación de ese Estado del Bienestar y la forma en que éste es contemplado por las distintas corrientes de pensamiento (la liberal, la socialdemócrata y las distintas familias marxistas) trata el primer capítulo del libro del profesor Picó. La síntesis es clarificadora y minuciosa. Sin embargo, en mi opinión, no se hace suficiente énfasis en un aspecto esencial: el amplio consenso social que fundamentó la edificación del Estado de Bienestar en la mayor parte de los países occidentales desarrollados tras la segunda guerra mundial. Dicho consenso partía, sin duda, de una vivencia concreta: el drama de la gran depresión de los años 30 y la guerra. De ahí pudo surgir un intenso deseo común hacia el futuro: dotar de una mayor estabilidad a la dinámica del capitalismo y asegurar una mayor justicia en sus resultados. Ello es importante, porque cuando en los años 70 y 80, con la crisis económica, algunos sectores cuestionan el Estado del Bienestar, tal actitud es denunciada por otros sectores como una grave ruptura de aquel trascendente consenso social de la posguerra (véase, por ejemplo, J. K. Galbraith: «El Asalto Conservador», *Papeles de Economía Española*, 7, 1981).

Desde luego, no siempre resulta fácil articular la eficien-

cia y la equidad. En el período que va desde finales de los años 40 a principios de los años 70, el desarrollo del Estado del Bienestar coincidió con un extraordinario crecimiento económico por parte de las economías occidentales, y eficiencia y equidad pudieron conjugarse favorablemente. En efecto, el enorme excedente producido por el sistema económico propició la construcción del Estado del Bienestar, el cual, lejos de obstruir la dinámica del mercado, pareció incluso impulsarla. La crisis de los años 70 y 80 ha dificultado, sin embargo, la relación entre eficiencia y equidad. Se trata de una crisis de oferta que requiere para su superación de grandes reajustes productivos y de serios cambios técnico-organizativos. ¿Ha de hacer el sector público posibles estos reajustes y cambios a costa de una reducción en la satisfacción de las necesidades sociales? Las distintas corrientes de pensamiento divergen en la estrategia al respecto, como se pone de manifiesto en el último capítulo del libro del profesor Picó. Un amplio espectro, sin embargo, situado en el centro-izquierda, parece coincidir en la idea de rehacer el consenso social y corregir los defectos observables en el Estado del Bienestar.

Pero, volviendo a las transformaciones que comporta el Estado del Bienestar, éstas van más allá, para el profesor Picó, de las puramente redistributivas, trayendo aparejados otros cambios importantes en las relaciones sociales de la sociedad civil. En primer lugar, en las clases sociales,

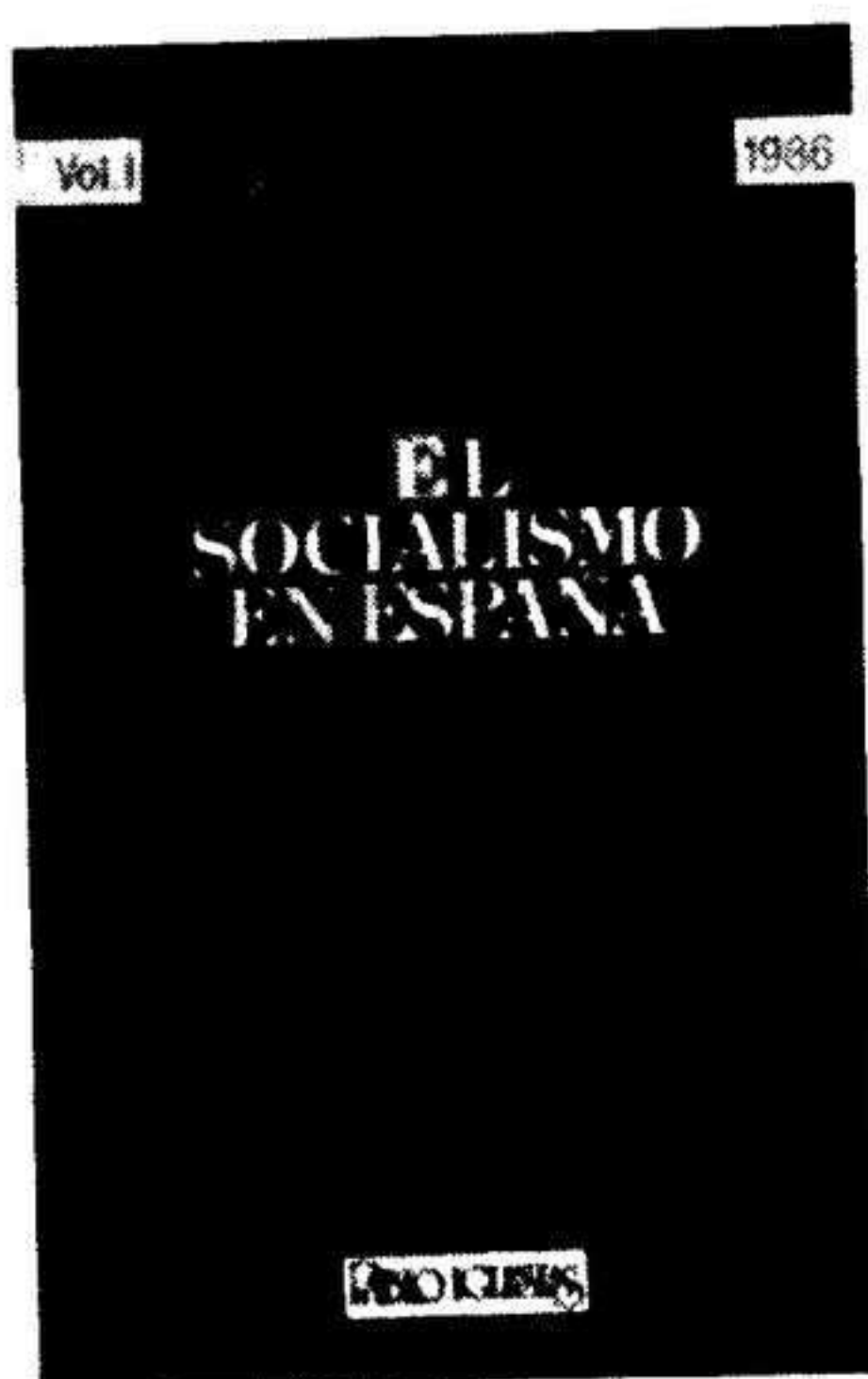
tema al que dedica el capítulo segundo. En él cabría destacar el estudio de dos fenómenos: el de la influencia ideológica americana en Europa y el del crecimiento y desarrollo de las clases medias. El capítulo tercero se centra en otro cambio social importante: el neocorporatismo, la institucionalización de los grandes intereses organizados (los sindicatos, patronal, etc.) y su participación en la política económica. En el capítulo cuarto se abordan los cambios que se han experimentado en el empresariado y los partidos, siendo particularmente interesante el estudio que se hace de la tendencia de estos últimos a convertirse en estructuras organizativas altamente burocratizadas y centralizadas. Finalmente, se alude a los problemas de legitimación del capitalismo maduro y al papel que en ese sentido desempeña el Estado del Bienestar.

En definitiva, para el profesor Picó, las transformaciones que ha comportado el Estado del Bienestar han llegado a incidir en los valores culturales y en los derechos individuales y colectivos, extendiéndose el concepto de democracia. En sus propias palabras, «el problema de conciliar libertad-igualdad-democracia y crecimiento económico ha tenido durante veinticinco años, en condiciones históricas y geográficas determinadas, una nueva formulación, que a muchos ha parecido superior a formulaciones anteriores, y sus desarrollos futuros no podrán prescindir de esta experiencia histórica».

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

ANALES DE HISTORIA



El socialismo en España

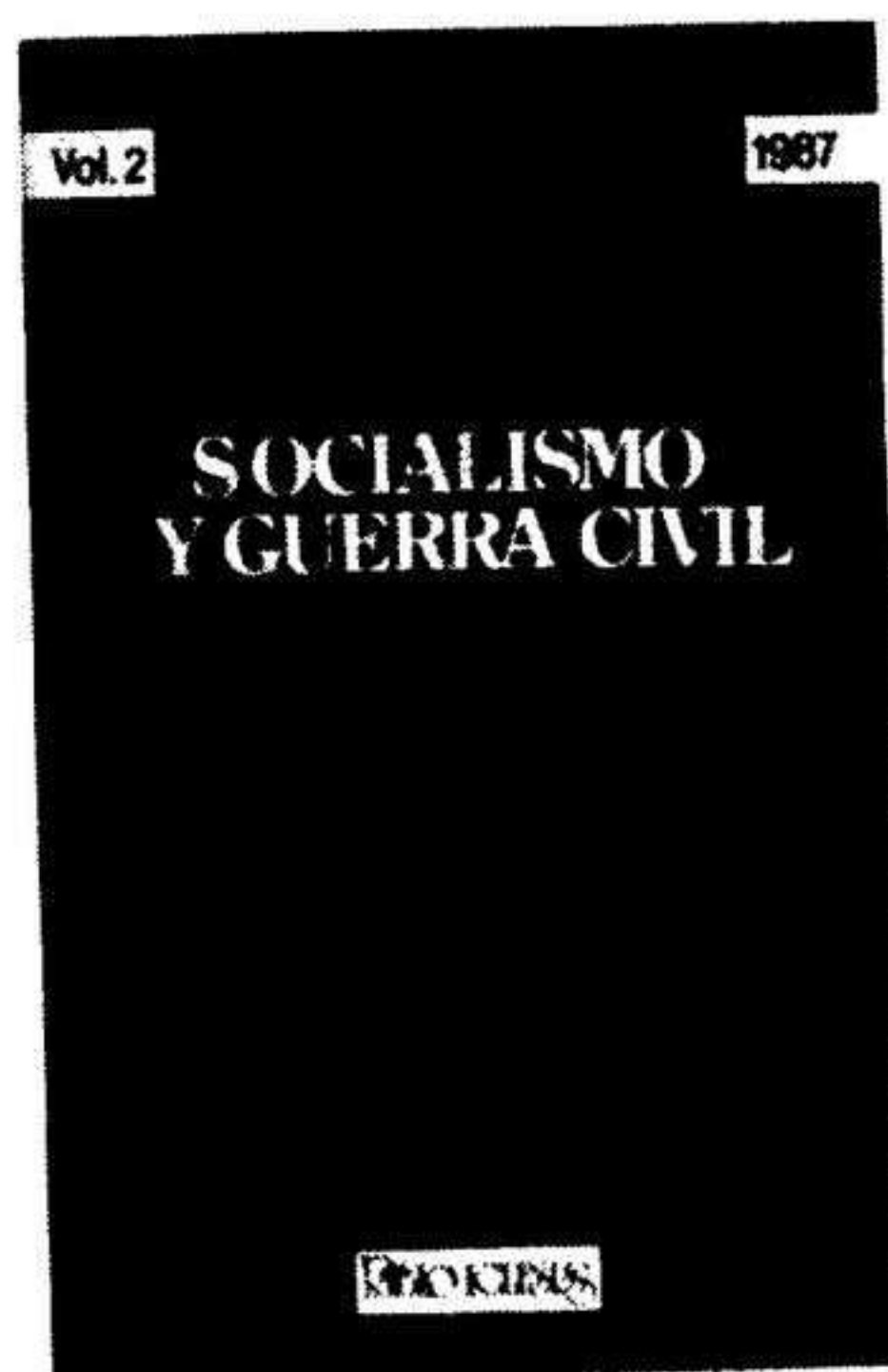
Desde la fundación del PSOE hasta 1975

S. Castillo, P. Ribas, M. Ralle, M. Esteban de Vega, A. Robles Egea, F. Castro de Isidro, M. Suárez Cortina, L. Arranz Notario, E. Moral Sandoval, M. Pérez Ledesma, S. Juliá, M. Bizcarrondo, M. Tuñón de Lara, H. Heine, A. Mateos López, P. Preston, E. Díaz, A. Martín Nájera, M. Vázquez Cea, R. Casado González.

Coordinado por Santos Juliá.

466 págs.

1.850 ptas. (IVA)



Socialismo y guerra civil

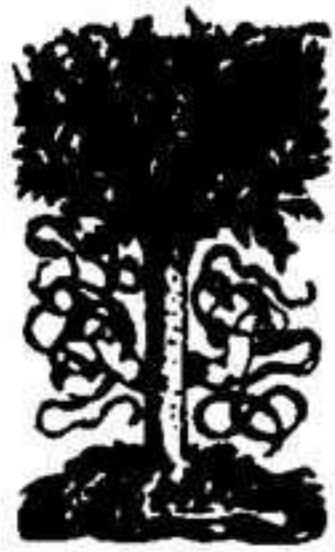
F. Claudín, G. Cardona, R. Salas, F. Fernández Bestarache, J. Casanova, A. Elorza, G. Jackson, A. Viñas, M. Tuñón de Lara, F. García de Cortázar, Manuel Montero, J. Tussell, A. de Miguel, J.-C. Mainer, J. Marichal, S. Juliá, L. Garrido, E. Ucelay da Cal, H. Graham, M. Ortuño.
Coordinado por Santos Juliá.

395 págs.

1.700 ptas. (IVA)

Pedidos:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
28010-Madrid - Tels. 410 46 96 y 410 47 98

Forma de pago:
talón bancario
o giro postal



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Arbor

Las páginas de ARBOR están abiertas para tender un puente entre "las dos culturas", para propiciar la comunicación entre las ciencias y las

humanidades, y en especial para promover el estudio, la reflexión, el debate y la crítica en torno a la ciencia y la técnica, a sus dimensiones sociales, culturales, educativas, políticas, históricas y filosóficas.

Director:
Miguel Angel Quintanilla

Comité de Redacción:
José Manuel Orza
Luis Alberto de Cuenca
Carlos Solís
Rafael Pardo
Eduardo Rodríguez Farré

Redacción:
Serrano, 127 - 28006 Madrid
Telf. (91) 261 66 51

Suscripciones:
Servicio de Publicaciones del CSIC.
Vitruvio, 8 - 28006 Madrid
Telf. (91) 261 28 33

Arbor

ciencia . pensamiento y cultura



Leviatán

Revista de hechos e ideas

NUMERO 21 (Otoño 1985)

José M.^a Benegas: Europa como proyecto socialista. Angel Viñas: Soberanía nacional y pactos militares. Augusto Roa Bastos: La larga noche trágica del Paraguay. Domingo del Pino: España y el Sahara: 1976-1986. Mario Onaindía: La transición democrática en Euskadi. M.^a Dolores Renau: Sobre la seguridad ciudadana. Adolfo Sánchez Vázquez: Reexamen de la idea de socialismo. Ludolfo Paramio: Del socialismo científico al socialismo factible. Norbert Lechner: De la revolución a la democracia. Fernando Claudín: Europa en la encrucijada. Luciano Pellicani: Ortega, sociólogo de la modernidad. M.^a Dolores Castriello: Sobre estética y posmodernidad. Entrevista con Gore Vidal.

NUMERO 22 (Invierno 1985)

Félix Pons: Europa: Estados y regiones. Martin Carnoy: La economía americana y la crisis económica mundial. Enrique Gomáriz: El pensamiento estratégico de Olof Palme. Ramón Casilda-Miguel Pérez: La deuda externa en América Latina. Entrevista a Jürgen Habermas. Manuel Azcárate: El papel internacional de la izquierda europea. Ludolfo Paramio: La cultura política durante la transición. Santos Juliá: Sindicatos, partidos y frente popular. Fernando Savater: Paradojas éticas de la salud.

NUMERO 23/24 (Primavera/Verano 1986)

José M.^a Mohedano: La izquierda y las elecciones generales. Enrique Gomáriz: El PSOE y la crisis de la derecha. Jesús Eguiguren: Euskadi: unos resultados sin precedente. M. A. Fernández-Ordóñez: La política económica del gobierno socialista. José M.^a Zufiaur: Un discurso sindical europeo. J. Rodríguez de la Borbolla: Andalucía: aportación a un debate. Giancarlo Pasquini: América Latina: la democracia difícil. Sergio Sporer: Evolución sociopolítica en el Cono Sur. C. Bru y F. Aldecoa: Spinnelli: 60 años de lucha por Europa. Altiero Spinelli: La crisis de la CEE y sus alternativas. Angel Viñas: La defensa de Europa occidental. Nicos Mouzelis: Continuidad y cambio en la política griega. P. Glotz, T. Fichter y A. Gorz: La mayor libertad posible. Norberto Bobbio: Reformismo, socialismo e igualdad. Massimo L. Salvadori: El reformismo como gramática de la izquierda. Norbert Lechner: La democratización en la cultura posmoderna. Antonio G. Santasmases: Enrique Tierno: una luz en el túnel. Juan Marichal: Reflexión sobre la guerra civil. Entrevista con Alec Nove.

NUMERO 25 (Otoño 1986)

Nicolás Redondo: Modernidad y progreso social. Judith Astelarra: Movimientos sociales y política. Carlos Dávila: Energía nuclear: un dilema europeo. Immanuel Wallerstein: EE.UU. y la crisis mundial. A. Gunder Frank: La recuperación Reagan. Ferenc Feher: La estrategia soviética. DOCUMENTO: Un proyecto socialista para Europa. M. A. Quintanilla y R. Vargas-Machuca: Socialista después de marxista. Josep M. Colomer: Valores de izquierda ante la modernización. J. J. Brunner: Los intelectuales y la democracia. J. González Bedoya: Centenario de Luis Araquistain.

NUMERO 26 (Invierno 1986)

J. Solé Tura: Una lectura autonomista y federal del modelo de Estado constitucional. J. Benedicto Millán y M. Requena: Las terceras elecciones al Parlamento Vasco. C. Martínez Ten: La participación política de la mujer en España. Angel Viñas: Apertura exterior y modernización democrática. Edelberto Torres-Rivas: Centroamérica: guerra, transición y democracia. José Miguel Insulza: Centroamérica y el mito de la seguridad. Raimon Obiols: Tres ejes de reflexión para una política progresista. André Gorz: El socialismo de mañana. A. Ruiz Miguel: Filosofía de la paz: algunos problemas éticos. Josep Picó: País Valenciano: sociología de la sociología. Entrevista con Claude Levi-Strauss.

NUMERO 27 (Primavera 1987)

José M. Benegas: El socialismo vasco: balance y perspectivas. E. Martín Toval: La crisis de la derecha. R. García Cotarelo: Las desdichas de las derechas españolas. Enrique Barón: Los retos de Europa. J. Verde i Aldea: La Europa de los ciudadanos. Michel Mathieu: Francia: la difícil cohabitación. Enrique Balmaseda: La televisión pública. Massimo L. Salvadori: El ocaso del proyecto comunista. Jacques Julliard: La izquierda y el poder. Felip Lorda: Actualidad de Spinoza. Entrevista con Karl O. Apel.

Suscripción anual: 1.400 ptas.
Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:
C/. Monte Esquinza, 30. 28010-Madrid.



Leviatán

Revista de hechos e ideas

C/. Monte Esquinza, 30
28010-MADRID

TARIFA 4 NUMEROS:

España	1.400 ptas.
*Europa	2.100 ptas.
*América	3.100 ptas. (\$20.00)

* Por correo aéreo.

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____ D. P. _____

Provincia _____

Suscripción a LEVIATAN números

FORMA DE PAGO:

Adjunto talón.

Giro postal n.º

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____ D. P. _____

Provincia _____

Suscripción a LEVIATAN números

Adjunto talón.

FORMA DE PAGO:

Giro postal n.º



Leviatán

Revista de hechos e ideas

C/. Monte Esquinza, 30
28010-MADRID

TARIFA 4 NUMEROS:

España	1.400 ptas.
*Europa	2.100 ptas.
*América	3.100 ptas. (\$20.00)

* Por correo aéreo.



PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 400 PTAS.